

XV CONCURSO REGIONAL CUENTOS Y POESIAS



ANIVERSARIO
152



Prólogo

«Quien lee vive menos en la prisa y más en la pausa»

(Haruki Murakami).

Leer, escribir y abrir espacio a la expresión artística es también una forma de ser funcionario de nuestro hospital, sabemos la responsabilidad que esto conlleva y que va más allá que cumplir una labor técnica, administrativa, profesional o asistencial. Implica asumir un compromiso social permanente, muchas veces silencioso, exigente y profundamente humano. Nuestro quehacer cotidiano está unido al dolor, la esperanza, la fragilidad y la recuperación de las personas; por ello, cada esfuerzo por hacerlo mejor no responde sólo a una obligación institucional, sino a una convicción ética.

Quienes hemos vivido desde dentro la dinámica hospitalaria sabemos que esa vocación se revela con especial claridad en los momentos de mayor exigencia. Basta recordar aquellas situaciones de emergencia en que, sin necesidad de demasiadas palabras, distintos equipos, servicios y estamentos se articulan con rapidez, generosidad y sentido de propósito: unos reciben, otros preparan, otros coordinan, otros acompañan, y todos comprenden que cada gesto cuenta. En esos instantes, el hospital se muestra como una comunidad viva, capaz de responder unida ante la urgencia, poniendo al centro la vida y la dignidad de las personas. Esa misma fuerza colectiva, que en la emergencia se expresa como acción coordinada y compromiso, encuentra en el arte otra manera de manifestarse: como memoria, sensibilidad y palabra compartida.

En ese contexto, la creatividad no aparece como algo ajeno al trabajo hospitalario, sino como una de sus expresiones más valiosas. Crear es también sanar y cuidar. Es detenerse, observar, comprender, dar forma a lo vivido y transformarlo en palabra.

Este concurso, que alcanza ya su versión XV, representa precisamente ese espacio de encuentro donde la comunidad hospitalaria se reconoce a sí misma desde otra dimensión. Nos permite comprender que también construimos Hospital cuando compartimos relatos, versos, imágenes y reflexiones; cuando nos atrevemos a mostrar aquello que sentimos y pensamos; cuando descubrimos en una compañera o compañero no sólo

a quien trabaja a nuestro lado, sino a alguien capaz de emocionarnos, enseñarnos y ampliar nuestra forma de ver la vida.

La cultura organizacional se fortalece cuando integra todas las dimensiones de lo humano. Así como buscamos mejorar continuamente nuestros procesos, nuestra calidad de atención y nuestra capacidad de respuesta ante las necesidades de la población, también debemos cultivar los espacios que alimentan el sentido y la belleza de la vida.

Como Dirección del Hospital San Pablo de Coquimbo, agradecemos sinceramente a todas y todos quienes participaron en esta décimo quinta versión del Concurso de Cuentos y Poesía. Su generosidad creativa hace posible este espacio de expresión artística y de construcción comunitaria. Que estas páginas nos permitan disfrutar, crecer y recordar que, incluso en los escenarios más exigentes, el arte sigue siendo una forma luminosa de curación.

DR. GABRIEL SANHUEZA CRUZAT

Director Hospital San Pablo de Coquimbo



**Sociedad de Escritores de Chile (Sech),
Filial Gabriela Mistral, Región de
Coquimbo - Chile**



ACTA OFICIAL DE PREMIACIÓN

Concurso de cuentos y poesía, Hospital San Pablo de Coquimbo 2026

Acta jurado del “Concurso de cuentos y poesía, Hospital San Pablo de Coquimbo 2026” resuelto de acuerdo a bases establecida. En La Serena, a 3 de agosto del 2026, se reunió el jurado en las oficinas de La Sociedad de Escritores de Chile (Sech), Filial Gabriela Mistral, Región de Coquimbo.

El jurado lo integraron los escritores miembros de la La Sociedad de Escritores de Chile (Sech), Filial Gabriela Mistral Región de Gabriela Mistral de Coquimbo: Presidente del Jurado; Escritor, Luis Eduardo Aguilera, Encargado de Relaciones Nacionales e Internacionales, María del Pilar Núñez, miembro de la Sech., Edmanuel Ferreira Mondaca, Secretario de Finanzas, Sociedad de Escritores de Chile (SECH); Filial Gabriela Mistral Región de Coquimbo

Después de revisar, analizar, ponderar los trabajos presentados de: poesía, narrativa, de acuerdo a los criterios de cada uno de los jurados. Teniendo todo estos antecedentes a la mano, el fallo inapelable del concurso es:

PREMIACIÓN POESÍA:

1er Lugar: “Lo que me dejó su mirada”, Óscar G. O Ryan

2do Lugar: "El personal que limpia", Cherry Laferte

3er Lugar: “Ven a buscarme”, Mangata

Menciones Honrosas Poesía:

1.- “Añoranza de Changa”, Soñadora

1.- "El espejo de las andanzas". .Princesa Leila.

PREMIACIÓN NARRATIVA:

1er Lugar: “La psicóloga”, Leonardo Loureiro

2do Lugar: “La abuela Chela”, Valentín Cortés

3er Lugar: “El peso de los días”, Tanto Sería

Menciones Honrosas Poesía:

1.- “El mar de Amílcar” Carolina

1.- “Misterio de un día laboral” Ladelcats

Jurado:

Luis Eduardo Aguilera: Escritor, narrador e investigador, Luis Eduardo Aguilera, Escritor, narrador e investigador, Actual encargado de Relaciones Nacionales e Internacionales de la Sociedad de Escritores de Chile (Sech), Filial Gabriela Mistral, Región de Gabriela Mistral de Coquimbo

María del Pilar Núñez Aguirre, Miembro de la Sociedad de Escritores de Chile (Sech), Filial Gabriela Mistral, Región de Gabriela Mistral de Coquimbo

.Edmanuel Ferreira Mondaca: Poeta, narrador, Secretario de Finezas , Sociedad de Escritores de Chile (Sech), Filial Gabriela Mistral, Región de Gabriela Mistral de Coquimbo

CC. Arh.

Señor: Juan González, Coordinador General del Concurso.

Hospital San Pablo de Coquimbo.

Sociedad de Escritores de Chile (Sech),

Filial Gabriela Mistral, Región de Coquimbo.

Escritores:

Luis Eduardo Aguilera: Escritor. Narrador,

María del Pilar Núñez Aguirre, poeta, narradora.

Edmanuel Ferreira Mondaca. Poeta, narrador e investigador.



LISTADO DE POESIAS PARTICIPANTES EN EL XV CONCURSO REGIONAL

HOSPITAL DE COQUIMBO 2026

1	EL ESCRIBA DE LA MUERTE	LEONARDO LOREIRO
2	MAX	LEONARDO LOREIRO
3	ANHELOS DE UN ALMA HERIDA	LEONARDO LOREIRO
4	CRISTINA	LEONARDO LOREIRO
5	ANTES QUE EL TIEMPO OCURRA	OSCAR G O'RYAN
6	AÑORANZA	CHANGA SOÑADORA
7	CONCURSO LITERARIO	JHOAN CHERRIE LAFERTE
8	DESESPERANZA EN EL OLVIDO	HALCON VIAJERO
9	DONDE EL ALMA INSISTE	OSCAR G O'RYAN
10	EL BAJO CONTROL	C.M.M.
11	EL ESPEJO DE LAS ANDANZAS	PRINCESA LEIA
12	EL PASO DEL TIEMPO	HALCON SOLITARIO
13	EL PERSONAL QUE LIMPIA	JHOAN CHERRIE LAFERTE
14	EL PRIMER UMBRAL	OSCAR G O'RYAN
15	EN AQUELLAS SALAS	HALCON VIAJERO
16	FIN A UN DUELO	
17	IN-FINITO	PANGURA
18	LO QUE ME DEJO SU MIRADA	OSCAR G O'RYAN
19	LOS SOLDADOS CONFUNDIDOS DE MAMA	LADY SELKIE
20	MANO	C.M.M.
21	NUESTRA LABOR	JHOAN CHERRIE LAFERTE
22	OJOS AZULES	C.M.M
23	FLORENCIA DE LOS ANGELES	NICANOR CABEZAS
24	DIA DE FIN DE MES	LADELCATS
25	EL GUARDIAN DE TUS PASOS	LADELCATS
26	ERES PARTE DE MI HISTORIA	LADELCATS
27	REFLEJO DE UNA DURA REALIDAD	LADELCATS
28	REIVINDICAR	JHOAN CHERRIE LAFERTE
29	SEPARADOR	C.M.M.
30	FAROS EN LA OSCURIDAD	AMILCAR CAROLINA
31	VEN A BUSCARMÉ	MANGATA
32	VIVIR PARA TRABAJAR PARA LUEGO TRABAJAR	JHOAN CHERRIE LAFERTE
33	GRAVE	GIOVANNI

PRIMER LUGAR

LO QUE ME DEJÓ SU MIRADA

Hay historias
que terminan cuando uno sale de la habitación.
Y hay otras
que regresan por la noche,
se sientan al borde de la cama
y ya no vuelven a marcharse.
Ella estaba frente a mí.
Pequeña.
Frágil.
Como si la enfermedad
hubiera ido apagando lentamente la materia,
pero no la luz.
Su esposo permanecía junto a ella.
No cerca...
A su lado.
No necesitaban tocarse para estar unidos.

Había entre ambos
algo más antiguo que los gestos,
más profundo que las palabras.
Una vida completa.
Una vida respirada entre dos.
Entonces ella comenzó a hablar de él.
Y mientras lo hacía,
su rostro se transformó.
No vi a una mujer enferma.
Vi a una niña enamorada.

Una niña que había encontrado al hombre de su vida
y que, décadas después,
seguía mirándolo con el mismo asombro.
Hay amores que envejecen.
El suyo no.
El suyo había echado raíces.
Y las raíces no envejecen.
Solo se hunden más profundo.

Me habló de la esperanza,
de los tratamientos.
De los meses aferrados a la posibilidad
de que todo aquello terminara.
De que un día despertaran
y el cáncer fuera solamente una cicatriz
en la memoria.
Una cadena rota.
Una pesadilla concluida.
Pero mientras hablaba,
sus ojos comenzaron a llenarse de agua.
Y entonces llegó la verdad.
La verdad desnuda.
Sin anestesia.
La enfermedad avanzaba.
Sin remedio.
Sin tregua.

Sin horizonte.
Y en ese instante
algo se quebró dentro de mí.
Porque no escuché a una mujer decir que iba a morir.
Escuché a una esposa decir

que tendría que despedirse del hombre
al que había amado toda una vida.
Y eso es distinto.
Mucho más cruel.
Mucho más humano.
Ella lloró.
Se abrazó a mí buscando sostén.
Y detrás de sus lágrimas
estaba el miedo.
No el miedo a la muerte.
Sino el dolor de abandonar aquello que amaba.
Entonces miré a su esposo
y vi sus ojos...
Jamás olvidaré sus ojos.
Había una devastación silenciosa en ellos.
La expresión de alguien
que ya estaba comenzando un duelo
mientras la persona amada
aún seguía respirando.
Nunca había visto tanta tristeza
contenida en un solo rostro.
Era la tristeza de quien daría cualquier cosa,
absolutamente cualquier cosa,
por intercambiar lugares con ella.
Y no puede.
Y sabe que no puede.
Y tendrá que quedarse.

A veces creemos
que las tragedias son el dolor,
la enfermedad,
la muerte.

Pero ese día comprendí otra cosa.
La verdadera tragedia
es el amor cuando descubre que no es eterno sobre la tierra.
Porque cuanto más profundo es el vínculo,
más insoportable se vuelve la despedida.
Cuando se fueron,
la habitación quedó en silencio.
Pero yo no.
Yo me llevé sus lágrimas.
Me llevé aquella mirada.
Me llevé el temblor de una esperanza extinguida.
Y desde entonces,
cada vez que pienso en ellos,
vuelvo a preguntarme
cómo puede haber tanto amor
en cuerpos tan vulnerables.

Cómo puede el corazón humano
seguir amando así
incluso cuando ya escucha
los pasos inevitables de la oscuridad.
Y por qué,
a pesar de todo,

sigue pareciéndome
la forma más hermosa
y más maravillosa
de existir.

Oscar G. O’Ryan

SEGUNDO. LUGAR

EL PERSONAL QUE LIMPIA

Un nuevo día ya comienza
Es hora de trabajar
Salgo listo desde casa
Voy al San Pablo a limpiar.

Soy auxiliar de mayordomía
Mi contrato está vigente
Con respeto y conciencia
Vamos mezclando detergentes.

Protocolos universales
Debo yo aplicar
Y según el agente
Mi salud a resguardar.

Muchas veces mi trabajo
Lo han de minimizar
Sin pensar en un segundo
Lo importante de asear.

El trabajo es permanente
Entre usuarios y personal
Algunos son muy consiente
Y otros pocos ni que hablar.

A veces no hay recursos
Y se debe improvisar
Realzando mí trabajo

No me debo estresar.

Cuando llueve es terrible
Programamos el limpiar
El ingenio aparece
Y en los pasillos hay carnaval.

Entre bolsas y cartones
Algo había que inventar
Los tachos repartidos
Todo debe funcionar.

El trabajo en san pablo
Es difícil de explicar
No es solo el aseo
También es concientizar.

Ya culmina mi trabajo
Voy a casa a descansar
Valora un poco más mi cometido
No hay nada que despreciar.

Fin.

JHOAN CHERRIE LAFERTE

TERCER. LUGAR

VEN A BUSCARME

Ahogado y triste,
oprimido y agotado,
sentado estoy sobre la cama,
Espero
Que vengas a buscarme, ahora;
ya no soporto más,
Espero

¡Por favor, Mamá!,
no me dejes aquí,
Me duele en el alma
la desidia,
me duele todo el cuerpo
me duele tu ausencia

Mamá
me duermo esperándote,
Sueño que vienes a buscarme
Sonrío, con una mueca triste,
abro mis brazos para tenerte,
como cuando era niño

Despierto... y no estás.
Apresúrate, camina con celeridad,
Ven,
porque quizás ya no me encuentres sentado,
sino tendido,
sobre el frío metal,
con el cuerpo frío
blanco.

¡Cuánto te necesito!,
Ven a buscarme
Abrázame; quiero refugiarme en ti.
Sufro en las largas noches,
en las frías salas del hospital,
Veo venir la muerte.
Duermo.

Afuera la mañana languidece,
Despierto,
y estoy aquí
Yo
sentado, esperando, flácido
mis manos frías,
Cansadas, arrugadas
caídas

¡Mamá, ven!.

Por favor...

Dios

¡POR FIN LLEGASTE!

Pii.

Mangata

PRIMERA MENCION HONROSA

AÑORANZA

Hoy,
el rocío cuaja cristales
en este par de negras cuencas
agonizantes tras la bruma
de huyentes pájaros.
Las olas entonando letanías
ocultan moribundos rayos
de sollozantes y pálidas lunas
que errantes,
danzan en soledad.
¿Quién atrevióse a quebrar
el eje de mi mundo,
convirtiendo en lodazal
el campo ya germinado..?
Sólo las horas muertas
responden con quejidos
inmensos.

CHANGA SOÑADORA

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA

EL ESPEJO DE LAS ANDANZAS

¿Para qué sirven los ojos,
si no es para ver?
Pero.... si los años nublan tú camino
y la enfermedad te alcanza.
Tranquilo, yo miro el mundo
y tus andanzas.

Hoy estás presente
en mi consciente,
almorzando con los lentes torcidos
de tu secretaria.
No piensen mal:
es la ceguera
es la diabetes,
la que te hace equivocar.

Pero eso no fue todo.
Lo difícil fue ceder el paso
al Señor que se cruzó,
delante de ti en la tienda, detenido,
no te dejaba avanzar.
Era más bien todo respetuoso,
como un caballero.
Lo extraño era
que estaba vestido como tú,
con esa boina, olvidada en el mueble del espejo.

Cuando entendiste que eras tú mismo,

esa diabetes,
esa ceguera
que sólo la entiende a quien se aferra.

Disfrutaba la comida con tanta pasión,
la diabetes reía, dueña del guion.
Encendías la cocina cada mañana,
para calentar la comida,
a la hora que te solicitaba.

Ese día, la ceguera burlona
te hizo una broma,
y encendiste la cocina con la tapa de vidrio en el fogón.
De pronto, una función de fuegos artificiales apareció,
qué lindo estallido,
qué gran espectáculo la vida te ofreció.
No pasó nada,
sólo un cristal roto que causó un gran alboroto.
Entre risas y sustos
la lección llegó,
esta vez el hambre esperó.

Brillaba la lámpara sobre tú mesa,
porque lo que se come,
merece belleza.

La diabetes y la ceguera
no llegaron solas:
fueron un camino en la danza de la vida,
un encuentro silencioso

con los días de celebraciones,
que quedaron atrás.

No fue casualidad,
entre las anécdotas del campo,
Que demostraran su cariño
con regalos inesperados
y llegarás a la casa
con un perro que te habían obsequiado,
Regalo noble, sencillo
y para darle brillo
lo proclamaste el perro de Arturo Alessandri Palma.
La casa no lo recibió con el alma,
cuando la señora enfadada
te lo mando a sacar de una patada.

Y el chanchito que llegó,
no agradó
sólo empeoro,
cuando te quedaste dormido,
él se comía tus billetes del velador.
Qué participantes pasaron en el camino
de tu diabetes
y tu ceguera.

A pesar de todo no te dejabas derrotar.
Avanzabas sin parar,
es fácil recordar
cuando pasaste el ventanal.
Lo lamentable era que estaba cerrado,
y esa rodilla no soportó

el golpe de los vidrios que estallaron.

La diabetes y la ceguera

no llegan solas.

Van pasando en las andanzas de la vida,

Con perro, con chanco

con luz que brillaba

como un caballero deambulando

con su boina y lentes torcidos.

Y en este juego del espejo

eres genial,

y me causa risa

el hacerte recordar.

Princesa Leia

“LOS SOLDADOS CONFUNDIDOS DE MAMÁ”:

UNA HISTORIA PARA ENTENDER LAS ENFERMEDADES autoinmunes

Esta es mi historia con mamá,
juntos soñábamos en llegar más allá,
hasta que un día la vida nos cambió,
y un nuevo desafío nos encontró.

Con mamá vivimos aventuras
muy difíciles de igualar,
si pudiera contarlas todas,
te parecerían genial.

Leemos cuentos sin parar,
nos gusta tanto imaginar,
que podemos volar,
entre las nubes y el mar.

No dependemos ni del sol ni de la luna,
bailamos y celebramos nuestra buena fortuna.
A veces cocinamos el arroz con jamón,
y de postre compartimos un dulce bombón.

Bailamos siempre en el salón con gran ilusión,
mientras cantamos fuerte alguna canción,
y nuestras risas llenan de vida mi corazón.

Pero un día algo cambió,
una emoción nueva llegó,
y poquito a poco mi mami se cansó.

Sus pasos ya no tenían tanta prisa,
ni su rostro una sonrisa,
ya no cocina ni canta,
ni a volar por los cielos se lanza.

Se quedaba dormida en el sillón,
abrazando fuerte su almohadón.
Sin entender bien la razón,
la miraba en silencio desde el rincón.

Algo había cambiado,
su cuerpo se movía cansado
y nuestro juego favorito
se quedó hoy quietito.

¿Está triste? pensé sin hablar
al ver a mami callada descansar.
A su ladito me fui a sentar,
pues con mi cariño la quería cuidar.

Solo quería entender,
y con miedo le pregunté:
—¿*Hice algo malo sin querer?*
¿*La hice enojar o enfurecer?*
Mamá despacio se acercó,
y por un momento solo me miró,
con mucha ternura me sonrió
y muy fuerte me abrazó.

Se sentó y me explicó,
que una enfermedad tenía,

que con cansancio y dolor la mantenía,
y quizás esto siempre la acompañaría.

Mamá me dijo que me lo explicaría sencillo,
—*Imagina que mi cuerpo es un castillo,*
y recorriendo cada pasillo,
se encuentran valientes soldados con un gran brillo.

Todo funcionaba con amor y tranquilidad,
en mi castillo reinaba la amabilidad y la seguridad.
Pero un día, algo pasó y los soldados se confundieron,
y a pelear contra el castillo se pusieron.

Olvidaron de repente cuál era su misión,
y atacaron sin querer parte de mi corazón.
Los que antes brindaban protección,
hoy necesitaban tiempo para entrar en razón.

Mamá me dijo con amor:
—*Escucha bien, mi corazón, no son malos los soldados,*
ni quieren causar dolor,
solo estaban confundidos y olvidaron su labor.
A veces los soldados se cansan
y en vez de cuidar, descansan,
o al estar un poco confundidos,
lanzan flechas sin sentido.

No hay villanos ni mala intención,
este reino necesita unión,
comunicación y comprensión
para traer calma a la situación.

Pero el castillo no está desarmado,
ni un solo día se ha quedado descuidado.
En esto el médico nos ha ayudado
y con pastillas el orden ha regresado.

—*¿Y sabes qué vuelve a mis soldados fuertes?*
—me preguntó dándome un beso en la frente—.
Tus abrazos, risas y amor,
son la mejor medicina contra el dolor.
Con cada control, pastilla y acción,
sus soldados trabajan con más dedicación.
Y así, siempre al final del día,
volveremos a tener nuestra compañía.

No fue algo que hice, ni tampoco que dije,
no fue algo que ella buscó, ni un castigo que recibió,
el médico con calma nos explicó,
y el miedo poco a poco se alejó.

Entendí que no es contagioso,
pero comprenderlo es algo valioso.
Mamá sigue siendo mamá,
y su amor no cambiará.

Con una sonrisa mamá me abrazó
y muy bajito me contó:
—*Mi cuerpo a veces se confunde,*
pero nuestro amor jamás se hunde.
A los ojos me miró y todo el miedo se marchó.

Mamá enfrenta cada día,

con paciencia, valentía y alegría.

Ella me enseñó que, si el camino es desafiante,
lo importante es seguir siempre adelante.

Pero no quiero terminar sin antes un consejo dar:

Ten siempre presente en tu mente,
que el amor de mamá es para siempre.

Y colorín colorado,
esta historia se ha terminado.

Y aunque la salud a veces cause temor,
siempre será más grande el amor.

POR LADY SELKIE

EL ESCRIBA DE LA MUERTE

Querida muerte, hoy te vuelvo a escribir,
nuevamente te cruzas en mi camino,
y siento, que ya eres parte del recorrido,
pero ya no es odio lo que siento por ti.

¿O será que estás enamorada de mí?
Y por eso te llevas a familia y amigos,
para ocupar su lugar y así estar conmigo.
¿O eres un castigo del que no puedo huir?

Quizás eres una amante de la poesía,
y buscas reconocimiento por tu trabajo.
Así inspiras los versos más rebuscados,
ahogados en rimas de franca melancolía.

Pero, ya no tengo metáforas para seguir tu juego,
me cuesta hilar ideas para una bella prosa,
me has despojado de personas hermosas,
ahora soy un poeta al que has dejado ciego.

No niego, la naturaleza de tu existencia,
pero sucumbo con una sutil resistencia,
ante las injusticias que dejas al pasar,
anhelo pronto estar en tu lista de sentencia.

Me he convertido en el escriba de tus hazañas,
en el historiador después de las batallas,
guardando fotografías de un pasado añoroso,
me siento viscoso atrapado en una telaraña.

Me despido de ti esperando no volver a verte.
Para vivir tranquilo hoy, en el presente,
¿Es posible liberarme de este karma pendiente?
La vida me ha enseñado tanto como la muerte.

LEONARDO LOREIRO

DESESPERANZA EN EL OLVIDO

Desesperanza...
así siente mi corazón:
perdido, olvidado,
en lo que un día fue un espejismo.

Cual viento que deshojó
al árbol más viejo del mundo,
así cada hoja de mi corazón
se fue hundiendo en el olvido.

Desesperanza...
una canción en el silencio,
un triste y conmovedor sentimiento
que se grita en silencio,
con miedo a ser descubierto.

Ira, enojo, tormento...
¿cuál es más fuerte de estos sentimientos?

Espadas que me destruyen por dentro,
me matan con sus estocadas
para así seguir viviendo.

Desesperanza en el olvido,
como una cálida noche
que se envuelve en el silencio,
cubriéndose con el oscuro manto

de un recuerdo
cuyo espejismo ya es solo arena en el viento.

Con mis sueños cuento los momentos,
ya van más de mil
que se han perdido en el viento,
deshojándose en el otoño de un sentimiento.

Te miro, te amo y te respeto...
pero ninguno es mi propio sentimiento,

sino más bien la invención
de lo que un día fue un recuerdo.

HALCON VIAJERO

DONDE EL ALMA INSISTE

Deambulo por sesgados caminos.

Mi voz murmura
palabras aún sin lugar.

Me rodean parajes —quizás perdidos—,
y en ellos laten
miradas calladas.

Mi corazón, encabritado,
arroja versos encendidos.
Recojo los pétalos
que mi alma deshoja
y, en silencio,
sueño contigo.

No soy poeta.
Soy, apenas,
lo que la vida deja:
jirones,
instantes,
huellas.

Y en mi pluma recojo y cultivo
amor, dolor,
dicha y quebranto.

En la tibieza de un roce sincero
nace una calma
que al alma sostiene.
Un susurro leve, casi invisible,

donde el amor
aprende a quedarse.

Hay ternura en lo simple:
en la pausa compartida,
en una risa baja
que el tiempo no interrumpe,
en ese instante
en que tu esencia
roza la mía.

Pero también arde.
Una llama sin permiso,
feroz,
indomable,

que rompe los límites
y desarma la razón.

Y en esa entrega
—sin mapas, sin medida—
el vértigo se vuelve canto
y el deseo,
una forma de nombrarte.

Camino entonces
entre lo cierto
y lo que imagino,

tejiendo días
de luz y de quimera,

aferrado a ese lugar
donde el sueño
todavía cree en la verdad.

Y entiendo, al fin,
que no escribo:
algo en mí insiste
en nombrarte.

Oscar G. O’Ryan

EL BAJO CONTROL

Ayer estaba en mi casa.

Miré la puerta.

Ahí sigue el colgante de macramé, de hojas grandes.

Me lo diste como un gesto de aprecio para quien no solo fue tu terapeuta, sino también tu cómplice.

Pasé la mano por las fibras, como si todavía guardaran algo de tu voz.

Pensé en tus tristezas, en tus anécdotas dichas a medias, en la forma en que bajabas la mirada cuando algo dolía demasiado.

Y sentí el espacio.

Es extraño mirarte ahora en un bajo control, leer tu nombre y saber que ya no estás.

Recordé tus últimas palabras:

“Le dejo mis secretos”.

No supe entonces que también me dejabas tu ausencia.

C.M.M

IN-FINITO

Primero estuvo el miedo,
el habla vino después.
Me anclo a la mirada,
instructivo de defensa personal.
Encuadro,
me aproximo.
El afluente de mi risa
aprende su caudal.
SER con la corriente.

Sigo

Se acabaron las palabras del día.
Puentes cruzan entre sí.
Las horas se acortan,
di lo mejor de mí.
¿Me puedo des-armar?

Mido el tiempo,
mido la energía.
Veo la cocina y...
Veo la ropa ¿y...?
Sentarme, siento.
La distancia no alcanza.

En la noche, el latido.
Pirotecnia mental.
Inventiva que no acaba,
emisora atemporal.

Luz

El calendario,
cómplice de mis pasos,
se contrae.

Dice:
cuídate del hastío.

El auténtico pulso
clama mi nombre.

Lo invisible,
es un dolor que se ofrenda.

PANGURA

MAX

Cruzo la puerta ansioso por la larga espera,
y me reciben tus ladridos con grata sorpresa,
corriendo de un lado a otro sin reversa,
mientras tu cola se agita de forma sincera.

Has sido mi compañero por tantos años,
pasamos por aventuras y tristes desengaños,
estuviste ahí cuando mi mundo se vino abajo,
y recogiste los pedazos que allí quedaron.

Contigo aprendí la alegría de las cosas simples,
que la emoción de un paseo es indescriptible,
y a pesar que me manipulas con tus ojos tristes,
entendí que la felicidad siempre es posible.

Amar a un animal requiere de cierta conciencia
se necesita de un alma despierta y muy noble,
y una responsabilidad férrea como un roble,
lo demás se construye con tiempo y paciencia.

La palabra amigo ha cobrado un nuevo sentido
porque en ti no existen sentimientos negativos
y cuando tu camino llegue al final del recorrido
seré una persona mejor de lo que jamás he sido...

LEONARDO LOREIRO

Fin a un duelo

La paz escampa tras la bruma de la noche tan oscura.

Veo luces de colores que vacilan en los bloques.

Todos murmuran,

mas pocas manos ayudan.

Un enigma y un amor roto serán olvidados en el último piso.

Al parecer,

en un segundo y sin permiso,

llega a mi oído esa nube negra,

diciéndome que el tiempo es corto,

que el amor se fatiga,

que mi alma acumula deudas

y que esta noche viene a cobrarlo todo.

Un clamor y un llanto

son suficientes

para que vengas a mi rescate.

Pero tú siempre estuviste ahí.

Estabas cuando el día era negro

y cuando el frío gelaba la médula por dentro.

Estabas cuando la cálida mañana era lumbre

y había esperanza para intentarlo otra vez.

Las sirenas lloran al cielo,

musicalizando la tristeza,

y las calles son pasarela

de contratiempos.

El reflejo en los vidrios

no quiere pertenecerme.

Un ojo en sangre,

el otro en sombra y la nariz vencida.

Mas el llanto de los míos

era porque algo más se había roto.

Manos en guantes de látex
y rostros inquietos se apresuran al resguardo.

Preguntas en sobredosis
que no aclaran lo ocurrido.

¿Cómo pasa? ¿Dónde duele? ¿Puedes recordarlo?

Las respuestas caen al suelo
más pesadas que mi sangre.

Veintidós años ocurren en una sola noche. Y al siguiente día, como nunca, llega la
calma.

Respiro profundo. Todo ha culminado. Y entre tanto ajetreo me pregunto
si el mañana realmente nos pertenece, o si es otra luz vacilando entre las calles.

FLORENCIA DE LOS ÁNGELES

Volver a nacer

Mi nombre es Florencia de los Ángeles, una persona igual que tú, soy mujer, trabajadora, madre, hija, hermana, esposa, amiga. De corazón celeste, cabello de golondrina, desbordo energía, soy vitalidad. Mi nombre es Florencia de los Ángeles, nací y me crié en el campo, he trabajado toda mi vida en la Casa de Socorro, amo mi trabajo, he servido treinta años, me gustaría volver a nacer y pasar más tiempo en mi casa. Soy Florencia de los Ángeles, una mujer igual que tú, fallecí de Tuberculosis el año 1899 y esta historia no es apta para corazones débiles. Soy Florencia de los Ángeles, una persona igual que tú.

Nicanor Cabezas

Grave

Cruzando el umbral fúnebre y helado,
la fiebre abraza el cuerpo reprimido,
se quiebra el aire en el pulmón cansado
y lucha el pecho al borde del olvido.

Canalizan la vena con presteza,
el monitor registra cada aliento,
el fármaco reduce la fiereza
y el pecho cobra un nuevo movimiento.

Se calma la tormenta en la mirada,
el pulso recupera su sosiego,
retorna a la mejilla sonrosada
la paz de la salud que apaga el fuego.

Giovanni

DIA DE FIN DE MES

Cierro los ojos, solo un minuto más,
y desde temprano, todo parte mal.
Lo que tenía que ser solo un ratito,
me hizo llegar atrasado, que es casi un delito.

El pestañazo mi dinero tocará,
descuento seguro y sin reclamar.

Pero el día avanza, y hoy canta Gardel,
lo que me da esperanza y me hace sonreír otra vez.
Pasaron las horas y llegó el mensaje más esperado:

mi dinero ya estaba depositado.

Luego pienso, ¿y para qué tanto esperar?

Puras cuentas

Tanto sacrificio, merezco festejar.

Llegaré a casa y me pondré a flojear.

Flojear y comer será un buen final
para este día que tuvo un mal despertar.

LADELCATS

ANHELOS DE UN ALMA HERIDA

Ojalá estuvieras aquí para verme triunfar,
y que veas que tú esfuerzo no fue en vano,
que tus días de tristeza me hicieron humano,
y cada logro mío provino de tu hogar.

Ojalá estuvieras aquí, en esta realidad,
aconsejándome en mis noches más oscuras,
con palabras que fortalezcan mi armadura,
pero el silencio me tortura con tanta soledad.

Ojalá estuvieras aquí, ya sin enfermedad,
para oír tu voz que me hable con dulzura,
para que nuestra distancia sea ninguna,
y poder abrazarte nuevamente en la eternidad.

Ojalá estuvieras aquí, en este momento,
para terminar mi llanto y mi sufrimiento,
olvidar el agotamiento y todos mis lamentos,
y solo agradecer el amor que de ti recibí.

Fueron tus enseñanzas lo mejor que aprendí,
y comprendí que tu ejemplo moldearía mi vida,
fue tu valor el que mantuvo mi alma encendida,
daría todo para que hoy estuvieras aquí...

LEONARDO LOREIRO

ANTES QUE EL TIEMPO OCURRA

No es el tiempo.

O sí-

pero no como lo nombran.

Hay algo en tu forma de llegar

—sin ocuparlo todo—

que inclina el aire

y me obliga

a estar aquí.

Como si ya hubiera visto

esta luz

en otra parte

que no recuerdo.

No hablo del futuro.

Nunca supe habitarlo.

Hay en el mañana

una distancia

que no me pertenece,

una promesa

que se desgasta

antes de ser dicha.

Prefiero este instante:

tu respiración

rozando la mía,

sin promesas.

Aquí,
lo incierto no pesa:

arde
y basta.

Amarte así—
sin promesas,
sin mañana—:

lo que no dura
nos sostiene.

Amarte, entonces,
no como quien espera
ni como quien guarda,

sino como quien entra
en un lugar sin nombre
y decide quedarse,

aunque sepa
que no dura.

Porque hay algo
en este ahora
—breve, incompleto—
que nos sostiene

mejor
que cualquier mañana.

Oscar G. O’Ryan

CONCURSO LITERARIO

Una instancia se ha creado
Entre cuentos y poesía
En San Pablo se ha creado
Un encuentro real y de fantasía.

Quince años han pasado
En esta hermosa travesía
Incentivando a funcionarios
A conjugar con armonía.

Detonante creativo
De un funcionario operativo
Destacando esas ganas
De hacer algo de historia y a la vez un desafío.

Estableciendo metas claras
Emociones y argumentos
Conjugando las palabras
Mas allá de un tormento.

Somos seres de emociones
Increpando realidades
Desafiando las verdades
Conjugando las relaciones laborales.

Un montón de sensaciones
con regulación emocional
Para plasmar en poesía
Un sistema singular.

Agradeciendo oportunidades
Para fortalecer
La empatía en palabras
Para el arte ejercer.

Fin.

JHOAN CHERRIE LAFERTE

EL PASO DEL TIEMPO

Miro a través de mis ojos
y veo el ayer desvanecerse,
como si el tiempo, en un parpadear,
lo arrancara de mis manos.

Se vuelve hoy,
sin pedir permiso,
sin detenerse.

Y en un suspiro,
en un pensamiento fugaz,
ya se asoma el mañana,
esperando continuar
lo que nunca se detiene.

HALCON VIAJERO

CRISTINA

Querida Cristi, tu luz sigue brillando,
¡Fuerte! ¡En lo alto! Pero ya en otro plano.
Mientras aquí, te recordamos con nostalgia,
esbozando una sonrisa por tu vida,
y por tu partida, con una lágrima.

Quienes te conocimos, vimos tu esencia
bondadosa, amable, y muy profesional,
siempre cordial y naturalmente fotogénica.
Tu alegría emergía de forma natural,
y que hoy extrañamos ante tu ausencia.

Aunque algunos sueños queden inconclusos,
pudiste conocer lugares espectaculares,
palacios majestuosos, los bellos Alpes,
la Grecia antigua, y magníficas catedrales.
Fuiste una buena amiga y compañera de viaje.

A pesar que el destino quiso llevarte pronto,
dejaste una huella en quienes te conocimos.
Libraste batallas que muchos no supimos,
y cruzaste senderos oscuros y peligrosos,
con gran valentía y un coraje poderoso.

Hoy agradecemos cada momento contigo,
y porque nuestros caminos se hayan cruzado.
En nuestros corazones no habrá olvido,
y por muchos años te seguiremos recordando,
querida Cristi, sé la luz que guíe nuestros pasos.

Un pequeño homenaje a mi querida amiga Cristina Montecinos QEPD (30/07/1988
- 28/01/2026)

LEONARDO LOREIRO

EL PRIMER UMBRAL

Te miro llegar
y algo antiguo en mí
te reconoce,
como si esta escena
hubiera ocurrido
antes del tiempo,
como si tu miedo
ya hubiera pasado,
sigiloso,
por mis manos.

Cruzas la puerta
no como quien entra,
sino como quien deja
atrás un mundo.

Vienes pequeño,
plegado
sobre tus hombros,
aferrado a esa mano
que todavía sostiene
todo lo que conoces...

“Es la primera...”, dices.
Y no es tu voz:
es el eco
de todas las primeras veces
temblando
en un mismo cuerpo.

Entonces te miro
y no estás solo.

En tus ojos
se abre el niño que fuiste,
de pie
frente a un aula infinita,
con preguntas
que no caben en ningún idioma.

Y yo,
que debería tener respuestas,
solo tengo presencia.

Este escritorio
es un borde:
la línea invisible
donde el miedo aprende
a no retroceder.

Y la caída
a llamarse paso...

Te entrego una sonrisa
como quien enciende una lámpara
en mitad de la niebla.

Una voz firme
que no delate
las grietas
por donde también tiemblo.

Mientras digo tu nombre,
algo en mí te abraza
sin tocarte
y se enciende una luz
que no ilumina todo,
pero permanece..
Hay caminos
que no se explican,
senderos que nacen
cuando alguien se atreve a pisarlos.

El tuyo comienza aquí:
pedregoso, incierto,
con una oscuridad
que a veces pesa.

Y aun así,
te sostienes.

No veo un paciente.
Veo a la vida
erguirse contra la intemperie.

Por eso me quedo.
No como quien guía,
sino como quien resiste contigo
el primer golpe del viento.
No soltarás esa mano.
Lo sé.
Y de algún modo silencioso,

yo tampoco.

Quisiera ser más:

ser mapa,

ser destino sin grietas,

ser camino sin borde.

Pero soy apenas

quien recibe tu carga

y la nombra sin quebrarse.

Y a veces eso basta.

Bendigo tu llanto

porque no ha olvidado

su origen.

Bendigo tu miedo

porque todavía sabe creer.

No hay sombra suficiente

para lo que insiste

en levantarse,

ni noche capaz

de apagar

lo que ya decidió arder.

Aquí,

en este borde

donde el tiempo duda,

un “hola”

es un pacto sin palabras.

Y mientras te preparas
para lo que viene,
yo aprendo
—en silencio—
a creer contigo.

Porque esto
no es un ingreso.

Es la vida cruzando
su propio umbral.

Oscar G. O’Ryan

EN AQUELLAS SALAS.

En aquellas salas un día vi la luz resplandecer,
mientras las manos desconocidas de tu personal
me cargaban al nacer.

Con el tiempo fui creciendo y sin querer,
en silencio,
dentro de mí un sentir del deber
se fue puliendo.

Siempre estás allí,
con largas horas de atención,
tratando de sostener
a quien llega a tus puertas con dolor.

No importa el nombre ni la región,
solo se deja ver tu hermosa labor:
prestar atención al enfermo o al herido,
entregando ayuda con dedicación.

Con el tiempo fui creciendo
y me enamoró tu labor,
y sin darme cuenta,
hoy soy parte de tu función,
entregando un grano de arena
en cada paciente al que voy.

Muchos dicen de ti muchas cosas,
más cuando te necesitan,
allí presente está tu labor, brindando atención
a quien por completo la necesitó.

Dentro de tus puertas existe un universo:
médicos, enfermeros, TENS, auxiliares y otros,
cada quien, cumpliendo una misión,
atender a aquel que en una cama de sala se hospedó,
dejando sentir el respeto, la vocación y el amor.

Por eso hoy te miro con gratitud, con orgullo y admiración,
porque en tus salas nací, y en tus salas aprendí
el verdadero significado
de la vocación.

HALCON VIAJERO

MANO

Atendí a tu hijo.

Tenía cinco años.

Había que prepararlo para tu partida.

Tú seguías aquí, pero cada vez más ausente.

Decidí ir a verte.

Te veías débil y hermosa al mismo tiempo.

Siempre admiré tu belleza.

A veces me pregunté por qué no podías verte como nosotros te veíamos.

Hablamos poco.

Tomaste mi mano y me diste las gracias.

Te pedí que me dictaras unas palabras para tu hijo.

No quisiste.

Estabas agotada.

Por un instante sentí que eras egoísta.

Después entendí.

No era negación.

Era cansancio.

Correspondí tu mano sobre la mía y te dije lo que pude.

A las horas ya habías partido.

C.M.M

REFLEJOS DE UNA DURA REALIDAD

Muchas veces llegan a mí y me abren su vida.

Cuánta sabiduría, cuántas historias de vidas reflejadas en esas ventanas del alma.

Miradas alegres, miradas llenas de nostalgia, miradas perdidas.

Muchas veces, con solo escucharlos, hay tanta gratitud en una atención.

Pero ¿por qué tanta vulnerabilidad y abandono?

¿Acaso la humanidad se pierde y a veces nos sumamos en ese silencio tan indolente?

¿Qué nos espera?

¿Acaso compraste tu destino?

Será una enfermedad incurable, la dependencia, una mente perdida, el abandono, la soledad y el frío de una casa vacía.

Si con el paso del tiempo y los años, algunos piensan que de viejos volvemos a ser niños,

aunque esto sea un mito, ¿por qué no los tratas como tal?

Acógelos, disfrútalos, ríe con ellos, cuídalos y no los abandones.

Valora el aquí y el ahora.

Piensa que la vida es corta y los años pasan y el futuro es incierto

LADELCATS

NUESTRA LABOR

Muchas veces no pensamos
Cual importante es nuestra labor
Cada año que avanzamos
Vamos perdiendo el sabor.

Como hospitalarios nos definen
A veces suena humillador
Pero nadie sabe lo que pasamos
Cumpliendo esta labor.

Muchos eventos nos perdemos
Siempre escuchando el clamor
De la familia se percibe
Un sentimiento abrumador.

Comenzamos energéticos
Aplicando con amor
El desempeño es inminente
Más conciencia por favor.

Pasamos años trabajando
La mente y cuerpo ya no es igual
Mientras seguimos construyendo
Un futuro singular.

Tratamos de coordinar
Y el trabajo amenizar
Adeudando fundamentos
De una vida familiar.

Cuantos eventos nos perdemos
Cosechando un progreso
Y la vida nos consume
En cada paso del proceso.

Cuando llega el dinero
Nos volvemos complacientes
No pensamos que gastamos
Horas de vida permanente.

A veces no somos consecuentes
En un mundo deferente
Disfrutemos de la vida
No de un mercado indiferente.
Fin.

JHOAN CHERRIE LAFERTE

OJOS AZULES

Llegaste.

Te vi entrar al box.

Vi tus ojos azules.

Me puse feliz de verte aparecer después de tanto tiempo.

Una sensación casi familiar me embargó el pecho.

Tus ojos profundos, ahora cansados.

Al verme estiraste los brazos y sollozaste,
como si yo te diera seguridad,
como si fuera una parte de ti que habías olvidado.

Te contuve en medio de las miradas que guardaban distancia.

No me preocupé.

Ya hay demasiado abandono en tu historia como para vivir uno más.

C.M.M

EL GUARDIAN DE TUS PASOS

Mis jadeos y lentos pasos te acompañan de noche y día.

Soy tu sombra, tu alegría, tu mejor compañía.

Como cada día me acaricias, pero no es un día más.

Tus pasos pesan, te siento cansado.

Mi plato vacío, ya no puedes más.

Tu mirada triste, tu cansancio y agitado respirar,
son la antesala de un inesperado y triste final.

Mis ladridos dan la alerta: ya te vienen a buscar.

Pero todo es tan rápido,
yo corría y corría, casi sin poderte alcanzar.

Entre luces, tu llegada, solo te vi pasar.

Todos me alejaban; ahí no podía estar.

Las noches se volvieron frías.

Cada día yo te extrañaba más,
había vuelto a la calle, ya no tenía hogar.

En mis andanzas en la urgencia,
me entregaban su cariño,
pero te extrañaba, eras mi amo y yo tu fiel amigo.

El tiempo pasaba,
más no te olvidaba.

Hasta que un pequeño me rescató con su mirada.

El pequeño niño su mano acercó,
y escondido una caricia me dio.

Si bien mi corazón aún seguía herido,
yo sentí que aún estaba vivo.

A este viejo quiltro, ese niño lo acogió.

Más yo, fiel compañero de la vida,
te tengo siempre, en mis recuerdos y en mi corazón.

LADELCATS

REIVINDICAR

Van pasando primaveras
En laberintos de sistemas
Completando alacenas
Con empatía en cada escena.

Compartimos diferentes
Algunos inteligentes
Ignorando descendientes
Aquel que es indulgente.

Las críticas son exigentes
Involucran mucha gente
Olvidando claramente
Y atacando al inocente.

Los sistemas colapsados
Generaciones ya cansadas
Sobreviviendo el día a día
En laberintos y cascadas.

Antecedentes de burnout
Amplifican las consultas
Ignorando que en el sistema
Sus campañas no resultan.

Las apelaciones son constantes
Y los destinos desafiantes
En las manos de gigantes
Nos genera expectantes.

El trabajo es constante
también algo estresantes
Defendiendo claramente
Los derechos existentes.

Reparando las heridas
Contemplamos desde el frente
Levantando la mirada
Para una respuesta conveniente.

En la espera de respuestas
Que nos de la jerarquía
Argumentamos la defensa
Reivindicando poesía.
Fin.

(JHOAN CHERRIE LAFERTE)

ERES PARTE DE MI HISTORIA

Nacer, vivir, enfermar y morir
son páginas en nuestras historias que nos toca vivir.

Y si en este camino he llegado a tí,
cuídame con amor.

Que la incertidumbre y el dolor
se conviertan en alivio y esperanza.

Que la sonrisa frente a la llegada de un bebé
se conviertan en consuelo ante la pérdida de otro ser.

Que la indiferencia y el silencio
nunca opaquen tu noble trabajo.

Y que en esta historia llamada vida
escribas el mejor capítulo que puedas escribir.
Porque eres parte de la más hermosa y humana profesión.
Vive cada día con amor y vocación.

LADELCATS

SEPARADOR

Ayer, ordenando mis libros, encontré ese separador.
Tiene lunas y estrellas.
Recuerdo que lo hiciste cuando estabas hospitalizado.

Fui a visitarte ya no tanto como tu terapeuta,
sino como quien va a ver a alguien querido,
con estima y admiración por tu inteligencia
y esa capacidad tuya de dibujar mundos donde cabía todo.

Te vi acostado.
Más delgado.
Ya sabías lo que iba a pasar.

Me miraste y dijiste, casi sonriendo:
“Como siempre hemos hablado, así termina esta fantástica vida.”
Sentí el pecho apretarse.
Tu abrazo fue cálido,
como si fueras tú quien me estuviera sosteniendo.
Y antes de que pudiera levantar la vista, pusiste el separador en mis manos.

Hoy lo encontré entre páginas que no recuerdo haber leído.

Pasé los dedos por las lunas.
Y una lágrima cayó
sin hacer ruido.

C.M.M

Faros en la oscuridad

Cuando el sol se esconde tras el horizonte
y el mundo parece descansar,
se enciende una historia silenciosa
que pocos alcanzan a mirar.

En los pasillos de luz tenue,
entre sombras y tranquilidad,
la oscuridad guarda secretos
de lucha, esperanza y humanidad.

Miles de historias recorren la noche,
susurrando entre pasillos y habitaciones;
historias de fuerza y dolor,
de despedidas y nuevas ilusiones.

Son pasos que avanzan en silencio,
rostros cansados que no dejan de cuidar,
manos que alivian, contienen y acompañan,
aunque el sueño los quiera alcanzar.

Mientras la ciudad duerme confiada,
ellos permanecen atentos al llamado,
velando por cada persona,
con compromiso renovado.

En cada trabajador que vigila,
en cada palabra de consuelo ofrecida,
hay un trabajador de la salud
protegiendo la vida.

Porque en la noche, cuando todo parece detenerse,
hay héroes sin capa que siguen en acción,
iluminando la oscuridad de los pasillos
con la fuerza inmensa de su vocación.

Amilcar Carolina.

VIVIR PARA TRABAJAR PARA LUEGO

TRABAJAR PARA VIVIR.

Llega un punto en la vida
Que nos cuesta diferenciar
Si he vivido trabajando
O trabajo para vivir.

Todo depende de la etapa
Para poder asumir
Los años van pasando
Solos queda distinguir.

Todo comienza de novatos
Muchas veces inexpertas
Asumimos nuestros roles
Adquiriendo experiencias.

Nos entregan herramientas
Para el trabajo realizar
Pero cuando llegamos al recinto
Muchas veces hay que improvisar.

Entre teoría y la práctica
Hay un mar de la verdad

Descubriendo en cada instante
El desempeño y veracidad.

Al comienzo del trabajo
Todo es para vivir
Mientras vamos cumpliendo años
Después es para sobrevivir.

Avanzando en el camino
Llega la enfermedad
Ya no somos el novato
Solo queda priorizar.

Nos sorteamos el destino
En un plano general
Olvidando en cada paso
Una vida familiar.

Prioriza cada instante
Para tu vida encajar
Entre sistemas y familia
No te debes abandonar.
Fin.

(JHOAN CHERRIE LAFERTE)

LISTADO DE CUENTOS PARTICIPANTES EN EL XV CONCURSO REGIONAL

HOSPITAL DE COQUIMBO

1	LA ABUELA CHELA	VALENTIN CORTES
2	ASCENSION Y AMANDA	CHANGA SOÑADORA
3	CONTAMINACION	CHANGA SOÑADORA
4	ALGO PARECIDO A LA FELICIDAD	LECTOR
5	EL OTRO HIJO	MOMIA
6	DERECHO DE LOS SERES VIVOS	NICANOR CABEZAS
7	MISTERIO DE UN DIA LABORAL	LADECATS
8	SOLO UN MOMENTO	LADECATS
9	EL ANGEL DE LOS DESNUTRIDOS	LA LLOIUCA DEL LIMARI
10	EL ARCO IRIS	AURORA BUCANERO
11	LA PSICOLOGA	LEONARDO LOREIRO
12	LA RECETA HU8MEDA	RADIO CENTURION
13	LOS ELEGIDOS	C.A.ROD
14	MANDARINAS EN ALMIBAR	TURKA
15	SUSURRROS DE UNA TORMENTA	LEONARDO LOREIRO
16	TE RECUERDO	VALENTIN CORTES
17	EL MAR	AMILCAR CAROLINA
18	TREINTA Y UN AÑOS	AURORA BUCANERO
19	UNA NOCHE DE RECUERDOS	MANGATA
20	UN GUERRERO CONCIENTE	LEONARDO LOREIRO
21	LA PLAGA	LEONARDO LOREIRO
22	EL PESO DE LOS DIAS	TATO JERIA
23	BAJANDOME DEL ARBOL	CAMPESINA

PRIMER LUGAR

LA PSICÓLOGA

Josefa va a casa después de una larga jornada laboral. Sus pacientes hoy la dejaron un poco agotada, especialmente María José. En el camino de vuelta a casa, mientras conducía su vehículo, seguía pensando sobre la sesión con María José, donde le contó por primera vez el trauma que le dejó el abandono de su papá, quien engañó a su mamá y finalmente formó una familia con su amante.

Si bien cada caso tiene su particularidad y Josefa los trataba con todo el profesionalismo que le caracterizaba, el caso de María José de alguna forma le generaba más empatía que lo habitual, y sinceramente buscaba ayudarla en todo lo que pudiera.

Al llegar a casa, su esposo Claudio ya había recogido al hijo de ambos. Martín, tenía dos años. Por las mañanas, Josefa lo pasaba a dejar al Jardín Infantil, mientras que Claudio lo retiraba por las tardes. Su matrimonio, si bien tenía ya 5 años, era bastante estable aunque en ocasiones algo aburrido. Josefa y Claudio en los últimos meses habían caído en una rutina que los tenía un poco agobiados.

Josefa es una destacada psicóloga, que además de atender pacientes durante el día, dicta algunas clases durante los fines de semana en una universidad local. Ella es elocuente, inteligente y reconocida en su mundo laboral y había ayudado a muchos pacientes. Josefa tenía mucho más éxito laboral y económico que su esposo. Mientras que Claudio era un ingeniero informático, y la mayoría del tiempo trabajaba desde casa dado que se dedicaba a la programación de softwares para varias empresas. Además, era algo introvertido pero igualmente inteligente en su área profesional, pero pasaba mucho más desapercibido.

Ese fin de semana, Josefa no dejó de pensar en el caso de María José, e incluso la utilizó de ejemplo en su clase, pero sin indicar que era una paciente actual de ella. Josefa tenía un profundo sentido de la ética y la moral. Ella se comprometía al máximo, y tomaba muy responsablemente todo lo que sus pacientes le contaban en sus sesiones.

En la semana siguiente, María José le cuenta sobre su infancia, sobre cómo el abandono de su padre la marcó, y de la frustración y soledad que le produjo a sus 8 años. Confesó que era habitual que su padre jugara con ella, o que simplemente la acompañara en las cosas cotidianas del colegio, pero de un momento a otro él desaparece. Esto le generó un vacío tremendo y una abrumadora soledad que no era capaz de explicarse a su temprana edad. Josefa escucha atentamente, interviniendo brevemente para profundizar el relato o aclarar algo específico. En su narración María José prosigue contando sobre cómo veía a su madre llorar por las noches tras el abandono de su padre, lo que le generaba más angustia aún. En una ocasión, María José dice que acordaron que ella se iría un fin de semana con su padre, situación que ocurrió muy pocas veces, pero esa vez en particular ella conoció a su nueva pareja, a la amante de su papá, y muchos sentimientos surgieron al ver a su papá tan feliz, como nunca lo había visto con su madre. Señaló que trató de odiar a su padre pero no pudo, que al verlo feliz con Amanda ella volvió a tener una pequeña esperanza de felicidad, que se desvanecía al volver a casa y ver la tristeza de su mamá.

En las sesiones siguientes, Josefa buscó profundizar en aclarar esos sentimientos de la niñez de María José y vio en ella avances positivos, donde su ansiedad disminuyó y también algunos ataques de pánico que fue lo que inicialmente la llevó a buscar ayuda. Pero Josefa tenía una sensación extraña de que algo no le había dicho. Sus años de experiencia y capacidad analítica estaban en lo correcto. En una de las sesiones posteriores, María José lanza una bomba. Confiesa que está repitiendo el patrón de su papá, y que hace algunos meses tiene una relación con un hombre casado, y que por vergüenza no se lo había contado. Josefa, muy profesional y sin juzgarla, le indicó la importancia de estos nuevos antecedentes para su mejoría y le pidió que le contara más detalles.

María José relata un poco de la relación con este hombre casado, y que reconoce que no es lo correcto, y que la culpa la desbordaba. El hecho que cuando era niña vio a su padre feliz con su amante gatilló algo en ella, y confesó que siempre se sintió atraída por hombres que tenían una pareja, situación que al final siempre la

dañaba, ya que nunca fue elegida. María José tenía muy claro que debía cortar con ese tipo de relaciones pero no sabía cómo hacerlo. Josefa, tomó estos nuevos antecedentes para crear un plan de trabajo e ir avanzando en superar poco a poco estos traumas de infancia.

Durante las semanas siguientes, ambas fueron trabajando arduamente, pero la situación era compleja, María José se sentía enamorada de esta pareja pero a su vez infeliz de ser la amante. Además, esta pareja le prometía que dejaría a su mujer para estar con ella, lo que le generaba ilusión de ser realmente feliz pero una inevitable y gigantesca culpa por separar a una familia, especialmente considerando que siempre se presentaba como feminista, y que ser la amante era una clara contradicción a sus convicciones. Con todo esto, María José no sabía si debía esperarlo a que se separe o cortar definitivamente con la relación. Su confusión era evidente.

Josefa intentó con distintos métodos, con distintos argumentos, diciendo que la responsabilidad de la infidelidad no era suya, sino que del hombre, de forma que pudiera soltar esa culpa. Pero, María José insistía que la relación iba en serio, y se aferraba a eso. Josefa siguió intentando aclarar las emociones y sentimientos de María José, de forma que los pudiera identificar correctamente y analizarlos con mayor profundidad.

Las sesiones con María José eran semanales, pero Josefa se pasaba toda la semana buscando como ayudarla y empatizando con su situación, mientras continuaba con su rutina familiar. En algún momento Josefa, a pesar de su profesionalismo, volcó toda su atención a sus propios pacientes, especialmente con María José, con esto suplía inconscientemente la carencia de emoción en su propia vida.

En la siguiente sesión llega María José muy nerviosa y con mucha ansiedad, contando que su pareja se separaría esa misma noche de su esposa. María José le contaba que le había dado un ultimátum, y que no seguiría siendo la amante, y que él tendría que tomar una decisión. Josefa se alegró internamente, pero no manifestó emociones por esta noticia. María José prosiguió contando que esa noche él se

separaría, se iría de casa para irse con ella, por lo que sus emociones estaban a mil por hora. La sesión se alargó más de lo habitual donde Josefa intentó calmarla hasta que lo logró, demostrando una vez más su capacidad. María José más tranquila agradeció la ayuda y valoró lo importante que había sido Josefa en todo este período.

Esa jornada fue extensa, pero Josefa se fue con la satisfacción de haber podido ayudar a María José tanto esa noche, como con los traumas de niñez y actuales. Así, llegó Josefa con un reconfortante cansancio a casa, donde estaba su esposo Claudio esperándola para conversar. Sin mucho preámbulo, Claudio le dice a Josefa que quiere separarse, que hace meses tiene una relación paralela con otra mujer, y que lamentablemente se iría esa misma noche de casa. En ese momento Josefa entendió todo, la amante de su propio esposo era María José, su paciente. A Josefa se le vino el mundo abajo, ella llevaba meses escuchando las historias de María José, sosteniendo su culpa, ayudándola emocionalmente sin saber que ella estaba hablando de su propio matrimonio.

Josefa decidió no decirle nada a Claudio, ya que no podía romper el secreto profesional con María José. En su profesionalismo, Josefa decidió no decirle a nadie lo que estaba pasando, no podía utilizar toda la información que sabía, se quedó en silencio con una verdad que la estaba rompiendo por dentro.

Leonardo Loreiro

SEGUNDO. LUGAR

LA ABUELA CHELA

La abuela Chela no era realmente mi abuela. Era una anciana que conoció a mi abuela, y a quien solía confundir con mi madre. Yo a veces le decía que sí nomás, ya que cuando alguien le decía “no, no es así” solía deprimirse mucho.

La abuela Chela era pequeñita, frágil y chistosa. A veces pedía hora para ir a verme y que la examinara. No sé si realmente le dolía el corazón o le costaba caminar. Siempre la veía deambular sin muchas dificultades apoyada en su bastón, algo chueca por los años, pero pareciera que caminaba bien. Su corazón y pulmones también siempre se escuchaban sin sorpresas. Con los pocos años que llevo aquí aprendí que lo que más le gustaba era que la auscultasen y que le revisaran los oídos.

En el campo los rumores corren tan rápido como el viento, por lo que ya la mitad del pueblo sabía que el médico que había llegado era descendiente de uno de los suyos. Aquello solía terminar tanto en consultas o controles bastantes extensos, detallando cómo mi bisabuelo le propinó un coscorrón a no sé quién por no cuidarle las ovejas, o a veces en el simple comentario de “usted es nieto de Gustavina”. Como sea, desearía que dicha información se hubiese materializado en más regalos como nueces o granadas, las que abundaban por esas tierras.

Los días pasaban en la montaña, unos más rápidos que otros. Dependía de los eventos que aparecían como héroes dispuestos a oponerse a la monotonía. A veces la abuela Chela me venía con unos de los cahuines que escuchó, o yo acudía a ella con alguno de los míos. En verdad, nuestras conversaciones no solían ser tan profundas, pero servían para poder pasar el rato. Durante estas conversaciones debí haber escuchado en al menos cuatro oportunidades las historias de cuando se fue a trabajar al norte. Fue sacrificado para ella y su mamá, y se solía emocionar cuando me lo contaba. Aun así, nunca le pregunté al detalle qué cosas terribles le pasaron allá, o por qué no quiso o no pudo tener hijos.

La abuela Chela vivía con su sobrina Silvia, la cual sí era una señora muy metiche. Siempre que me sentaba a hablar con la abuelita Chela, podía sentir su presencia observándonos desde la sombra de los chañares. Es por eso que cada vez que le regalaba chocolates o alguna otra golosina, ella se preocupaba de que su sobrina, o algún otro miembro simpatizante de aquella en la casa, no se enterase. Lo mismo aplicaba para cuando ella me regalaba una de las piezas que tejía. La verdad es que en aquellos regalos de lana se notaba su edad, tanto por su experiencia como por la inexactitud de algunos de los puntos, probablemente debido

a su deteriorada visión. Tenía unos ochenta y tantos años, la edad que más o menos debía tener mi abuela cuando falleció.

Con el tiempo dejé de ver a la abuela Chela. El consultorio le quedaba lejos y ya no tenía el mismo tiempo de antes como para ir a verla. El burnout, las horas extras, los favores de la gente y del personal de salud, y otros pensamientos sobre personas más presentes en mi vida ocupaban la totalidad de mi cabeza. Realmente llegué a olvidarme de su existencia. Al menos hasta cuando ya estaba por marcharme a hacer mi especialidad.

Era frecuente escuchar por la carretera a las caravanas que despedían a los muertos. Después de todo, la mayor parte de la población ya eran adultos mayores o personas muy deterioradas por la enfermedad y la pobreza. Siempre me enteraba de quién había fallecido, ya que era yo quien debía llenar los certificados de defunción.

Uno de esos días me tocó llenar el certificado de la abuela Chela. En su carné de identidad salía toda arreglada y maquillada, tal como iba a verme a la consulta. Aquello me hizo preguntarme cómo habrá sido ella cuando joven.

No sentí tristeza, ni siquiera algo así un vacío. No estoy seguro de qué sentí, pero fue parecido a cuando falleció mi abuela. Incluso en el velorio tenía un rostro parecido al que tuvo ella. No se reflejaba dolor, sino tranquilidad. No hubo mucha gente en el funeral, probablemente porque todas las personas allegadas a ella ya habían fallecido o se habían ido del pueblo.

Esa fue una de las pocas veces en las que rompí mi regla de no involucrarme con la gente, y la primera y única vez que me quedé un fin de semana en aquel pueblo en vez de volver a la ciudad como solía hacerlo los viernes.

Después de mi último día de trabajo la fui a visitar al cementerio. Le conté algunas cosas del trabajo y lo que esperaba del futuro. También le conté que fui mal nieto con ella y con mi verdadera abuela, a la cual no iba a ver hace años. Le dije que era probable que no volviese, pero que le daría saludos de su parte a mi abuela, que estaba sepultada en la capital, lejos de los chañares y los tricahues.

Sentí que me separaba de la última rama que me sujetaba del árbol familiar, del pasado de mi familia y de la Gustavina. Por lo que no sentí la necesidad ni de mirar atrás en mi viaje de despedida, ni de recordar lo que había quedado en ese pueblo oculto entre las montañas y la nostalgia.

Valentin Cortes

TERCER. LUGAR

EL PESO DE LOS DÍAS

Hay días que pesan más que otros.

Días en que uno despierta antes de que suene el reloj y permanece unos segundos mirando el techo, intentando recordar por qué levantarse parece más difícil que ayer.

Afuera todavía era de noche. El frío empañaba los vidrios y el cielo parecía cubierto por una sola nube interminable.

Pensé en las cuentas por pagar.

En los compromisos pendientes.

En el cansancio acumulado después de varios turnos seguidos.

Y en esa pregunta que llevaba días acompañándome:

¿Realmente estaba ayudando a alguien?

Conducir hasta el hospital fue como atravesar un camino aprendido de memoria.

Estacioné, crucé la entrada principal y el olor a desinfectante me recibió antes que cualquier persona.

Las luces blancas seguían encendidas. Los monitores rompían el silencio con sus pitidos constantes y una camilla pasó a mi lado empujada con la urgencia de siempre.

Saludé a algunos colegas.

Ellos sonrieron.

Yo hice el intento.

Aquella semana había sido especialmente dura.

Tres turnos seguidos.

Muy pocas horas de sueño.

Demasiadas conversaciones con familias esperando respuestas que nadie podía garantizar.

Todavía recordaba a una madre que me había preguntado cuándo volvería a despertar su hijo.

No había sabido qué decirle.

Desde entonces esa pregunta me acompañaba incluso fuera del hospital.

Fue cerca del mediodía cuando la vi.

Estaba sentada junto a una ventana.

Era una mujer pequeña, de cabello completamente blanco. Una manta cubría sus piernas y sostenía contra el pecho una carpeta azul como si dentro guardara algo más importante que unos simples papeles.

No parecía ansiosa.

Tampoco resignada.

Solo esperaba.

Al pasar junto a ella disminuí el paso.

—¿Cómo está hoy?

Levantó la vista.

Sus ojos sonrieron antes que su boca.

—Muy bien.

La respuesta me desconcertó.

Pocas personas llegan a un hospital sintiéndose muy bien.

La mujer abrió lentamente la carpeta.

Sacó una fotografía pequeña, doblada en las esquinas por el uso.

Era una niña.

Sonreía mostrando los espacios vacíos entre sus dientes de leche.

La mujer acarició la imagen con el pulgar.

—Mi nieta.

Guardó silencio unos segundos.

Era el silencio de quien vuelve a un recuerdo querido.

—Anoche salió de una operación.

Miró nuevamente la fotografía.

—Cuando despertó, me dijo que los hospitales debían estar llenos de personas buenas... porque aquí las personas vuelven a casa.

No supe qué responder.
La mujer seguía enferma.
Seguía esperando.
Pero en ese momento parecía sostener algo que yo había perdido hacía tiempo.
Esperanza.
Entonces tomó mi mano.
Fue apenas un instante.
Su piel era tibia.
—Gracias por acompañarnos.
Me miró con una serenidad difícil de explicar.
—A veces ustedes creen que solo hacen procedimientos. Pero también nos ayudan a no perder el valor.
Sentí que algo dentro de mí cedía.
Como si una piedra que llevaba días cargando hubiera dejado de pesar.
Miré nuevamente la fotografía.
La niña seguía sonriendo.
Sin saberlo, acababa de devolverme algo que yo también necesitaba.
Continué mi recorrido por el hospital.
Pero el edificio parecía otro.
O quizá era yo.
Vi a un padre dormido sobre dos sillas unidas junto a la cama de su hijo.
A dos hermanos compartiendo en silencio la última galleta de un paquete.
A una adolescente enseñándole a su abuela cómo responder una videollamada para que un nieto pudiera verla desde otra ciudad.
No eran grandes acontecimientos.
Nadie los aplaudiría.
Sin embargo, comprendí que allí ocurrían todos los días.
Pequeñas victorias invisibles.
Un hospital no solo reunía enfermedad.
También reunía despedidas aplazadas.
Abrazos.

Esperas compartidas.
Personas que elegían quedarse cuando habría sido más fácil huir.
Y entendí algo que había olvidado:
No siempre podíamos cambiar un diagnóstico.
Pero casi siempre podíamos cambiar la forma en que alguien atravesaba ese diagnóstico.
Cuando terminó la jornada caminé hacia el estacionamiento.
El cielo seguía gris.
El frío era el mismo.
Busqué las llaves en el bolsillo y encontré una fotografía arrugada que llevaba semanas conmigo.
Era una imagen antigua de mi familia.
No recordaba cuándo había decidido guardarla.
La observé unos segundos bajo la luz amarilla del estacionamiento.
Pensé en la mujer de la ventana.
En su nieta.
En aquella frase:
"Aquí las personas vuelven a casa."
Sonreí.
Las cuentas seguían esperándome.
El cansancio también.
Nada había desaparecido.
Solo habían recuperado su verdadero tamaño.
Guardé nuevamente la fotografía.
Antes de subir al automóvil volvió la pregunta que me había acompañado durante toda la semana.
¿Realmente estaba ayudando a alguien?
Esta vez no necesité buscar la respuesta.
Había llegado mucho antes que yo.
Sentada junto a una ventana.
Con una carpeta azul entre las manos.

Y una fotografía gastada que, sin proponérselo, terminó curando una herida que no aparecía en ningún examen.

Porque a veces creemos que venimos a cuidar pacientes.

Y hay días en que son ellos quienes, en silencio, terminan salvando una parte de nosotros.

Tato Jeria

PRIMERA MENCION HONROSA

EL MAR

Mi abuelita llevaba varios días hospitalizada. Desde su cama podía ver apenas un pedazo de cielo y las luces de la ciudad. Durante el día recibía visitas y palabras de ánimo, pero era en las noches cuando el hospital se volvía un lugar inmenso y silencioso, donde llegaba ese sonido constante, los automóviles deslizándose sobre el asfalto húmedo. Un murmullo largo, suave y repetitivo.

Ella cerraba los ojos y sonreía ¿Escuchas? Me pregunto. El mar vino a visitarme... Guarde silencio, sabía que no era el mar, sino la avenida que pasaba frente al hospital. Sin embargo, al mirar su rostro sereno decidí escuchar con ella.

Y, por un instante, el ruido de los neumáticos dejó de ser ciudad. Se convirtió en olas que iban y venían, acariciando una playa infinita donde los recuerdos caminaban descalzos.

Mi abuelita volvió a respirar con calma. En cada ola imaginaria encontraba un verano, una risa, una tarde junto a su familia. El hospital ya no tenía paredes blancas; tenía arena tibia, brisa salada y un horizonte sin límites.

Aquella noche, comprendí que la imaginación también podía ser medicina. Porque, a veces, basta con cerrar los ojos para que el corazón encuentre el camino de regreso a casa.

Amilcar Carolina

SEGUNDA MENCION HONROSA

MISTERIO DE UN DIA LABORAL

Inicio de la jornada

Era un día frío de invierno y Ana iniciaba su jornada laboral. Emocionada, iba a su trabajo. Nunca había pensado en trabajar en una lavandería, pero en tiempos difíciles era toda una proeza tener una ocupación. Quizás el destino la había llevado hasta el inicio de algo que iba más allá.

La misteriosa clienta

El día pasaba lento y, entre la rutina, se preparaba un café. De pronto, el ruido de la puerta llamó su atención. Frente a ella apareció una mujer trigueña, de estatura media, delgada y buenamoza. Se veía frágil, con rostro preocupado y una risa nerviosa.

— Disculpe señorita ¿A qué hora cierran? ¿Podrá recibir un pedido? Lo necesito express.

Ana miró el reloj y respondió con cortesía:

—No se preocupe, cerramos a las 20:00 hrs. Ahí estará listo.

La mujer se retiró rápidamente. Ese día Ana estaba sola: su compañero Carlos no había ido a trabajar. Le tocaba cubrir caja y también realizar labores de lavandería.

El hallazgo inesperado

Al preparar la ropa de la misteriosa mujer, comenzó a imaginar su historia. En sus manos tenía un vestido negro acompañado de un elegante abrigo. ¿A qué se dedicaría? Quizás trabajaba en una oficina distinguida. Al revisar los bolsillos encontró algo impensado: un papel arrugado con un mensaje que decía: “Más te vale dejar todo limpio y dejar todo en su lugar. Apúrate, si no llegas a las 21:00 hrs te arrepentirás”. Ana se paralizó unos segundos. Pensó que aquella mujer podía estar envuelta en algo turbio, quizá amenazada o maltratada. Miró la hora: eran las 18:00 hrs. Dudó en llamar a la policía, pero llevaba poco tiempo trabajando y no quería encender alarmas por lo que podía ser una nota antigua o una broma. Sin embargo, su corazón le decía que tal vez podía cambiar el destino de esa mujer.

La espera interminable

El tiempo avanzaba lentamente. La puerta volvió a sonar y su corazón se agitó. Levantó la cabeza y vio a una joven madre con su pequeño.

—Buenas tardes, ¿le pasa algo? —pregunto la joven.

—No, solo que ha estado muy lento el día —respondió Ana.

El niño le hizo una morisqueta y ella le sonrió, regalándole un caramelo. Ana recibió el pedido, miró el reloj: ya eran las 19:00 hrs, próximo al cierre. “Ya terminará mi jornada, aguanta”, pensó.

La joven madre la mira y le dice:

—Parece que fue un largo día.

—Sí que lo fue —contestó. La mujer paga su pedido, le dio ánimo y se retiraron.

El hombre inesperado

Los pensamientos de Ana reaparecieron: ¿qué habría pasado con la mujer? El vestido y el abrigo ya estaban listos, pero nadie venía a buscarlos. Decidió llamarla, pero no contesto.

De pronto, la puerta se abrió de manera abrupta. Entró un hombre alto, atractivo, de mirada intensa. Venía a retirar el pedido de la misteriosa mujer.

Ana dudó en entregarlo, pero las políticas del trabajo eran claras: si había pago previo y boleta, debía hacerlo. Con instinto de investigadora, lo miró a los ojos y preguntó:

—Pensé que ya no llegaban. Esperaba a la señorita. ¿Qué le pasó que no vino? Se veía muy preocupada.

El hombre sonrió:

—La verdad pensé que no alcanzaría a llegar, pero me pidió retirar este encargo debe devolverlo a su dueña. Espero haya quedado bien.

La dejo, estoy apurado: tenemos una fiesta sorpresa a las 21:00 hrs para mi novia, la misma que vino a dejar el pedido. No me puedo atrasar.

Buenas noches, muchas gracias.

Se retiró rápidamente.

La revelación

Ana suspiró y procesó lo ocurrido. Recordó el mensaje:

“Más te vale dejar todo limpio y dejar todo en su lugar. Apúrate, si no llegas a las 21:00 hrs te arrepentirás”. Sonrió y pensó: “Debes dejar de ver tantas series de televisión, tienes demasiada imaginación”. El terrible asesino o maltratador solo era un enamorado que venía a retirar el encargo de su novia, quien había estropeado una tenida prestada. Lejos de una amenaza letal, todo era parte de una gran fiesta sorpresa.

Cierre del día

En fin, la vida da sorpresas, sorpresas te da la vida. Ana pensó: “Estás cansada, mejor ve a descansar y dormir. Esta noche no será noche de series, ya te inventaste una”.

LADELCATS

TREINTA Y UN AÑOS

El viento sopló tu llegada y un girasol te gestó por nueve meses
Cuando ya estuviste preparada la luna y el sol te recibieron con creces
Luego un arcoíris te regaló colores de los cuales te embelleces
Te nacieron alas y un colibrí te enseñó a volar cien veces
El mar y sus olas en tu vida fueron tus testigos y tus jueces
Dos lindas princesas heredaron la simpleza y humildad que las enorgullece
Volaste por treinta y un años y no fueron suficientes
Un siglo tampoco será el tiempo para que tu cuerpo de la tierra se desvaneciese
Hay días oscuros en los que se siente que desapareces
Tú sonrisa y tu ausencia en nuestros recuerdos suelen oscurecerse
Pero en nuestras lágrimas y profundo dolor eternamente permaneces
Tinkunukama hermana

Aurora Bucanero

ASCENSION y AMANDA

Siempre me he preguntado como un ser humano puede llegar a ser tan especial. Recuerden que no tuvo oportunidad de estudios escolares. ¿Cómo se puede entregar tantos valores, sin saber leer ni escribir? Seguramente parte de Dios habitaba en ella, que tras su apariencia pequeña y frágil, exhibía una tremenda grandeza. Ella que supo de grandes dolores sólo devolvía amor.

En la humilde vivienda, temprano se iniciaba la diaria labor. A pesar del cansancio de los años, **ASCENSIÓN** sabía que no podía flaquear: había una familia que dependía de ella. O Después del rezo matinal rogando fuerzas a Dios, comenzaba por encender el fuego mezclando leña y algo de carbón, cuando los tiempos eran buenos, a fin de preparar el desayuno que la mayoría de las veces consistía en un jarro de “cocho” (harina tostada con azúcar y agua hervida) y luego unos ricos mates con un trozo de humeante tortilla de rescoldo con mantequilla (hum, si de sólo acordarme, siento el exquisito aroma de mi niñez, allá en la pobre choza donde se respiraba cariño).

Enseguida, muy lavada y peinada con una trenza donde destacaba el blanco de la cinta que hacía juego con mi zurcido y almidonado delantal, ella tomaba mi mano enfilando rumbo a la escuela, donde me dejaba a las 8 en punto con mis útiles escolares cargados en un raído pero pulcro bolsón.

Mientras su “niña” se esmeraba en aprender las primeras letras, **ASCENSION** retomaba sus variados quehaceres domésticos, agradeciéndole al Creador por el nuevo día. Dentro de la estrecha casita iba y venía mil veces: que la olla de greda no dejara de hervir con su cocimiento de porotos con trigo majado; que la pieza estuviera limpia y ordenada agregándole al barrido del piso de tierra, un poco de agua en forma de rociado a fin de no levantar polvo con la escoba de ramas de coligüe; de alimentar con maíz y trigo y algunas “hojitas verdes” a las 4 gallinitas que poseía y cuyos huevitos eran una de las entradas para el sustento del hogar ya que eran muy codiciados por el vecindario, especialmente aquellos azules que ponía la gallina castellana (negra con pintas blancas); el cuidado de las plantitas que crecían en variadas e improvisadas macetas (tarritos) como la aromática Menta peluda; la Ruda con sus finas flores amarillas destacadas dentro de su verde natural; la Congona erguida orgullosa (¡cuántos dolores de oído había sanado!; el Ajenco siempre presente cuando algún malestar estomacal rondaba; el Toronjil Cuyano para las penas y las multicolores pinceladas ofrecidas por las flores en cuya variedad destacaban las humildes malvas rojas y rosadas, haciéndose acompañar de uno que otro aristocrático clavel blanco o jaspeado, orgullo de su dueña que disfrutaba de aquel pequeño rincón asoleado que la Madre Naturaleza le regalaba en todo su esplendor, especialmente cuando la soleada Primavera se hacía presente atrayendo hermosas mariposas, abejas y uno que otro pajarillo cantor que prodigaban entonados trinos bajo los tibios rayos del dorado señor Sol.

Llegadas las 13 horas había que emprender nuevamente el camino a la escuela a buscar a “su niña” de vuelta al hogar. Este lo hacían conversando alegremente del aprendizaje de la menor que obviamente progresaba: si ya con sus 7 añitos “juntaba la letras” leyendo las primeras frases a su querida “mamita” como los nombres de las calles y alguno que otro letrero que se les cruzaba en el camino. Para que decir el orgullo y emoción que sentía **ASCENSIÓN**: si ella no sabía leer ni escribir. En sus tiempos la escuela no estuvo a su alcance, “eso es para los ricos” había escuchado en más de una oportunidad, “tu obligación es trabajar ayudando en los quehaceres del hogar”. Ni siquiera tuvo tiempo para compartir juegos con alguna amiguita. Pero ella no se quejaba. Nunca se quejó. Era especial esta **ASCENSION**.

Después compartían el esperado almuerzo con el resto de los integrantes de la familia: un plato de ricos y nutritivos porotitos a los que se agregaba una ensaladita de verduras (todo ello de acuerdo al escuálido presupuesto hogareño) y con el que a diario lidiaba la organizada dueña de casa.

Si me parece verla en las tardes soleadas doblada sobre la batea lavando. Era todo un ritual su lavado: encendía fuego en el suelo donde luego acomodaba el gran tarro, negro por el hollín o tiznado, cuya agua hacía hervir junto al jabón “gringo” preparando la “lavaza” con la que luego lavaba restregando enérgicamente. Y qué decir del resultado: si el blanco de sus sábanas, de sacos harineros, confeccionadas a mano por ella, eran la envidia de otras “lavanderas”.

- **AMANDA:** la única hija, y quien como era la tónica de esos tiempos, desde pequeña sólo supo de trabajo para ayudar en la casa.
- El resto de los integrantes eran los dos pequeños nietecitos de los dueños de casa y en quienes se centraban los esfuerzos y sacrificios por sacar adelante y ojalá con una buena escolaridad.

¡Cuánto amor y esmero pusieron ambas en esta labor “extra” que la vida les dio!.

- Amen y agradezcan al Creador por la vida, por el pan y por todas las bendiciones que a diario nos da.
- Sean siempre muy respetuosos con sus mayores.
- Preocúpense de ser limpios y ordenados. La suciedad no tiene por qué ser parte de la pobreza.
- Nunca tomen ni deseen nada ajeno. Las cosas hay que ganárselas.
- Respeten a la Naturaleza y quieran a la Madre Tierra, a sus aguas, flores, plantas, animales y pequeños “bichitos”. Todos tienen derecho a vivir.

Y así transcurrieron los años, entre esta gran pobreza material y los muchos sabios consejos de quienes sí supieron criar.

Cuando partieron a la Eternidad el corazón de sus seres queridos quedó destrozado (especialmente el de “sus pequeños”) que a la sazón se empinaban en los 13 y 14 años. Pero también supieron aquilatar las lecciones de ellas, siendo en la actualidad personas de bien.

CHANGA SOÑADORA

CONTAMINACION

(CUENTO BREVE)

Avenidas desnudas de árboles; kilométricas calles pobladas de contaminadas bolsas de plásticos con malolientes contenidos; perros vagos-hambrientos hurgando en ellas; casas - pichoneras con cientos de hacinados habitantes tratando de parecer “normales” en un submundo de drogas, alcohol y violencia.

Escuelas para niños pobres donde la enseñanza ha perdido calidad y alumnos son “arrojados” por padres que eluden responsabilidades.

Jardines Infantiles asaltados y robados en las más mínimas necesidades de alimento y cobija para infantes desvalidos.

Muros panfletarios llenos de garabatos y consignas que ya a nadie llaman la atención.

Más arriba, los “coludidos” viven en reuniones a espalda de los miserables.

CHANGA SOÑADORA

ALGO PARECIDO A LA FELICIDAD.

¿cuánto es?, le pregunté al vendedor, aunque sabía la respuesta, tantas veces que había pasado por esa librería en San Diego.

--cuatro mil pesos, le contestó el viejito.

Revise mis bolsillos, para ver si me alcanzaba para otro libro, pero no, solo para cuatro.

Varios días sin almuerzo en la universidad me habían permitido comprar estos libros usados, así que los tomé y salí de la librería.

ya no caminaba solo, como cuando llegue, ahora me acompañaban Tolstoi, Hemingway, Bukoski y Dante.

Me dirigí al parque forestal, donde me senté y pasé los dedos por cada libro, ahora eran míos, sueño que mantenía por años. aunque eran libros usados, podría leerlos y reelerlos las veces que quisiera. sentía algo parecido a la felicidad mientras tocaba el lomo y las tapas.

Entonces abrí el primer libro y me puse a leer.

LECTOR

DERECHOS DE LOS SERES VIVOS

Derechos Humanos

Permiso, me llevo el cordero para la casa, ustedes quieren matar al bicho, ¡Me lo llevo y punto! Para que el animalito corra, allá tengo cinco perritas y tres gatos, un bicho más no importa. Ojalá se trasciendan los Derechos Humanos hacia los Derechos de los Seres Vivos, todo sería mejor. Los perritos serían más felices, si me va bien continuaré, si me va mal, continuaré, total solo moriré una vez, ya sea de poesía o enfermo.

Nicanor Cabezas

EL OTRO HIJO.

Esperábamos con ansias la llamada del doctor y cuando la secretaria nos llamó, comenzó a latir mi corazón agitadamente.

pase a buscar a mi mujer y a las 11 en punto llegamos a la consulta. tomados de la mano esperamos con ansias lo que nos iba a decir el doctor.

cuando éste entró, se sentó y nos miró fijamente, sonriéndonos:

-Buenas noticias, dijo, tenemos embarazo...¡¡

con mi mujer no podíamos estar más contentos, no en vano llevábamos casi una década en busca de un hijo.

no hallábamos que decirle al doctor, entonces fue él el que habló:

--y son 2....¡¡

Nos miramos con mi señora y no supimos que decir, nosotros queríamos solo 1.

envalentonado, y sabiendo que era lo que pensaba mi mujer, tantas veces que lo habíamos conversado, le pregunté:

--Y no podría ser solo uno?, nosotros siempre pensamos en un hijo, y no estamos seguros de poder cuidar a dos....ya ha pasado mucho tiempo y estamos más viejos, que se podría hacer?

_Bueno, dijo el doctor, desilusionado de nuestra posición, algo se puede hacer, tendrían que autorizar Uds., se puede dejar desarrollar a solo uno y el otro no.

--Como se haría eso ¿le pregunté.?

--Se ha hecho otras veces, se introduce una aguja y se pincha el corazón de uno y eso hace que no se desarrolle, el hermano si puede crecer normal. el fetito se momifica y queda al lado de su hermano hasta el nacimiento.

Nos miramos con mi mujer y casi al unisonó, dijimos:

--Eso quisiéramos hacer.

el doctor buscó unos papeles, ya muy serio, y nos dijo que tendríamos que firmar varios documentos y lo más importante, decidir a cuál se deja crecer y cual no.

--Cómo es eso?, contestamos.

--Bueno, es fácil y difícil, en una ecografía nos tienen que mostrar a cuál destruirle el corazón, el del lado izquierdo o derecho, o el de arriba o el de abajo, pero uds lo tienen que decidir.

Eso no lo esperábamos, era algo complicado, pero bueno, estábamos seguro de querer solo uno, así que después de unos días, lo hicimos, y al cabo de varios meses, nació nuestro hijito, y al lado una cosita momificada, que de acuerdo con mi mujer, la pedimos y la cremamos, poniendo sus cenizas en una pequeña ánfora, que quedó encima de un velador del dormitorio, incluso le pusimos nombre.

y así, cuando jugábamos con nuestro pequeño, le contábamos de su hermanito, y lo llamábamos por su nombre.

pero la alegría que nos trajo nuestro hijo, con el tiempo fue cambiando, y el niño precioso, ahora lloraba y lloraba, cólicos dijo el pediatra, pero los llantos seguían, era una alergia a la comida, agregó otro médico.

con los meses y años, aparecieron los berrinches y pataletas, y los llantos al llegar la tarde luego nos despertaban a medianoche, nos turnábamos para atenderlo y pasábamos de médico en médico, neurodivergencia, dijo uno, autismo infantil otro, trastorno del desarrollo, los diagnósticos se iban sumando, y los profesionales también, neurólogos, psicólogos, psicopedagogos, fonoaudiólogos, terapeutas, psiquiatras..... y los medicamentos iban también aumentando...pero nada cambiaba el panorama.

un día me encontré hablándole al ánfora de su hermano, como si pudiera darme una solución. y otras noches comencé a tener un sueño repetitivo: al entrar al dormitorio veía 2 ánforas, una en cada velador, despertando horrorizado.

no me atrevía a contarle a mi mujer, pero fue ella la que me dijo que también había tenido ese sueño.

varios meses después, una noche que volvía de la pieza del niño, encontré a mi mujer sentada en la cama, y su cara me lo dijo todo, tenía una almohada en las manos, total, me dijo, existía la muerte súbita, la

disociación electromecánica del corazón, y las muertes inexplicadas en niños.

así que, tomados de la mano, nos dirigimos a la pieza de nuestro hijo.

“ momia”

SOLO UN MOMENTO

Invierno y rutina

En los días de invierno, el día pasa rápidamente: llegas a casa, ya es de noche, y en un rato comienza un nuevo día. Uno de esos amaneceres se inicia muy temprano para Viviana, una joven de región que hace casi un año vive en la ciudad, trabajando en un centro comercial. La vida adulta no siempre es fácil, sobre todo en un frío día de invierno cuando madrugar cuesta tanto. Para ella no era extraño poner mil alarmas en su celular; solía decir “solo un rato más”. Pero esa mañana, unos minutos adicionales le jugaron una mala pasada: fue derrotada por un sueño profundo.

El encuentro mágico

En ese instante irreal todo era perfecto: una luz dorada brillaba y dos siluetas se acercaban. Eran Paola y Carolina, sus amigas de enseñanza media. Se abrazaron como en los viejos tiempos, hasta que una voz misteriosa les dijo: “Pidan su deseo, los sueños se hacen realidad”. Viviana pidió teletransportarse. Paola deseó no envejecer. Carolina, ser millonaria. Giraron juntas hasta que una fuerza las separó y Viviana quedó sola.

Sueño mundialista

De pronto estaba en el Mundial de Fútbol 2026. Multitudes, colores, idiomas, alegría. La gente gritaba su nombre. En el palco VIP compartía espacio con Di Caprio, Shakira y otras estrellas. Pero el glamour pronto se volvió agobio. Decidió escapar: pensó, vamos esto es fácil lo vas a lograr, luego contó 1, 2, 3 y se teletransportó a Egipto.

Egipto y las pirámides

Allí estaba frente a una de las siete maravillas del mundo. No era un tour turístico, sino la construcción misma de las pirámides. Miles de personas trabajaban sin descanso. No era lo que esperaba, así que con un chasquido partió nuevamente. Entre risas comprendió que podía recorrer infinitos lugares con un solo gesto.

El reencuentro con su padre

Entonces pensó: ¿por qué no viajar en el tiempo y reencontrarse con su padre, que había partido unos años atrás? Cerró los ojos, sintió calma y su corazón se aceleró. Al abrirlos, lo vio de espaldas. Se acercó y lo llamó: “Papá”. Él giró, abrió los brazos y la acogió en un tierno abrazo. Viviana deseó quedarse allí, pero sabía que no podía cambiar el destino. Su padre moriría al día siguiente. Conversaron,

compartieron un buffet delicioso, y cuando lo miró supo que debía irse. No quería presenciar la partida inevitable.

El regreso a sus amigas

Con nostalgia y gratitud, se teletransportó hacia sus amigas. Paola, tras tantas cirugías, casi no tenía expresión. Carolina, tras una vida de lujos, había quedado en la miseria por una estafa. Viviana sonrió al pensar en los deseos y sus consecuencias. Ella, en cambio, había vivido lo más valioso: el reencuentro con su padre.

El despertar

De pronto todo terminó en un aterrizaje forzoso. Una ruidosa alarma la devolvió a la realidad. Lo que parecía un pestañeo fue un sueño intenso que recordaría por mucho tiempo. Pero los sueños siempre traen consigo la dureza de lo cotidiano: estaba atrasada para el trabajo, algo que rara vez le ocurría. Así es la vida adulta, una mezcla de responsabilidades inevitables. En ese frío día de invierno, no le quedaba otra que levantarse y, con una gran sonrisa, salir a trabajar.

LADELCATS

EL ÁNGEL DE LOS DESNUTRIDOS

Era otoño para ese entonces, el viento soplaba entre las hojas, que pendían a su suerte entre las ramas de los árboles casi desnudos, ese petricor se sentía cada vez más intenso, yo con mis pequeñas zancadas tratando de alcanzar los pasos rápidos de esas chinitas negras con una flor roja en el empeine y esas pantys gruesas y añosas que parecían volar, un sentimiento de angustia y excitación recorría mi pequeño cuerpo.

¿Dónde vamos? pregunte de forma insistente, sin encontrar respuesta, después de varios intentos la voz de mi viejita me dice. ¡Al hospital! ¡Al control!, no recordaba haber ido antes y la sola palabra hospital me remeció completo, ¡teni que hacer caso y portarte bien!

No te rasques la cabeza a cada rato (y yo lleno de piojos, pensaba como lo haría)

Llegamos al bendito control, la sala fría de paredes con cerámica a cuadritos, lleno de bancas, niños llorando para que crie pulmones como decían antes, tos por doquier, ese aroma a remedio y cloro que no sabía de donde venia, se me iban los pies por querer explorar ese lugar, pero mi mitana no me dejo moverme, varias veces me tironeo para que dejara de menearme, después de mucho rato nos hicieron pasar, yo miraba atónito tantas cosas, la camilla, a la doctora u enfermera, yo ni sabía, luego me dicen en voz baja ellas son paramédico, me desnudaron, me pesaron, midieron, me dieron vuelta como bolsa de paleta, después de un rato y entre susurros le dicen a mi abuela debe llevarlo al otro sector de hospital, este cabro esta desnutrido, y yo que ni sabía lo que significaba hasta contento estaba de que me llevaran a otro lado del hospital, en ese momento los pasos se aceleraron más y sentí otro tipo de nervios recorrer mi cuerpo, la otra entrada era más grande, los pasillos más lúgubres y fríos, parecían que no terminaban nunca, de reojo pude observar unos ventanales con un espacio luminoso, fugazmente divise la imagen de una virgencita muy grande en medio de ese patio, al llegar al fondo de ese pasillo nos sentamos en silencio, el abrir y cerrar del monedero me puso temeroso, como si algo malo iba a pasar, además el contraste de fondo, era un cuadro en la pared en donde una enfermera con su mano indicaba silencio (shhhhhhh)

Luego de haber trascurrido mucho rato, ya pude explorar aun con miedo, ese hospital tenía pasadizos por todas partes, pero yo quería bajar por unas rampas oscuras con pisos de cerámica que sabe dios donde llevaban, en mi cabeza ahí llevaban a las personas que morían y más miedo aun me transmitía, cuando me estaba aventurando sentí un grito suave, pero con enojo.

¡NIÑOOO! Exclamo mi abuela ven que nos llaman, en ese instante temblé y al entrar una dulce voz me llama por mi nombre, se acerca cariñosamente con una voz

apacible y su traje celeste que parecía brillar, llamo mi atención, me ofreció un palito con algo dulce (un bajalenguas) y comenzó a hablar con mi viejita, no entendí nada solo que le decía que fuese para allá y para el otro lado, en fin, a seguir caminando, me decía que debía comer y tomar leche (y yo ni recordaba la leche).

Que si me alimentaba crecería sano e inteligente, fue muy tierna y eso quedo grabado en mi infante mente, luego le paso unos papeles a mi viejita y nuevamente raudos y veloces salimos de ahí, pasamos por leche, sopas y arroz, recuerdo el aroma a vainilla de la leche y en la caja se visualizaba una especie de super héroe con capa en su exterior, luego pasamos por queso que emanaba un aroma fuerte, amarillo casi naranja, una pieza grande, todo esto se llevaba a cabo en la gobernación recuerdo.

Pasaron varios controles en los que debíamos asistir, siempre esperaba ansioso para poder conversar con ella, hasta me bañaban, ella siempre con tono amable y dulce me preguntaba cosas y me miraba fijamente, tienes unos ojos hermosos decía y yo era el más feliz, nadie me había dicho tantas cosas lindas en tan poco tiempo.

Yo era tan feliz de ser desnutrido como me decían, sin saber qué era lo contrario a estar sano, siguieron los controles hasta que un día me dice tienes los carrillos rojitos, la verdad es que estaban resecos por el frío, pero de igual manera podía admitir que estaba más gordito, ese fue mi último control no me llevaron más por alta o por edad no recuerdo, pero extrañaba su trato y la leche, hay que decirlo, me sentía triste, quería volver a verla.

Pasaron los años y ya en mi adolescencia, marcada por la discriminación, me vi enfrentado a una prueba muy difícil, no me gustaba educación física por las burlas y la falta de ropa. Hasta que un día alguien no sé quién me dice ve al hospital, pregunta por alguien que te entregue un certificado

No sé cómo, ni cuando llegue a ese mismo pasillo y aunque ustedes no me lo crean, me volví a encontrar con ella, era como un déjà vu, volviendo a regresar en el tiempo, al mismo día cuando la conocí, me acerque, ella siempre dulce, no sé si me reconoció, no creo, pero me acogió con su ternura de siempre, le explique entre sollozos lo que me sucedía y luego de un rato me entregó un papel con un timbre que debía presentar en donde estudiaba , salí corriendo del hospital y apretaba contra mi pecho ese papel que para mí era el tesoro máspreciado , recordaba mis años atrás cuando ese viento golpeaba mis resecos labios y mis zapatos viejos que cual tela de cebolla me hacían sentir cada piedra pisada, eso me ayudó a vencer mis demonios y miedos, siempre agradeceré su ayuda entregada, la cual me permitió lograr y sortear con éxito ese trauma , fue mi inspiración para estudiar y ser parte del área de la salud, con el objetivo intacto de tratar de ayudar a más personas

,muchos años después descubrí que esta mujer angelical, era la paramédico de niño sano.

Desde acá agradezco al cielo su ayuda y a quien en mi alma le llamó, El ángel de los desnutridos.

(EN MEMORIA DE ISABEL DEL CARMEN ROJAS ROJAS, PARAMÉDICO NIÑO SANO, HOSPITAL DE OVALLE).

Q.E.P.D

LA LLOICA DEL LIMARI

EL ARCOIRIS

Tras la muerte de la princesa Kim la familia Bucanero no sabía si era mejor no nombrarla en sus conversaciones u honrarla día a día recordando sus anécdotas. La muerte fue un golpe inesperado que la familia Bucanero no eligió, ya que la vida solo decidió regalarle 31 años de vida a la princesa Kim, nada más.

Pues había que seguir viviendo mientras todos por dentro estaban muriendo de pena. Tras la muerte de la princesa Kim a sus 31 años nadie sabía cómo se seguía, como se vivía o como de sobrevivía.

El castillo convertido en roca y rodeado de mar tuvo que ser abandonado y los Bucanero decidieron rearmar su vida en una casa que tenían cercana al castillo en Coquimbo la cual no tenía aroma a lavanda. Al llegar a esta casa solo los Bucanero podían visualizar un arcoíris de 22 colores que estaba sobre esta durante el día y de noche este arcoíris se transformaba en un arco de estrellas brillantes, unas fijas y otra fugaces, unas blancas y otras azules.

La madre de la princesa Kim; la reina Esperanza, decidió seguir viviendo con profundo dolor el cual a momentos era distraído por sus nietas (hijas de princesa Kim) Rosita y Antonia. La reina todas las noches lloraba en silencio y en soledad la ausencia de su hija menor, pensaba que era una pesadilla pero al otro día despertaba y se daba cuenta que era su realidad, aunque ella no lo eligió. No hay día en que no la recuerde ni la llore, “la vida debe seguir” decía ella al despertar.

Rosita se convirtió en una adolescente de 12 años que le faltaba su madre, pero aun así estaba consiente que la reina y sus tías la amaban enormemente. Lloraba a su madre por las noches en su dormitorio y en fechas importantes estallaba en llanto culpando a la vida y preguntándose porque a ella le arrebataron a su madre, mientras veía a sus amigas disfrutar de sus madres.

Po otra parte Antonia de 7 años vivió su duelo desde su inocencia recordándola con amor, sintiendo que su madre estaba en el cielo cuidándola, protegiéndola, vigilándola y acompañándola en cada paso y en cada momento. Ella pudo enseñar a su familia que el amor se transforma y que la vida es sencilla y ahora.

Leonor escondió su pena, sus lágrimas y sus recuerdos a todos, pero diariamente llevaba su luto vivo y oculto detrás de una careta, era la que más visitaba a Kim en el cementerio, le llevaba sus flores favoritas (girasoles) y le dejaba los floreros adornados y con agua, agua que contenían sus propias lágrimas. Nunca se lo dijo a nadie, pero su dolor del alma cedía al visitarla en su tumba, mientras que los demás Bucaneros evitaban visitar la tumba de la princesa.

Felipe II decidió luego del entierro de su hermana devolverse a su hogar el cual quedaba a 3 horas del castillo. El decidió bloquear el dolor evitando que cualquier persona le preguntara y le recordara a su hermana fallecida, Al parecer y sin querer su mente evitaba el recuerdo porque obtenía sufrimiento. Esto lo llevo al extremo de evitar visitar a su familia en Coquimbo. Pareciera que el dolor de la muerte bloqueó sus emociones y sentimientos. Cada vez que recordaba a la princesa Kim y antes de quebrarse emocionalmente buscaba rápidamente salir de ese recuerdo haciendo otras cosas.

Aurora veía que la vida no se detuvo, las personas siguieron trabajando y viviendo, ya nadie recordaba tanto a su hermana, no lograba entender la frialdad de la vida. Entendió el legado de su hermana y decidió disfrutar sin medir el futuro ni proyectarse a largo plazo, cada día era un regalo el cual disfrutaba y agradecía. La ausencia de su hermana fue llorada en silencio en medio de noches de insomnio, de cuestionamientos y de culpa, culpa que cargó por “nolo haberla salvado”, aunque ella no era la culpable no podía sacarse ese sentimiento de la cabeza.

Cada integrante de los Bucanero llevó su duelo individualmente, ninguno le comento al otro, ninguno entendió al otro y ninguno llevo su duelo igual forma que el otro. Nunca supieron si el duelo se conversaba, se lloraba en silencio, se lloraba en comunión, se gritaba, se callaba o simplemente el calendario decidía como vivirlo según la fecha o si el reloj pesaba más en las noches.

Aun así solo ellos podían ver el arcoíris y sabían que los 22 colores de este representaban su recuerdo; y las estrellas representaban su protección. Si bien el duelo los separaba.. la princesa Kim los unía de una u otra forma.

Aurora Bucanero

LA RECETA HÚMEDA

La receta llegó húmeda, no mojada por completo, no lo suficiente como para romperse entre los dedos, pero sí con ese frío pegajoso de los papeles que han pasado demasiado tiempo afuera. Tenía los bordes curvados, una mancha oscura en la esquina inferior y un olor tenue, casi imperceptible, a tierra mojada.

—Don Luis, acá está la receta del paciente de Andacollo que le comentó la directora —dijo la TENS, dejándola sobre el mesón.

Luis alzó la vista desde la pantalla.

—¿Qué paciente?

Pero la TENS ya se había dado vuelta. Caminaba rápido, con una carpeta apretada contra el pecho, esquivando carros metálicos, cajas de suero y funcionarios con cara de no haber dormido lo suficiente.

Era un típico día de invierno en el hospital: los pasillos olían a cloro, café recalentado y ropa húmeda. Los tubos fluorescentes zumbaban sobre las cabezas, la gente entraba desde la calle sacudiéndose las chaquetas, trayendo consigo el viento helado de la mañana, y en la farmacia las órdenes médicas se acumulaban una tras otra.

Luis llevaba seis meses trabajando como químico farmacéutico. Se había graduado con honores, convencido de que su vida laboral sería audaz, desafiante y bastante más lucrativa. Había imaginado investigación clínica, decisiones complejas, reuniones importantes, quizás incluso un cargo con oficina propia y una máquina de café decente.

La realidad era otra.

Autorizar órdenes, corregir dosis, perseguir firmas, descifrar letras imposibles y repetirle a los pacientes que no, que el antibiótico no se suspendía cuando uno se sentía mejor. La realidad era pasar ocho horas diarias entre blísteres, timbres, protocolos y reclamos.

Tomó la receta con desgano y frunció el ceño.

La letra era pésima. No simplemente fea, sino horrible, como si quien la hubiera escrito hubiese querido imitar los trazos de un electrocardiograma.

Luis acercó la receta a la luz y entrecerró los ojos.

Había tres medicamentos indicados. El primero era común. El segundo, discutible. Pero el tercero lo hizo quedarse quieto.

Volvió a leer la línea. Luego miró la edad del paciente. Después buscó la fecha.

La receta era de ese día, pero el formulario no.

Luis conocía los formatos del hospital. Los nuevos tenían código de barras, logo actualizado y espacio para validación electrónica. Ese papel, en cambio, tenía el escudo antiguo del servicio de salud, uno que no se usaba desde hacía más de treinta y seis años.

—Qué raro... —murmuró.

Ingresó el nombre en el sistema.

Nada.

Probó con el RUT escrito en la esquina superior, aunque el número parecía haber sido repasado varias veces con lápiz pasta.

Nada.

Buscó por apellido.

Nada.

El paciente no existía.

Luis sintió un pequeño escalofrío, pero se lo atribuyó al frío que entraba cada vez que se abría la puerta de la farmacia. Estaba por llamar a la TENS cuando escuchó tres golpes fuertes en la ventanilla.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

Al otro lado del vidrio había un hombre mayor sentado en la sala de espera. Tenía una chaqueta café gastada, el pelo blanco cuidadosamente peinado hacia un lado y una piel increíblemente pálida. No parecía molesto por la demora. No miraba el reloj. No se movía. Solo observaba a Luis.

El hombre levantó una mano casi cadavérica y señaló la receta.

Luis tragó saliva.

No sabía por qué, pero de pronto tuvo la certeza absurda de que aquel hombre llevaba mucho más que una mañana esperando.

—¿Usted es don Hernán? —preguntó.

El anciano no parpadeó.

—No —respondió—. Ya no.

Luis sintió que la receta se le enfriaba entre los dedos.

—No la despache todavía —dijo el hombre.

—¿A qué se refiere?

El anciano acercó la cara al vidrio. Su aliento no lo empañó.

—Pregunte por la cama trece.

—¿La cama trece?

—La cama trece —repitió, ahora con una voz más baja—. Antes de que vuelva a pasar.

Luis bajó la vista apenas un segundo.

Cuando volvió a levantarla, la silla estaba vacía.

Salió de la farmacia, casi tropezando con una caja de sueros, y miró hacia la sala de espera. Había pacientes, familiares, una mujer con un niño dormido y un guardia tomando café junto a la puerta.

Pero el anciano ya no estaba.

—¿Vio al caballero que estaba sentado ahí? —le preguntó al guardia.

El hombre miró la silla vacía.

—Ahí no se ha sentado nadie en toda la mañana.

Luis volvió a la farmacia con la receta apretada entre los dedos. La mancha oscura de la esquina parecía haberse extendido.

Entonces sonó el teléfono.

—Farmacia —contestó, intentando que no le temblara la voz.

Al otro lado habló una enfermera.

—Luis, ¿pueden apurar la medicación de la cama trece? El paciente está esperando.

Luis miró la receta.

—¿Cómo se llama?

Hubo una pausa breve.

—Ernesto Araya. Setenta y nueve años. Viene de Andacollo.

El aire pareció desaparecer de la farmacia.

Luis miró la tercera indicación: esa línea ilegible, torcida, casi enterrada en el papel.

—No le den nada todavía —dijo.

—¿Perdón?

—Que no le administren ese medicamento.

—Luis, la TENS ya va entrando a la sala.

Luis tomó la receta y corrió.

Entró de golpe a Medicina Interna justo cuando la TENS avanzaba con una bandeja metálica.

—¡Espere! —gritó.

Todos lo miraron.

—Cama trece —dijo, casi sin aire—. No le dé eso.

El médico de turno se giró, molesto.

—¿Qué está haciendo usted acá?

Luis levantó la receta húmeda.

—La dosis está mal.

—Yo la indiqué —dijo el médico.

—Entonces revísela.

Durante unos segundos nadie se movió.

En la cama trece, un anciano respiraba con dificultad. A su lado, una mujer sostenía una bolsa de ropa contra el pecho.

El médico tomó la ficha de mala gana. Leyó. Frunció el ceño. Volvió a leer.

Su rostro cambió.

—No lo administren —dijo.

La TENS bajó la bandeja.

Luis soltó el aire.

Entonces lo vio.

El anciano de la chaqueta café estaba al fondo de la sala, junto a la ventana. No sonreía. Solo miraba la cama trece.

Luis parpadeó.

Ya no estaba.

En la receta, bajo el nombre de Hernán Rojas Cortés, había una frase que antes no estaba.

No otra vez.

El médico volvió a revisar la ficha. Esta vez con más cuidado. Luego miró a Luis, pálido.

—Si se lo administrábamos así...

No terminó la frase.

Durante unos segundos nadie habló. Solo se escuchaba la respiración difícil del paciente.

Luis miró hacia la ventana.

El anciano de la chaqueta café estaba allí otra vez, quieto, observando. Esta vez parecía menos pálido. Menos muerto.

La mujer junto a la cama también lo vio.

—No puede ser... —susurró.

El viejo sonrió apenas.

Luego desapareció.

Cuando Luis volvió a mirar la receta, el papel ya no estaba húmedo.

Solo quedaba una frase escrita al final:

Ahora sí puedo irme.

Radiocenturion.

LOS ELEGIDOS

La lluvia parecía no terminar nunca en aquel rincón olvidado del sur. Desde que llegué al pueblo, las mañanas comenzaban igual: neblina cubriendo los caminos, el frío atravesando la ropa y el silencio instalándose en cada rincón.

Llevaba varios meses trabajando en la pequeña posta local. No era el lugar donde imaginé empezar mi carrera, pero después de la muerte de mi madre durante la pandemia necesitaba alejarme de todo lo que conocía. Ella había sido enfermera y fue gracias a ella que elegí esta profesión.

Con el tiempo aprendí a convivir con la rutina del pueblo. La mayoría de sus habitantes eran ancianos. Los jóvenes casi nunca permanecían allí por mucho tiempo. Siempre pensé que era porque buscaban oportunidades en otros lugares. Aquel lunes descubrí que estaba equivocado.

Al llegar a mi turno, Amelia, que había estado a cargo durante la noche, me esperaba con una expresión extraña.

—Tenemos un paciente nuevo —me dijo—. La trajeron alrededor de las tres de la mañana.

Aparté la mirada de Amelia apenas terminé de cruzar la puerta. El tono de su voz hizo que olvidara el cansancio del viaje. Toda mi atención se dirigió hacia ella mientras escuchaba atentamente cada palabra que salía de sus labios.

—¿Qué tiene?

Amelia negó con la cabeza.

—No lo sabemos. Lo encontraron cerca del río. No llevaba ninguna identificación y nadie en el pueblo parece conocerlo.

—¿Y desde entonces? pregunte

—No ha despertado.

Por alguna razón, aquellas palabras despertaron mi curiosidad. En un pueblo tan pequeño como aquel, todos conocían a todos. Que apareciera un desconocido de la nada era algo que simplemente no ocurría.

—¿En qué habitación está? —pregunté.

Un frío inexplicable recorrió mi cuerpo antes incluso de escuchar la respuesta.

—En la 303.

La miré de inmediato.

—Pero esa habitación estaba clausurada —dije, incapaz de ocultar mi inquietud.

—Lo sé. Pero anoche era la única disponible. Y ya sabes cómo es la jefa: no acepta discusiones.

Asentí en silencio.

La habitación 303 llevaba años cerrada. Nadie hablaba mucho de ello, aunque todos conocían las historias. Algunos decían que allí había muerto una paciente en circunstancias extrañas. Otros aseguraban escuchar ruidos durante la noche cuando el pasillo estaba vacío. Yo nunca había creído en esos rumores.

Hasta ese momento.

—Está bien —respondí mientras tomaba mi carpeta—. Iré a verla.

Amelia me observó durante unos segundos, como si quisiera decir algo más, pero finalmente guardó silencio. Y por primera vez desde que llegué a aquel pueblo, sentí que algo no estaba bien.

Antes de dirigirme a la habitación, pasé por el comedor. Necesitaba un café cargado para afrontar el día. La noche había sido larga para todos y, con el clima empeorando afuera, la jornada prometía ser aún más pesada.

Al abrir la puerta, me detuve por un instante.

Estaba vacío. Aquello era extraño. A esa hora, el personal del turno de noche y el de la mañana solían coincidir allí. Era una costumbre casi sagrada: compartir un café, intercambiar historias de la guardia y prepararse para lo que estaba por venir. Pero esa mañana no había nadie. Solo el zumbido intermitente de una de las luces fluorescentes y el sonido de la lluvia golpeando las ventanas.

Preparé mi café e intenté restarle importancia. Sin embargo, una sensación incómoda comenzó a instalarse en mi interior. Como si el hospital entero estuviera conteniendo la respiración.

Tomé la taza entre mis manos y observé el pasillo que conducía hacia las habitaciones.

Al final de aquel corredor se encontraba la 303.

Mientras avanzaba por el pasillo, las luces de los focos parpadeaban al ritmo de mis pasos. No era extraño que los artefactos eléctricos fallaran. El centro hospitalario era pequeño, antiguo y los años comenzaban a notarse en cada rincón del edificio. Sin embargo, la sensación que recorría mi cuerpo no tenía nada que ver con aquello.

Era algo diferente. Algo que no formaba parte de la rutina.

Las habitaciones de los demás pacientes permanecían cerradas. A esa hora aún dormían, ajenos al frío de la mañana y al sonido de la lluvia golpeando los ventanales.

Solo una puerta se encontraba entreabierta. La 303.

Me detuve por un instante. Desde donde estaba podía distinguir la oscuridad del interior. La puerta se movía suavemente, como si una corriente de aire invisible la empujara una y otra vez. Tragué saliva. Por primera vez desde que había llegado a aquel pueblo, dudé antes de entrar en una habitación. La puerta emitió un leve crujido cuando la empujé. Por un instante, dudé en entrar. La habitación estaba en penumbras. Las cortinas permanecían cerradas y apenas una débil luz gris se filtraba por los bordes de la ventana. El aire era más frío que en el resto del hospital. Mi mirada se dirigió de inmediato hacia la cama. Allí estaba la paciente, parecía tener alrededor de 70 años. Su cabello oscuro caía desordenadamente sobre la almohada y su rostro mostraba una tranquilidad extraña, como si simplemente estuviera dormida. No presentaba heridas visibles ni signos evidentes de haber sufrido un accidente. Me acerqué para revisar su ficha. Vacía. Ni nombre. Ni edad. Ni antecedentes. Nada.

—¿Quién eres? —murmuré para mí mismo.

Me acerqué a la cama y tomé su muñeca con cuidado para comprobar sus signos vitales.

Su piel estaba helada. No era el frío habitual de una persona que había pasado la noche a la intemperie. Era algo distinto. Algo que me obligó a contener la respiración. Busqué el pulso. Tardé varios segundos en encontrarlo.

Una pulsación. Luego otra. Y después un silencio tan largo que pensé que se había detenido. Volví a contar. El mismo resultado.

Fruncí el ceño y levanté la vista hacia su rostro. La mujer permanecía inmóvil, con los ojos cerrados y una expresión serena que resultaba extrañamente perturbadora. En ese momento, una corriente de aire atravesó la habitación.

La puerta, que había dejado entreabierta, se cerró de golpe a mis espaldas. El ruido resonó en todo el pasillo. Sobresaltado, me giré de inmediato. Cuando volví a mirar hacia la cama, tuve la extraña sensación de que algo había cambiado. O de que alguien me observaba.

Clavé la vista en la mujer. Durante unos segundos no ocurrió nada. Entonces, uno de sus dedos se movió lentamente sobre la sábana.

Mi corazón dio un vuelco.

Al parecer, aquella misteriosa mujer percibía mi presencia incluso en medio de su inconsciencia. Con cuidado, dejé su mano sobre la cama y me puse de pie, procurando hacer el menor ruido posible. No quería despertarla. No sabía por qué, pero la sola idea de verla abrir los ojos me producía una inquietud difícil de explicar. Antes de salir, me detuve junto a la puerta y la observé una última vez.

Allí permanecía inmóvil, como si nada hubiera ocurrido.

Intenté imaginar cómo había llegado hasta ese lugar. Quién era. Qué le había sucedido.

Y por qué, pese a no conocerla, no podía quitarme de encima la sensación de que su llegada al pueblo no era una casualidad.

Al llegar a recepción, Amelia ya se había retirado. En su lugar estaba Pedro, un enfermero recién egresado que había llegado al pueblo unos meses antes que yo. Al verme acercarme, levantó la vista de su celular y frunció el ceño.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. Solo estoy un poco preocupado por la paciente de la 303. ¿Sabes algo de ella?

Pedro dejó el celular sobre el mesón. Miró hacia ambos lados del pasillo y luego bajó la voz.

—No lo sé con certeza, pero hay rumores de que esto no pinta nada bien.

—¿A qué te refieres?

Pedro dudó unos segundos antes de responder.

—Hace varios años encontraron a una mujer en circunstancias muy parecidas a las de esa paciente. Apareció cerca del río, sin identificación, sin antecedentes y sin que nadie supiera de dónde había salido.

—¿Y qué pasó?

—Eso es lo extraño —respondió mientras jugueteaba nerviosamente con un lápiz—. Dicen que después de que llegó comenzaron a ocurrir cosas raras en el hospital. Lo observé en silencio.

—¿Qué tipo de cosas?

—Accidentes. Pacientes que empeoraban sin explicación. Equipos que dejaban de funcionar. Incluso hubo personas que renunciaron porque aseguraban escuchar voces durante la noche.

No pude evitar soltar una pequeña risa.

—¿Y tú crees en esas historias?

Pedro no respondió de inmediato.

—No lo sé —dijo finalmente—. Pero después de todo lo que ocurrió, clausuraron la habitación 303. Y desde que esa mujer llegó al pueblo, Amelia ha actuado extraña.

—¿Extraña? —pregunté—. ¿A qué te refieres?

Pedro dejó de mover el lápiz entre sus dedos. Por un instante pareció arrepentirse de haber mencionado aquello.

—No lo sé exactamente —respondió después de unos segundos—. Es solo una sensación. Pero hoy no la he visto en toda la mañana. Fui a buscarla al comedor y, antes de entrar, juraría que la escuché hablando con alguien.

—¿Y qué tiene eso de raro?

—Que cuando abrí la puerta, solo estaba ella.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda

—Tal vez la otra persona ya se había ido.

Pedro negó lentamente con la cabeza.

—No. Escuché dos voces. Estoy seguro de eso.

Guardó silencio y dirigió la mirada hacia la ventana.

—Lo más extraño fue que Amelia estaba de espaldas cuando entré. Parecía estar escuchando atentamente a alguien. Pero cuando se dio cuenta de que yo estaba

allí, se giró de inmediato. Como si la hubiera sorprendido haciendo algo que no debía.

—¿Le preguntaste con quién hablaba?

—Sí.

—¿Y qué te respondió?

Pedro apretó los labios.

—Que estaba sola.

Mientras Pedro me hablaba sobre Amelia, mi atención se desvió hacia una fotografía antigua colgada en la pared.

La imagen mostraba al personal del hospital posando frente al edificio principal. Parecía tener varias décadas.

—Oye, Pedro —lo interrumpí—. ¿Te has fijado en esa mujer?

Pedro siguió la dirección de mi mirada.

—¿Cuál? —preguntó Pedro

Señalé la fotografía en la pared

—La que está al lado del médico.

Pedro se acercó unos pasos.

—Ahora que lo dices...

Frunció el ceño.

—Se parece bastante a Amelia.

Volví a observar la imagen. La mujer tenía el mismo cabello oscuro, la misma sonrisa tranquila y la misma mirada serena.

—¿Será una familiar?

Pedro se encogió de hombros.

—Quién sabe. Amelia lleva tanto tiempo aquí que ya es parte del hospital.

—¿Hace cuánto trabaja en este lugar?

Pedro permaneció pensativo unos segundos.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Llegué al pueblo unos meses antes que tú, Santiago. Cuando entré a trabajar aquí, Amelia ya estaba.

—¿Y nunca te contó nada?

—No. Además, nadie parece saber mucho sobre ella.

Volvió a mirar la imagen.

—Aunque debo admitir que el parecido es inquietante.

—¿Y con respecto a la mujer que apareció hace tiempo? —pregunté—. ¿Sabes qué pasó con ella?

Pedro sostuvo mi mirada durante unos segundos. Por primera vez desde que había comenzado a contarme aquella historia, pareció incómodo.

—Nadie lo sabe —respondió finalmente—. Un día simplemente desapareció.

—¿Desapareció?

Pedro asintió.

El sonido del parlante interrumpió bruscamente la conversación. Llamaban a Pedro desde la habitación 502.

—Debo irme, después seguimos hablando —dijo.

Guardó su celular en el bolsillo y desapareció por uno de los pasillos.

Al mirar a mi alrededor, el hospital parecía extrañamente silencioso. Lo único que se escuchaba era el zumbido de una pantalla que mostraba información del centro asistencial.

En la sala de espera había un anciano sentado completamente solo. No parecía estar mirando la pantalla. Me estaba mirando a mí. Sus ojos permanecían fijos en mi dirección, como si me estuviera observando desde antes de que yo llegara. Intenté ignorarlo. Después de todo, era solo un paciente más.

Lo observé durante unos segundos y luego continué mi camino. Sin embargo, una extraña sensación me obligó a volver la vista atrás.

El anciano seguía allí. Sin moverse. Sin apartar la mirada. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda. la historia que Pedro acababa de contarme dejó de parecerme una simple leyenda del hospital.

La tarde transcurrió lentamente, marcada por la misma rutina de siempre. Sin embargo, mi mente regresaba una y otra vez a la paciente de la habitación 303.

Había percibido algo extraño cuando la visité por la mañana, una sensación difícil de explicar que no lograba quitarme de encima. Durante el resto del día intenté concentrarme en mis tareas, distraerme con el trabajo y dejar esa inquietud atrás, pero no pude. Algo no encajaba, y cuanto más intentaba ignorarlo, más presente se volvía. Al mirar el reloj, noté que ya eran las ocho de la noche. El día comenzaba a despedirse y había llegado el momento de volver a casa. Me dirigí hacia el reloj control para marcar mi salida, pero antes de hacerlo escuché unas voces en el pasillo. Levanté la vista y, a lo lejos, vi a Pedro y Amelia conversando junto al puesto de enfermería. Pedro estaba entregando su turno, explicándole los detalles de cada paciente y poniéndola al día sobre las novedades de la jornada. Era una rutina habitual, algo que ocurría todos los días sin excepción. Estaba a punto de volver a marcar mi salida cuando un ruido llamó nuevamente mi atención. Esta vez no provenía de donde estaban ellos. Giré lentamente la cabeza hacia el otro extremo del pasillo. Allí, al final del corredor, se encontraba la habitación de la paciente desconocida.

Por un instante permanecí inmóvil. No sabía por qué, pero una extraña sensación recorrió mi cuerpo. El ruido había venido desde allí. Dejé mi bolso sobre una silla cercana y, casi sin pensarlo, comencé a caminar hacia la habitación. A cada paso recordaba la conversación que había tenido con Pedro durante la mañana. Sus palabras, que en ese momento me habían parecido exageradas, ahora resonaban con fuerza en mi cabeza. Al llegar frente a la puerta, observé que estaba ligeramente entreabierta. El pasillo había quedado en silencio. Amelia y Pedro seguían conversando a lo lejos, pero sus voces apenas eran un murmullo distante. Quizás no era nada. Quizás solo estaba dejando que mi imaginación me jugara una mala pasada. Sin embargo, mi curiosidad ya se había apoderado de mí por completo. Empujé la puerta lentamente y entré. De inmediato escuché el golpeteo de la lluvia contra la ventana. El viento silbaba entre las rendijas del viejo marco, produciendo un sonido agudo y constante. Pero no fue eso lo que llamó mi atención. Era el frío. Apenas crucé el umbral sentí cómo la temperatura descendía bruscamente, mis brazos se cubrieron de piel de gallina. Era extraño. Muy extraño. Hacía apenas unos meses habían reparado las calderas del hospital y todas las áreas permanecían a

una temperatura agradable, incluso durante los días más fríos. Sin embargo, aquella habitación parecía pertenecer a otro lugar. El aire era denso y helado. Cada respiración se sentía pesada. Me detuve unos segundos observando el entorno. La tenue luz gris que entraba por la ventana apenas iluminaba la habitación, las sombras parecían extenderse por las paredes, deformando los muebles y los equipos médicos. Entonces mi mirada se dirigió hacia la cama. La paciente seguía allí. Inmóvil. Pero algo había cambiado desde la última vez que la vi. Ahora sus ojos estaban clavados en mí.

No sabía cuánto tiempo llevaba observándome, pero la intensidad de aquella mirada hizo que el aire desapareciera de mis pulmones. Intenté retroceder. No pude. Intenté mover las manos. No respondieron. Intenté abrir la boca para pedir ayuda. Ningún sonido salió de ella. Era como si todo mi cuerpo hubiera quedado paralizado. Solo mis ojos podían moverse. El pánico comenzó a crecer dentro de mí mientras la observaba. La mujer permaneció inmóvil unos segundos más, sin apartar la vista de la mía. Después, lentamente, apoyó ambas manos sobre el colchón y se incorporó. Mi corazón comenzó a golpear con fuerza contra mi pecho. Aquello no podía estar ocurriendo. La vi ponerse de pie con una lentitud antinatural, como si cada movimiento estuviera ocurriendo dentro de un sueño. Sus pies descalzos tocaron el suelo helado sin producir el más mínimo sonido. Y entonces comenzó a caminar hacia mí. Un paso. Luego otro. Y otro más. Yo seguía inmóvil. Incapaz de reaccionar. Cuando estuvo frente a mí, a apenas unos centímetros de distancia, sentí que el frío de la habitación se intensificaba aún más. Era como si toda la temperatura del lugar emanara de ella. La mujer inclinó ligeramente la cabeza. Sus ojos recorrieron mi rostro luego descendieron lentamente por todo mi cuerpo, examinándome con una atención inquietante, como si estuviera buscando algo oculto bajo mi piel a desesperación comenzó a consumir cada pensamiento mientras permanecía atrapado dentro de mí mismo, consciente de todo lo que ocurría y completamente incapaz de reaccionar. El sonido de la lluvia golpeando la ventana era lo único que lograba escuchar. Entonces ocurrió algo extraño. La mujer ya no estaba frente a mí. Había desaparecido. Mis ojos recorrieron la habitación frenéticamente. La cama estaba vacía. La ventana seguía cerrada. Las sombras

permanecían inmóviles. Por un segundo sentí alivio, Quizás todo había terminado. Quizás mi mente me había jugado una mala pasada, pero ese pensamiento murió al instante, una presencia helada surgió justo detrás de mí, antes de que pudiera comprender lo que estaba ocurriendo, apareció bruscamente frente a mi rostro, tan cerca que pude distinguir cada detalle de sus facciones. Sus ojos se abrieron de golpe, completamente negros. Y entonces sonrió, una sonrisa antinatural que se extendió lentamente por su rostro, sentí que el corazón se detenía dentro de mi pecho. La habitación entera pareció oscurecerse, el sonido de la lluvia desapareció. Y con una voz grave, rasposa y ajena a cualquier ser humano, pronunció una sola palabra: —Santiago... Mi nombre. En el instante en que escuché aquella voz, todo se volvió oscuridad.

—¡Santiago! Abrí los ojos de golpe, mi respiración era agitada y sentía el uniforme empapado en sudor, durante unos segundos no entendí dónde estaba. Miré a mi alrededor confundido, la habitación había desaparecido, la paciente ya no estaba, el frío tampoco. Al girar la cabeza, Amelia me miraba con su rostro pálido

—¿Te encuentras bien?

Ella estaba sentada frente a mí observándome con preocupación.

—Te quedaste dormido hace unos minutos —dijo—. Parecía que estabas teniendo una pesadilla. Observe el reloj en la pared. Las ocho de la tarde, Exactamente la misma hora que recordaba antes de entrar a la habitación. Una sensación incómoda recorrió mi cuerpo. Tenía que haber sido un sueño, pensé. tenía que haber sido un sueño.

Pero cuando bajé la vista hacia mis manos, noté algo que hizo que la sangre abandonara mi rostro. Sobre mi muñeca derecha había una marca, una marca oscura. La huella de unos dedos largos y delgados, al verla, me puse de pie de golpe. La silla se deslizó por el suelo con un ruido que hizo que varios se volvieran hacia mí. Amelia me observó sin comprender qué estaba ocurriendo.

—¿Santiago? —preguntó.

No respondí.

Tomé mis cosas y salí apresuradamente hacia el baño.

Al entrar, cerré la puerta del cubículo y apoyé ambas manos contra la pared. Mi respiración era agitada. Intentaba convencerme de que todo había sido una pesadilla, pero las marcas en mi muñeca demostraban lo contrario. Aquello había ocurrido. Era real. Volví a observar la huella oscura sobre mi piel. Al mismo tiempo, un olor extraño parecía impregnar mi ropa y mis manos. Un olor desagradable, semejante al azufre, sentí un escalofrío, algo no andaba bien. Me lavé la cara con agua fría e intenté recuperar la calma. Permanecí unos minutos observando mi reflejo en el espejo. Mis ojos estaban cansados y mi rostro lucía más pálido de lo habitual. Cuando finalmente salí del baño, evité mirar hacia el pasillo que conducía a la habitación 303. Tomé mis pertenencias y abandoné el hospital sin volver la vista atrás.

Al llegar a casa encontré una nota sobre la mesa de la cocina.

"Vuelvo mañana. Y ya sabes las reglas: nada de fiestas. Ah, y recuerda que mañana vence el arriendo. Nos vemos. Julia."

No pude evitar sonreír.

Desde que llegué al pueblo, la señora Julia había sido una de las pocas personas que me hicieron sentir bienvenido. Fue la primera en recibirme cuando me mudé. Al parecer, alguien le había hablado bien de mí antes de mi llegada, porque no dudó en arrendarme una habitación en su casa mientras encontraba un lugar más acorde a mis necesidades.

Vivía sola desde hacía varios años y, aunque a veces podía parecer estricta, siempre estaba pendiente de que no me faltara nada. Más de una vez me había esperado con una taza de té caliente después de mis turnos nocturnos en el hospital.

Aquella noche, sin embargo, la casa se sentía diferente. Demasiado silenciosa.

Por primera vez desde que llegué al pueblo, agradecí no encontrar a nadie esperándome al otro lado de la puerta. Subí a mi habitación y me dejé caer sobre la cama. Estaba agotado.

Cerré los ojos durante unos segundos, pero la imagen de aquella mujer regresó de inmediato a mi mente. Su mirada. Su voz pronunciando mi nombre. La marca que había aparecido en mi muñeca.

Todo parecía demasiado real para haber sido un sueño.

Giré la cabeza y observé la lluvia golpeando la ventana. El sonido constante de las gotas normalmente me ayudaba a relajarme, pero aquella noche solo conseguía aumentar mi inquietud, era extraño, si aquella mujer representaba algún peligro, ¿por qué me había elegido a mí? Nadie más parecía haber vivido algo parecido. Ni Amelia. Ni Pedro. Ni ninguno de los funcionarios del hospital, al menos eso era lo que yo creía. Sin embargo, una incómoda sensación comenzó a abrirse paso en mi mente. ¿Y si no era el primero? ¿Y si alguien más había pasado por lo mismo y simplemente nunca lo contó?

Intenté dormir, pero aquella pregunta seguía rondando en mi cabeza. Poco a poco, el cansancio fue venciendo a mis pensamientos y mis ojos comenzaron a cerrarse. No sé cuánto tiempo pasó.

El sonido estridente del teléfono me arrancó del sueño.

Miré la pantalla: las tres de la madrugada.

—¿Aló? —pregunté con voz adormecida, sin entender qué estaba ocurriendo.

—Santiago, soy Pedro —respondió al otro lado de la línea. Su voz sonaba agitada—. Necesito que vengas urgente. Algo le está pasando a la paciente de la habitación 303.

Me incorporé de golpe en la cama. El sueño desapareció al instante.

—¿Qué ocurrió?

Por unos segundos solo escuché su respiración entrecortada.

—No lo sé... pero tienes que verla.

La voz de Pedro sonaba extraña, diferente a como la había escuchado unas horas antes. Había algo en ella que no lograba explicar, como si de pronto los años hubieran caído sobre sus hombros. Tal vez era el cansancio, o tal vez algo extraño estaba ocurriendo en aquel lugar. Me vestí a toda prisa, durante el trayecto, una sensación incómoda se instaló en mi pecho y no me abandonó ni un segundo. Al llegar, sentí una presencia extraña. El ambiente parecía distinto. La noche estaba envuelta en un silencio inquietante; ni siquiera los grillos habían salido a cantar. El viento apenas movía las ramas de los árboles y el cielo se extendía sobre mí cubierto por densas nubes grises, anunciando una lluvia que parecía inminente. Por

un instante permanecí inmóvil junto a la entrada. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que algo había cambiado desde la última vez que estuve allí. Como si el hospital estuviera conteniendo la respiración, esperando que algo sucediera. Al entrar, el único sonido que rompía el silencio era el de una pantalla anunciando información médica. Su luz azulada parpadeaba intermitentemente sobre las paredes vacías. En la recepción no había nadie.

—¿Pedro? —llamé en voz baja.

Nadie respondió.

Caminé hacia el comedor. Estaba completamente vacío. Las mesas y las sillas permanecían en su lugar, como si el tiempo se hubiera detenido. Aquello no era normal. Incluso en las madrugadas más tranquilas siempre había alguien tomando café o revisando algún informe.

Entonces escuché un ruido. Un golpe seco. Me detuve de inmediato. El sonido había venido desde el pasillo que conducía a los vestidores. Sentí cómo mi corazón comenzaba a acelerarse. Avancé con cautela, procurando hacer el menor ruido posible. Algo no estaba bien. Lo sentía en cada paso, en el silencio que me rodeaba y en aquella extraña sensación de estar siendo observado.

Al llegar a los vestidores, vi a un hombre sentado en una silla de ruedas. Permanecía inmóvil, con la cabeza inclinada hacia adelante.

La tenue luz del pasillo apenas permitía distinguirlo.

Me acerqué lentamente.

No lograba reconocer quién era. Su rostro permanecía oculto entre las sombras, pero el uniforme que llevaba puesto era inconfundible. Pertenecía a alguien del personal del hospital.

—¿Se encuentra bien? —pregunté.

No hubo respuesta.

Dí un paso más.

Y entonces algo me recorrió la espalda como una descarga helada.

Tomé la credencial que colgaba de su cuello con manos temblorosas.

La fotografía estaba desgastada por el tiempo, pero el nombre seguía siendo legible.

Pedro Carvajal. Enfermero.

Sentí que el aire abandonaba mis pulmones.

Volví a leerlo una vez más, convencido de que había cometido un error.

Pedro Carvajal.

No.

Era imposible.

Levanté la vista hacia el hombre sentado frente a mí. Su piel estaba surcada por profundas arrugas, sus manos parecían ramas secas y el cabello blanco caía desordenado sobre su frente. Parecía tener más de ochenta años.

Aquel anciano de aspecto frágil y derrotado no podía ser Pedro.

No el Pedro que había conocido. No el hombre que me había llamado apenas unos minutos antes. Retrocedí un paso, sentía que mi mente se negaba a aceptar lo que estaba viendo.

—¿Pedro...? —susurré.

El anciano levantó lentamente la cabeza.

Sus ojos se encontraron con los míos.

Y entonces lo reconocí.

A pesar de las arrugas, del peso de los años y de aquella expresión cansada, seguían siendo los mismos ojos.

—¿Pedro... eres tú?

Mi voz apenas era un susurro.

—Es imposible... ¿cómo...? ¿Qué te pasó?

Aquel hombre levantó la vista lentamente y me observó en silencio.

Sentí un escalofrío.

Había algo extraño en sus ojos. No era solo el cansancio o el peso de los años. Su mirada era distante, fría, como la de alguien que observa algo que no comprende o que ha olvidado hace mucho tiempo.

—Pedro, soy yo... Santiago.

No respondió.

Me acerqué un poco más, intentando encontrar en aquel rostro envejecido algún rastro del hombre que había conocido.

—¿Qué ocurrió? ¿Cómo llegaste a estar así?

El anciano permaneció inmóvil.

Sus manos descansaban sobre los apoyabrazos de la silla de ruedas y apenas parecía respirar.

—Esto no puede estar pasando —murmuré—. Hace unas horas estabas bien. Hablamos por teléfono. Tú me llamaste.

Sentía que las palabras salían atropelladas de mi boca.

—Dime algo, por favor.

Ninguna respuesta.

La angustia comenzó a apoderarse de mí.

—¡Pedro!

Su mirada se desvió lentamente hacia el fondo del pasillo, como si estuviera observando algo que yo no podía ver.

Seguí la dirección de sus ojos.

No había nadie.

Cuando volví a mirarlo, noté que una lágrima recorría lentamente una de sus mejillas.

—Pedro... —susurré.

Por primera vez sus labios se movieron.

—Ya es tarde.

Aquellas palabras fueron apenas un murmullo.

—¿Tarde para qué?

El anciano cerró los ojos durante unos segundos.

Cuando volvió a abrirlos, el miedo que había sentido desde que llegué al hospital se transformó en algo mucho peor. En sus labios se dibujó un leve movimiento.

Me incliné hacia él para escuchar mejor.

—Ame...

La palabra fue apenas un susurro, tan débil que por un instante pensé que la había imaginado.

—¿Ame? ¿Qué?

El anciano tragó saliva con dificultad.

—Amelia...

Sentí que el corazón me daba un vuelco.

—¿Amelia? ¿Te refieres a Amelia? ¿Qué pasa con ella? ¿Está bien?

Pedro no respondió de inmediato. Sus ojos permanecían perdidos en algún punto del pasillo, como si estuviera viendo algo que yo era incapaz de percibir.

—Pedro, por favor, dime qué ocurre con Amelia.

—Amelia... —repitió con voz quebrada.

—¿Qué pasa con ella?

Me acerqué aún más, intentando descifrar sus palabras.

—Pedro, necesito que me lo expliques.

Sus labios volvieron a moverse, pero antes de que pudiera entender lo que intentaba decir, un golpe seco resonó en la habitación contigua.

¡Bang!

El sonido retumbó por el pasillo vacío. Ambos nos sobresaltamos. Mi mirada se dirigió instintivamente hacia la puerta entreabierta de la habitación vecina. El silencio que siguió fue aún más inquietante.

—¿Quién está ahí? —pregunté.

Nadie respondió. Volví a mirar a Pedro, su expresión había cambiado. Por primera vez desde que llegué, el miedo era evidente en su rostro. No un miedo común. Era terror.

Entonces levantó lentamente una mano temblorosa y señaló hacia la habitación de donde había provenido el golpe.

—No... —susurró.

—¿Qué ocurre?

Sus ojos se llenaron de angustia.

—No la dejes entrar.

Sentí que un escalofrío me recorría la espalda.

—¿A quién?

Pedro abrió la boca para responder.

Pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, la puerta de la habitación comenzó a abrirse lentamente por sí sola.

—¡Amelia!

La puerta terminó de abrirse de golpe.

Ella entró apresuradamente a la habitación y la cerró detrás de sí, apoyando la espalda contra la madera, como si estuviera intentando escapar de alguien... o de algo.

Su respiración era agitada y tenía el rostro pálido.

—Santiago... qué bueno que llegaste.

—¿Qué está pasando?

Amelia tardó unos segundos en responder. Miró nerviosamente hacia el pasillo antes de acercarse.

—Algo raro está ocurriendo. Pedro me llamó hace unas horas. Me dijo que algo le estaba pasando a la paciente de la habitación 303. No supo explicarme exactamente qué era, solo insistió en que viniera lo antes posible.

La observé en silencio.

—Cuando llegué, Pedro no estaba por ninguna parte. Lo busqué por todo el hospital.

Revisé la recepción, los box, los pasillos... nada.

Su voz comenzó a temblar.

—Entonces llegué al pasillo de la habitación 303.

Tragó saliva.

—Y ahí estaba.

—¿Pedro?

Ella asintió.

—Estaba tirado en el suelo, inconsciente.

Sentí un nudo en el estómago.

—Corrí para ayudarlo, pero cuando intenté levantarlo ocurrió algo extraño.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Cuando acerqué su rostro a la luz... no era Pedro.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—¿Qué quieres decir?

—Era un anciano, Santiago. Un hombre muy viejo.

Por un momento nadie habló.

—Pensé que me había confundido de persona. Que el cansancio me estaba jugando una mala pasada. Así que lo llevé hasta la sala de espera y lo senté para que pudiera recuperarse.

Amelia respiró profundamente.

—Le pregunté cómo se llamaba.

—¿Y qué respondió?

—No respondió nada.

Bajó la mirada.

—Entonces vi la credencial que colgaba de su uniforme.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza.

—¿Qué decía?

—Pedro Carvajal.

El silencio se hizo insoportable.

—No puede ser... —murmuré.

—Eso mismo pensé yo.

Amelia levantó lentamente la vista.

—Pero cuando lo miré con atención...

Su voz se quebró.

—Reconocí sus ojos.

Sentí que la sangre se helaba en mis venas.

Así que tomé una silla y me senté frente a él. Traté de llamarte, pero el teléfono estaba muerto. Entonces llevé a Pedro, o, mejor dicho, a esta versión de Pedro, a esta sala y salí a ver qué estaba pasando.

Lo extraño fue que, al revisar las otras habitaciones, todos los pacientes estaban durmiendo. Revisé la bitácora y descubrí que los demás enfermeros de turno aún no habían llegado. Como hasta ese momento la noche había estado tranquila, le dije a Pedro que no se preocupara. Si necesitaba algo, podía llamarme a mí o intentar comunicarse contigo.

Pero algo no encajaba. Había demasiado silencio.

Así que me dirigí a la habitación 303, pero aquella mujer estaba dormida, como si no supiera nada de lo que ocurría afuera. Su respiración era tranquila, serena,

completamente ajena a todo. Y fue entonces cuando escuché los ruidos. Vine hacia acá de inmediato.

—Me parece muy raro todo esto, Amelia —dijo Santiago, observando a Pedro con preocupación—. ¿Cómo es posible que esté en este estado? Debemos llamar a la ciudad. Que venga alguien.

Amelia negó con la cabeza.

—He intentado comunicarme, pero los teléfonos están muertos. Incluso revisé mi celular y no hay señal.

Santiago frunció el ceño.

—¿Y los demás pacientes? ¿Cómo es que no han escuchado nada?

—No lo sé, Santiago —respondió ella, pasándose una mano por el rostro—. Estoy tan preocupada como tú.

El silencio volvió a instalarse en la sala. Un silencio pesado. Inquietante.

—Iré a revisar a la paciente. Desde que llegó, han pasado cosas muy extrañas.

Salí de la sala, pero antes de cruzar la puerta sentí algo que me hizo detenerme por un instante.

Amelia me observaba.

Estaba completamente inmóvil.

No dijo nada. Solo me miraba fijamente.

No le di importancia y seguí caminando, aunque una sensación incómoda comenzó a instalarse en mi pecho. Algo estaba mal. Algo me estaba ocultando, pero no sabía qué.

Al llegar a la habitación, entré sin hacer ruido. La paciente seguía acostada en la cama. Revisé sus signos vitales. A simple vista parecían normales.

Sin embargo, cuando apoyé el estetoscopio sobre su pecho, percibí que su corazón latía con fuerza, demasiado rápido para alguien que estaba dormida.

Era como si estuviera agitada, como si estuviera asustada, pero eso era imposible.

Me incliné para revisar su respiración cuando un golpe seco en la puerta me hizo sobresaltarme.

Giré de inmediato. Era Amelia.

Había entrado a la habitación y, antes de que pudiera decir una palabra, cerró la puerta y corrió el pestillo.

El sonido metálico resonó en toda la habitación.

—¿Qué pasa, Amelia? —pregunté—. ¿Necesitas algo?

Ella permaneció en silencio unos segundos.

—Santiago... sé que eres nuevo en el pueblo.

Su voz sonaba distinta.

Más grave. Más cansada.

—Este es un lugar muy antiguo. Llevo años trabajando en este hospital. He visto gente morir. He visto gente enfermarse. He visto personas marcharse para no volver jamás.

Tragué saliva. Amelia bajó la mirada antes de continuar.

—Y también he visto cosas que no tienen explicación. Cosas que sobrepasan lo natural.

Intenté responder, preguntarle a qué se refería exactamente, pero las palabras murieron en mi garganta.

De pronto, el aire se volvió pesado, como si la habitación se hubiera llenado de una presencia invisible, por primera vez desde que llegué al pueblo, tuve miedo de escuchar lo que Amelia estaba a punto de contarme.

Amelia permaneció unos segundos en silencio. Sus ojos estaban fijos en la paciente que descansaba sobre la cama, como si temiera que pudiera escucharla.

—Este pueblo siempre ha pertenecido a una presencia sobrenatural, Santiago —dijo finalmente—. Mucho antes de que tú o yo llegáramos.

No entendía lo que estaba escuchando, pero algo en su voz me obligó a permanecer en silencio.

—Durante años todo estuvo tranquilo. Ella tenía lo que necesitaba y nosotros aprendimos a convivir con su presencia. Pero entonces llegó Pedro.

Tragué saliva.

—Al principio pensamos que se marcharía. Era joven, y aquí no hay jóvenes. Nunca los hay por mucho tiempo. Sin embargo, pasaron los meses y siguió quedándose.

Después llegaste tú. Solo, igual que él. Buscando un lugar donde empezar de nuevo.

Sentí que el corazón comenzaba a latirme con fuerza.

Amelia bajó la mirada.

—Lo que ustedes nunca entendieron es que este pueblo no conserva a sus jóvenes.

La habitación pareció enfriarse.

—Ella los toma.

Mi respiración se detuvo.

—¿Quién?

Amelia levantó lentamente la vista hacia la mujer que dormía en la cama.

—La misma presencia que ha permanecido aquí durante generaciones.

Por primera vez observé a la paciente con verdadero miedo.

—Se alimenta de ellos —continuó Amelia—. De su juventud. De sus años. De todo lo que aún les queda por vivir.

Las imágenes de Pedro aparecieron de golpe en mi mente. Su rostro envejecido.

Sus manos arrugadas. Sus ojos cansados.

Todo encajó de una manera terrible.

—Pedro fue el primero —susurró Amelia—. Por eso lo encontraste así esta noche.

Sentí que las piernas me temblaban. Retrocedí un paso. Entonces Amelia me miró directamente y en sus ojos ya no había tristeza ni preocupación, solo resignación.

—Y ahora, Santiago... ella te ha elegido a ti.

En ese mismo instante, un ruido suave rompió el silencio de la habitación.

Giré lentamente la cabeza hacia la cama. La paciente seguía inmóvil. Pero sus ojos estaban abiertos. Y me observaban.

No podía moverme. No podía gritar. No podía correr, mi cuerpo había dejado de responderme, solo podía mover los ojos y fue entonces cuando la vi.

La mujer comenzó a incorporarse lentamente sobre la cama. Sus movimientos eran extraños, antinaturales, como si llevara siglos sin utilizar su propio cuerpo. Durante unos segundos permaneció sentada al borde del colchón, observándome.

Sonreía. Una sonrisa amplia y perturbadora. La misma que apareció en aquel supuesto sueño. Hasta ese momento había intentado convencerme de que no había

sido real. De que solo había sido producto del cansancio y de mi imaginación. Pero ahora lo entendía, nunca fue un sueño. Ella había estado allí. Observándome. Esperándome.

Sentí que el terror me oprimía el pecho mientras la mujer se ponía de pie. Amelia permanecía inmóvil junto a la puerta, sin mostrar sorpresa ni miedo, como si hubiera presenciado aquella escena cientos de veces.

La mujer dio un paso hacia mí, luego otro, sus ojos oscuros no se apartaban de los míos. Y mientras avanzaba, pude notar algo aún más aterrador, su rostro comenzaba a cambiar.

Las arrugas desaparecían poco a poco. Su piel recuperaba firmeza. El cabello gris adquiría lentamente un tono más oscuro. Era como si estuviera rejuveneciendo ante mis ojos, como si se estuviera alimentando de algo... o de alguien.

Entonces extendió una mano hacia mi rostro. Y lo comprendí, comprendí lo que le había sucedido a Pedro.

Han pasado tres semanas desde que ocurrió aquello.

Desde mi habitación observo el débil rayo de luz que se asoma por la ventana. Hoy el clima parece haber dado una tregua. El sol apenas logra abrirse paso entre las nubes grises que cubren el pueblo. Apoyo una mano sobre el vidrio frío. En el reflejo veo mi rostro: arrugado, demacrado. Mi cabello, que hace apenas unas semanas era oscuro, ahora es completamente blanco. Todavía me cuesta aceptar lo que veo. No debería estar así. No a mi edad. Las marcas del tiempo cubren mi piel como si hubiera envejecido décadas en cuestión de días. Cada arruga, cada cana, cada dolor en mis huesos es el recuerdo de lo que me fue arrebatado. Aprieto los dientes y desvío la vista hacia el camino principal.

Aquella cosa me quitó la juventud. La absorbió como una llama devorando la cera de una vela, dejándome apenas los restos de lo que alguna vez fui.

A lo lejos, un bus acaba de detenerse frente al hospital. Las puertas se abren y dos muchachas descienden con sus bolsos al hombro. Deben ser practicantes de enfermería o de medicina. Lo sé por las chaquetas que llevan puestas, aunque desde aquí no logro distinguir los detalles. Las observo avanzar con curiosidad

juvenil, mirando el hospital y los alrededores como quien llega a un lugar nuevo lleno de posibilidades.

Entonces aparece Amelia.

Las recibe con una sonrisa cálida y un abrazo fraternal. Habla con ellas unos instantes y luego las acompaña hacia la entrada del hospital. Las jóvenes se adelantan, conversando entre risas. Es entonces cuando Amelia se detiene.

Lentamente levanta la vista. Nuestros ojos se encuentran a través de la distancia. Ella sonríe. La misma sonrisa tranquila de siempre, la misma sonrisa que oculta secretos que nadie más conoce. Levanta una mano y me saluda, yo no respondo, ya no tengo fuerzas para hacerlo. Durante unos segundos permanece inmóvil, observándome. Como si quisiera asegurarse de que comprendo. Como si supiera que ya no queda nada por decir.

Entonces gira sobre sus talones y desaparece entre los árboles, siguiendo a las muchachas que acaban de llegar al pueblo. Las observo hasta que se pierden de vista.

Y aunque el sol brilla con más fuerza que en los últimos días, no puedo evitar sentir frío.

Porque ahora sé la verdad. El pueblo sigue teniendo hambre y Amelia ya ha encontrado a quienes ocuparán nuestro lugar. Cierro los ojos.

Por un instante creo escuchar las risas de las jóvenes perdiéndose en la distancia.

Cuando vuelvo a abrirlos, el camino está vacío.

Entonces comprendo que la historia está a punto de comenzar otra vez.

FIN

C.A.ROD

MANDARINAS EN ALMÍBAR

Estaba pintándose las uñas un miércoles por la tarde cuando una llamada inesperada la interrumpió, era Rita, una antigua compañera de trabajo que llamaba para ofrecerle una oportunidad laboral en el hospital de la ciudad.

Trabajar con y para las personas siempre había sido, de algún modo, su vocación. Sabía bien que el mundo hospitalario exigía jornadas extensas, una presión constante y un desgaste emocional difícil de dimensionar, no lo sabía entonces, pero ese llamado marcaría un antes y un después en su vida laboral.

Durante la pandemia, cuando el miedo parecía respirarse en cada pasillo y la incertidumbre se había instalado como parte de la rutina, encontró una forma de resistir a tanta hostilidad. Cada vez que podía escapaba hacia la cordillera, allá encontraba un pequeño submundo ajeno al caos, un oasis de silencio, un refugio capaz de devolverle la calma por un breve instante.

Ese fin de semana volvería a emprender el viaje. Habían pasado meses, quizá más de un año, desde la última vez que recorrió aquel camino que conocía de memoria y que siempre terminaba conduciéndola, de alguna manera, de regreso a sí misma.

Era sábado por la tarde y el reloj marcaba las 18:15. En junio el sol se oculta temprano en invierno, pensó mientras terminaba los últimos preparativos para el viaje.

El día se había presentado particularmente ajetreado. La salida estaba prevista para las 16:00, pero los quehaceres cotidianos no dieron tregua y los planes debieron aplazarse. Cerró la puerta de un golpe, subió al auto y volvió a mirar el reloj. Ya estaba en camino. Eran las seis con veinte.

Calculó que el trayecto tomaría poco más de una hora y, por como lucía el cielo no alcanzaba a llegar para contemplar el ocaso. Como solía decir Rita: "A veces uno propone, pero Dios dispone".

Hizo una breve parada en el supermercado. Compró pan, bananas, yogures, las infaltables papas fritas y, por supuesto, vino: tres botellas de tinto y una de blanco. Ese día tenía ganas de vino blanco. Acomodó las compras en el piso del auto y el tintineo de las botellas le robó una sonrisa pícaro. Era mucho alcohol para dos personas, pensó mientras retomaba la marcha.

La ruta siempre le había parecido hermosa. Disfrutaba recorrer aquellos pueblos, unos más pequeños que otros; adentrarse en el corazón de Punitaqui con sus característicos molinos y sus angostas calles; continuar por la cuesta de curvas

sinuosas, los miradores, una que otra casa a la orilla del camino, los desvíos, los cerros, el cielo, los almacenes de pueblo. Todo, todo le parecía encantador.

Recordó que en invierno a cierta hora del día cuando el sol comienza a abandonar la escena el cielo se tiñe de hermosos colores. Aquella tarde no fue la excepción. El cielo comenzó a incendiarse lentamente, un amarillo dorado, un naranja intenso, rosados y lilas creando una hermosa composición, todo un espectáculo imposible de ignorar. Lo observaba de reojo y, por momentos, desviaba la mirada para contemplar la postal completa.

A medida que se acerca al pueblo, en el horizonte se observa la cordillera imponente que se eleva majestuosa con sus picos y líneas sinuosas. Una pequeña mueca, una sonrisa muda.

La cabaña se encuentra a los pies de la montaña y para llegar Adela siempre elige el camino que tiene más curvas, sortearlas le parece un inocente juego, además hay una casa que le llamaba especialmente la atención: una construcción de adobe de dos pisos, aparentemente abandonada, situada después de un maltrecho puente. Cada vez que pasa frente a ella se promete que, al regreso, se detendrá para tomar algunas fotografías.

Unos metros más y una última curva deja ver finalmente la cabaña, resaltan los vitrales iluminados por cálida luz interior. De cierto modo, la poseía una especie de pertenencia por el lugar. Tal vez porque había presenciado todo el proceso de construcción durante la pandemia, cuando los escapes a la montaña representaron un pequeño refugio frente a la tragedia que atravesaba el mundo.

La construcción, de tres pisos, se impone en el paisaje con la cordillera de los Andes como telón de fondo. En invierno, cuando las cumbres aparecían apenas espolvoreadas de nieve y las cabras cruzaban temprano escoltadas por caballos y perros entre las antiguas pircas de piedra, el paisaje adquiriría una belleza difícil de describir.

Había llegado.

Roberto la recibió con un abrazo profundo. Bajaron las botellas y el resto de las cosas.

Era hora de encender la fogata y descorchar el vino.

El nuevo espacio acondicionado por el artista luce íntimo y cálido. Dos poltrones cubiertos con cuero de oveja rodean una pequeña mesa mientras el brasero ocupa el centro de la escena. Los acompañan dos esculturas, erguidas como esfinges de noble materia figuran como testigos mudos del encuentro.

El repertorio de la conversación sigue su propio ritmo entre copas y fuego el tiempo se diluye.

Entre novedades y quimeras el fantasma del pasado anuncia lentamente su presencia. Historias mal contadas perfuman de reclamaciones la noche, la música continúa sonando ajena a los humanos, el brasero batiendo sus lenguas de fuego y las obras imperturbables interpretan cada una su papel.

Un silencio incómodo. Un cigarrillo. Y el clásico salvavidas: hablar sobre el clima para quebrar el momento. ¿Ha llovido por tus tierras?...

Cuatro años tardó en llegar este momento; la mirada fija, la voz grave, el aire quieto, la palabra firme, más que conversar fue un monólogo de percepciones y acusaciones falsas, afirmaciones e ideaciones sesgadas, la exigencia de escucha se impuso, “para enfrentar una conversación incómoda hay que ser valientes”. - dijo, cuatro años fraguando la valentía, se preguntaba en silencio mientras permanecía atenta, anonadada y sorprendida. Una a una las verdades no tan verdades; empolvadas, desteñidas, arrugadas y deformadas brotaban de sus labios teñidos por el tinto.

Recordó que lo había leído alguna vez en el Arte de la Guerra de Sun TZU “hay que elegir qué batallas pelear” y está claramente no era una de ellas, ni el momento, ni la causa.

La noche se tornó más oscura y más fría... el reloj volvió a marcar presencia, la hoguera perdió fuerzas, ya es hora de dormir dijo... entraron en la cabaña; el orgulloso de por fin romper el silencio y ella incomoda de tanto trapo sucio guardado que esa noche vio la luz.

Se despertó con el soplo galopante que atravesaba el valle como si una mano gigante e invisible azotara las ramas de los árboles en señal de descontento, Abrió los ojos y la mañana figura aún oscura.

El descanso fue tardío y mezquino, la noche larga y fría. Permaneció inmóvil, en silencio... cerró los ojos y fue escoltada por el canto de los dioses a un nuevo sueño.

Los rayos del sol se asoman tímidos por la ventana anunciando la hora de la despedida, Roberto aún duerme, lo observa y aprecia su largo pelo cubierto por hilos de plata, yace despreocupado e ignorante a los pensamientos que agitan sus aguas mentales. La fogata, el vino y las revelaciones tardías habían desatado viejas sombras, voces silenciadas que ahora resonaban como ecos sin descanso, torturando su existencia.

Una ducha y la mesada en la cocina está servida para el desayuno, las bananas, el yogurt que había comprado el día anterior, un tazón con el icónico té minero, una práctica simple y un poco incómoda a su juicio, consiste en remojar directo sobre la taza las hojas secas, alguna hierba del huerto y el azúcar, Roberto relataba, en los primeros encuentros, que esa era la forma que había aprendido con los pirquineros en las minas de combarbalita, ¡así se prepara el tacho!! resonaba su voz.

La televisión estaba transmitiendo un documental de antiguas costumbres religiosas de pueblos lejanos, lo podía ver en el reflejo del espejo que está pegado en la pared. Endulzó el té y a su derecha un plato con tostadas y un frasco con mandarinas en almíbar. ¡¿Te gustó?! preguntó. -Está un poco amarga -contestó. - Debe ser por el clavo de olor.

Durante el desayuno permaneció sin sobresaltos, amable, complaciente, actuó como de costumbre, terminó y agradeció, se levantó de la mesa y retiró los trastes. Roberto aún permanecía en sobremesa mientras ella recogía sus artículos personales, guardó el cepillo de dientes, el cargador del celular, ordenó la ropa que estaba sobre el sofá, las calcetas de lana, la bufanda que nunca ocupó, tomó la chaqueta y la sorprendió el perfume a fogata que habían dejado los trozos de espinos que la noche anterior ardían como soldados dispuestos a sacrificar su existencia, la acercó a su cara e inhaló profundamente, de niña tenía cierta debilidad por el aroma a leña. Lo último en guardar fue el frasco de mermelada con fruta de estación que Roberto insistió en que se llevara, pequeñas lunas doradas endulzadas y perfumadas.

Como era costumbre tanto al llegar como al partir se despidieron con un largo abrazo, los agradecimientos, recíprocos, tanto por la visita como por la hospitalidad sellaron el momento. ¡Que tengas buen viaje! Fue lo último que escuchó.

Se subió al auto e inició la marcha rumbo a su casa, conectó la música y fijó la vista en el horizonte. El viaje de regreso fue particularmente reflexivo, las palabras y los hechos no descritos repicaban en su mente incesantes en búsqueda de atención. Había algo que no estaba bien, algo dentro que representaba incoherencia, algo que no encajaba.

Dejó atrás las postales cordilleranas, las curvas, iba en el camino sin comprender, sin ver lo que era obvio, estaba secuestrada por sus pensamientos y la incompreensión.

En un acto de salvación se detuvo para apreciar la vista, para salir del estado en que se encontraba, tomó un par de fotos, no en esa curva, ni en la casa de adobe que tanto le gustaba. No, solo se detuvo en medio del camino, en medio de la nada y tomó su celular y capturó un par de imágenes.

Retomó la marcha y al poco andar un mensaje, una convicción, una certeza la habitaba, había encontrado el eslabón, por fin encontraba sentido a tanta incomodidad, cual flecha que atraviesa y apunta al blanco, al fin caía el velo, Su rostro se iluminó, el sinsentido se hizo cuerpo, la incomodidad desapareció, la seguridad tomó fuerza, protagonismos y pensó con plena convicción “a veces uno tiene que hacer un acto de amor propio, elegirse y dejar atrás aquello que no resuena, incluso si son personas queridas, ponerse cómo prioridad, amarse, cuidarse... elegirse, debe ser siempre la primera opción”. Para alguien acostumbrada a cuidar extraños en una camilla antes que a sí misma, la revelación era casi un pecado. Lo había leído incontables veces en anuncios de Instagram, pero esta vez la voz venía de adentro con fuerza y convicción.

Observó la fruta tras el frasco; la mandarina ya no es fresca: ha pasado por el fuego, por el azúcar y por el tiempo. Sigue siendo reconocible, aunque ya no es la misma.

Es lunes, son las 09:00 am, el horario acuñado y endosado por la cultura hospitalaria para el desayuno. Adela comparte con sus colegas las tostadas con mandarinas en almíbar y un café. Mientras muerde la fruta, sonrío. Al igual que esa mandarina, ella ha pasado por el fuego y el tiempo; sigue siendo la misma profesional de siempre, pero su sabor ya es otro."

Turka

SUSURROS DE UNA TORMENTA

Un joven va caminando por la calle a orillas de la playa, era una tarde de otoño donde el calor del Sol se aplaca rápidamente con una fría brisa marina. Camina durante algunos minutos ante observando como el Sol cae paulatinamente para ser devorado por el horizonte azul profundo donde se pierde el cielo y el mar.

En su camino, observa a un hombre a orillas de la playa, algo cabizbajo y en él notó algo extraño, sintió una soledad, una leve angustia, y una empatía, todo ello solo con mirarlo a lo lejos. Esta sensación le causó extrañeza, pero siguió de largo en su caminata vespertina. En algún punto, mientras aún se veía el Sol, decide regresar a su vehículo, y decide volver caminando por la arena y apreciar más de cerca el mar y sentir el rugido de cada ola, con la que remueve lo más profundo de su ser.

El camino de regreso por la arena lo hizo caminando más lento, reflexionando sobre su vida, añorando sus años felices y recordando a sus seres queridos que ya no están. En este camino, observa que el hombre que había visto anteriormente sigue sentado en la arena. Al acercarse a él, vuelve a sentir esta tristeza que le genera una profunda empatía. Rápidamente lo observa y ve lágrimas en sus ojos, ante lo cual se acerca él y le pregunta: *“disculpa amigo, ¿estás bien?”*.

Este hombre, de unos 45 años, moreno de cabello oscuro, con una mirada profunda y serena, levantó la cabeza y miró al joven a los ojos, esbozó una leve sonrisa, y respondió: *“no lo estoy, pero lo estaré. Pero agradezco tu preocupación”*.

El joven sintió en ese momento mucha compasión y una paz gigantesca al estar cerca de ese hombre. En su interior quería seguir conversando con este hombre que le intrigaba, pero no sabía cómo hacerlo, por lo que solo se le ocurre decir: *“la vida a veces se pone algo complicada, pero siempre hay una solución, o al menos una salida. Dios no nos abandona, no pierdas la fe”*.

El hombre que estaba sentado, se pone de pie, observa por un instante los últimos rayos del Sol de ese día, y luego observa al joven y le dice: *“gracias Carlos, eres muy amable. Sé que Dios no los abandona jamás y siempre está dispuesto a perdonar. Lo que me entristece son los hombres, la humanidad, en lo que se ha convertido. Ustedes debían evolucionar espiritualmente como sociedad, y no caer en la decadencia en la que se encuentran”*.

El joven, Carlos, algo confundido y asombrado por las palabras de este misterioso hombre, trató de asimilarlo brevemente, y luego respondió: *“¿cómo sabes mi nombre? ¿Cómo sabes cómo nosotros deberíamos haber evolucionado espiritualmente? ¿Quién eres?”*. En su mente, Carlos trataba de comprender qué podría estar pasando. ¿Acaso conocía a este hombre misterioso? Si bien, el hombre transmitía una paz que jamás había percibido, le intrigaba lo que estaba sucediendo.

“Mi nombre es Micael, creo que ya sabes quién soy, pero te lo vas a cuestionar una y otra vez si te lo digo. De todas formas lo haré, tú decides si creerme o no. Soy el creador de este universo y de todo lo que contiene, soy a quien le rezas cada noche, por quien clamas ante cada necesidad, soy el alba y el ocaso, soy el rugido de las olas golpeando contra las rocas, soy la risa de un niño que juega feliz con sus amigos, soy el color anaranjado de un bello atardecer, soy el sonido de los pájaros en primavera, soy las lágrimas de una madre orgullosa de su hijo, soy la brisa fría que acaricia tu mejilla en este momento, soy los gusanos que comerán tu cuerpo al morir. Soy lo que ves, lo que oyes, lo que sientes, lo que hueles y saboreas. Estoy contigo y con cada ser humano desde que despierta hasta que se duerme, y aún en los sueños más profundos sigo con cada uno de ustedes”.

Carlos casi queda en shock ante las palabras de Micael. Se preguntaba si ¿era posible que este hombre en la playa sea Dios? Y si así fuera, ¿porque estaba tan cabizbajo y con una mirada triste? La cantidad de preguntas que venían a su cabeza eran innumerables, y solo buscaba tener alguna respuesta. Después de algunos segundos tratando de asimilar el momento y de ordenar sus ideas, le responde: *“Si de verdad eres Tú, ¿por qué estás tan triste? ¿Qué haces aquí en esta playa? ¿Qué haces aquí como humano?”.*

Micael se volvió a sentar en la arena, y mediante un gesto invitó a Carlos a sentarse a su lado, a lo que Carlos lo hizo sin dudar. Durante un momento, ambos apreciaban los últimos instantes de ese atardecer, donde el Sol anaranjado se perdía tras el horizonte.

Micael respiró hondo por un momento, y le respondió a Carlos: *“Hace alrededor de dos mil años estuve en este planeta, vine a entregar un mensaje de paz y de amor para la humanidad en la Tierra y para el universo, un mensaje que les permitiría crecer, evolucionar espiritualmente y tener una sociedad justa y bondadosa. Por ello, antes de irme, les prometí que volvería. Sin embargo, ahora que he vuelto, veo a una sociedad decadente, donde mi mensaje se ha perdido. Donde ya no hay amor entre las personas más allá de sus familias, donde no hay bondad, no hay justicia, no hay empatía. Hasta ahora son muy pocos los que han seguido el camino que les dejé. El mensaje se ha tergiversado y con ello ahora matan en mi nombre. Todo eso me entristece”.*

Carlos, sabiendo que Micael tenía razón en todo su planteamiento, responde: *“Es verdad, nuestra sociedad está en decadencia. Hay muchas guerras, mucha delincuencia, muchos asesinatos y crímenes totalmente horrendos. Pero sigue habiendo personas buenas en este mundo, siguen habiendo niños que le dicen que no a las drogas y sí a los estudios. Hay muchos padres que se esfuerzan por sacar a su familia adelante, de forma honesta. Hay muchas organizaciones de voluntarios*

que buscan ayudar a los demás. Esas personas son las que valen la pena, mientras exista gente así la esperanza se mantiene". Carlos incrédulo estaba, nada más y nada menos, que tratando de animar a Dios. Pero, ¿qué podría él decirle realmente a Dios que ya no supiera? Carlos se daba cuenta lo extraño de la situación, que cualquiera esperaría que fuera al revés.

Micael, tomándose un momento para reflexionar, dijo: *"Es verdad, si hay mucha bondad, y lo valoro. Pero a menudo esos destellos de luz son opacados por la oscuridad, como una estrella fugaz en una noche oscura. Y todos esos actos de odio que comete un humano genera un eco en el universo, y eso finalmente me duele. A veces me cuestiono si la libertad que tienen de elegir es lo que ha generado todo esto"*.

"¿A qué te refieres?" – dijo Carlos – *"Es justamente el libre albedrío que nos has dado lo que nos impulsa a aprender. La humanidad necesita aprender el amor por sí misma. Y es en esos errores que nos impulsa a mejorar. La esperanza se forja en la adversidad. Sin nuestra libertad solo seríamos títeres, es esa libertad la que nos define"*. Carlos, dentro de sí comenzaba a asustarse y no le gustaba el rumbo de esa conversación.

Micael le responde: *"Justamente ese es el problema, su libertad. Con ella pueden hacer grandes cosas pero eligen lo peor para sí mismos y para lo demás. Quizás sea necesario un reinicio. No me agrada la idea de intervenir, pero como están las cosas quizás es necesario. Y no me refiero solo a la libertad, sino también a sus memorias, recuerdos. Sin ellos, partirían de cero y tendrían una nueva oportunidad"*.

Antes que Carlos pudiera asimilar las palabras de Micael, las olas del mar comenzaron a agitarse y se sintió una extraña energía en el aire. El Sol lanzó su último destello y se ocultó, y con ello el cielo tomó un color oscuro rápidamente. Se escucharon truenos a lo lejos y un viento de tormenta comenzó a soplar intensamente. Nubes grises cubrieron los cielos y la temperatura descendía a cada segundo. *"¿Qué está pasando?"* – preguntó impactado Carlos. Pero al mirar a su lado, Micael ya no estaba.

Carlos escuchó en su cabeza la voz de Micael que le decía: *"El tiempo de la misericordia ha terminado. La humanidad ha elegido su camino y ahora debe afrontar las consecuencias, y su propio juicio"*. Carlos quiso arrepentirse de los errores de su vida y abrazar el amor y la compasión, pero se dio cuenta que ya era demasiado tarde. Por la playa, a lo lejos emergía una densa neblina, y con ella se escuchó el galope de caballos, eran cuatro caballos que marchaban a toda velocidad con sus jinetes vestidos con túnicas negras, mientras se escuchaba el sonido de trompetas bajar desde los cielos... **Pseudónimo: Leonardo Loreiro**

Te recuerdo

He repasado mil veces esto en mi cabeza. Te he escrito cientos de cartas y he ido a entregarte un par. Sin embargo, en esta oportunidad se sentía diferente. Profesor, en este momento te encuentras en una galaxia tan distante a la mía y, aun así, te recuerdo cada día que pasa. A veces con alegría, y otras con dolor.

A pesar de lo mucho que te extraño, siento terror al imaginar que podría encontrarte en la playa o en alguna calle. No estaría preparada para aquello, pues estoy segura de que actuarías con total indiferencia, mientras yo tendría que aguantar las ganas de abrazarte y volver a sentir tu calor.

Empaqué los últimos detalles de tu regalo, el cual incluía una carta, como de costumbre, y me dispuse a descender a la playa resguardada por el sol del otoño. Desde la altura de mi hogar se veía toda La Herradura e incluso el hospital, el lugar donde nos conocimos. ¿Cuánto ha pasado? ¿Tres, cuatro años? ¿Hace cuánto...? ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

A medida que caminaba, con cada paso sentía el pecho cada vez más apretado, y no estaba segura de si era por la mínima posibilidad de que te encontrara ahí, o por el hecho de que efectivamente leerías lo que te escribí.

Ay, Profesor. Cómo desearía tenerte aquí para contarte mi situación actual. No estoy segura de si tu opinión me ayudaría a elegir el camino que debo emprender, pero me gustaría poder contarte mi predicamento con mis propios labios. No importa que se lo haya contado a mil personas diferentes, tanto desconocidos como seres muy queridos; quiero que seas tú quien me escuche, así como pasó hace años, cuando enfrenté una situación igual de complicada. En esa oportunidad tú fuiste el único que me vio llorar, y quiero que seas el único que me siga viendo llorar.

Desearía contarte cómo se me han roto todas las cosas que me has regalado. Desearía contarte todas las frases y gestos que, voluntaria o involuntariamente, he copiado de ti. Desearía contarte todas las veces que he soñado contigo, recordando cómo hacíamos el amor, cómo me enseñabas cosas y yo te enseñaba de vuelta. Desearía contarte cómo se ha vuelto de maldita la ciudad que recorríamos y la

profesión que compartimos, porque te recuerdo con cada una de las áreas de la medicina que te gustan, cada vez que utilizo el fonendo que te robé.

Desearía contarte cómo te admiro y cómo deseo que te sientas orgulloso de mí. Y lo arrepentida que me siento por haberte traicionado. Pero no estás en mi vida, ni yo en la tuya. Y quizás nunca lo estuve, pues siempre pensé que me ocultabas, que me mantenías separada del resto de tu vida.

En fin, son muchas cosas en mi cabeza. Tantas, que ni me di cuenta de que el portero ya había recibido el paquete para entregártelo. No me quedé a averiguar si le respondías a través del citófono, por lo que no confirmé si te encontrabas ahí.

Bajé a la playa a mojar las patas y a despejar la mente, a la par que desaparecían los últimos rayos del sol. ¿Cuánto tiempo más me acompañarás, Profesor?, pensaba mientras el tranquilo oleaje de La Herradura jugueteaba entre mis pies.

VALENTIN CORTES

UNA NOCHE DE RECUERDOS

La calle estaba desierta, las luces en los postes de madera parpadeaban intermitentes, esto daba un aspecto más tenebroso a la oscura calle, los dos niños iban tomados de la mano, se denotaba en su rostro el temor, sus pálidas manos estaban heladas, al ingresar a calle Matta, se pararon para observar al fondo, allí estaba impertérrito el pequeño hospital de Coquimbo.

Las dos palmeras de la entrada, flanqueaban al visitante, la empinada escalera de cemento, era una dura valla que saltar.

La mano de la pequeña sangraba, también su cabeza, su hermanito mayor la llevaba con mucho cuidado, él también estaba ensangrentado, pero estaba más tranquilo.

La noche dormía en silencio, a ratos solo se escuchaban los sollozos de la pequeña, Mery.

_¡Tranquilita hermanita. !, Ya llegamos al hospital, allí al fondo está el doctor, allí nos curaran, pero por favor no llores, confía solamente _, dijo Fernando.

_Pero es que me duele mucho hermanito, y allí me dolerán más las curaciones.

_No hermanita, te pondrán anestesia, ya vamos despacito, yo estaré a tu lado para darte fuerzas.

_Los niños avanzaban con lentitud, rengueaban visiblemente, pero avanzaban apurados para su edad y sus heridas.

Cuando ya estaban cerca, miraron las puertas del establecimiento, estaban raídas, el hospital estaba completamente oscuro, no se notaba movimiento dentro del antiguo edificio.

La pequeña sollozando preguntó:

_¿Qué pasa hermanito, no hay nadie?

_Si, debe haber alguien, entremos, no nos pasara nada.

Pero esta oscuro, me da mucho miedo, dijo La pequeña Mery, secándose la sangre.

Si, pero vas conmigo, yo te defiendo, no te pasará nada, contestó con mucha seguridad su hermano.

Los dos chicos entraron al lugar, estaba solitario, caminaron por sus pasillos oscuros, de pronto, al fondo del pasillo apareció un médico alto, rubio, que venía caminando en sentido contrario.

Los quedó mirando con cariño y consultó:

_¿Que necesitan niños? _, dijo el hombre con un marcado acento extranjero, pero con una voz muy dulce.

_Mi hermana esta herida de la mano y la cabeza, yo también en varias partes, necesitamos que le curen sus heridas, nos caímos por la ladera de un cerro. -

Claro, déjame ver, el médico los entró en un box oscuro, donde había dos muebles viejos y algunas piezas de instrumental, pero al entrar se iluminó el lugar y todo fue reluciente.

El medico replicó: Están feas las heridas, pero tranquilos, no les dolerá nada

Ya doctor, dijo la niñita, mientras sus lágrimas le inundaban su pálido rostro.

La ropa de los niños era muy pobre, un vestido café muy raído y un poco sucio, ambos estaban a pies descalzos, él con pantalones cortos y una camisa sin manga.

Mientras el médico curaba las heridas, el médico dijo con voz agradable:

_Es muy tarde para andar en la calle niños, ¿no vinieron con sus padres o hermanos mayores? -

_Es que no hay nadie en casa, mis padres salieron hace como diez días y no han vuelto, estamos solos.

_Humm, me imagino que no han comido nada.

No, nada, dijo el pequeño.

Mientras hablaba el médico curo las heridas de ambos y puso un vendaje muy reluciente.

_¿ya me curó doctor? _dijo emocionada la chiquitita.

Si, está todo listo, cuando lleguen a su hogar estarán sus padres esperándole, agregó el galeno.

Muchas gracias, Dios le bendiga, contestó Fernando,

Los dos niños salieron del box, antes de traspasar las puertas principales del hospital, el médico entregó dos monedas para cada uno, los pequeños salieron corriendo del edificio en ruinas del antiguo hospital san pablo.

Cuando estaba a media cuadra, se detuvieron para mirar atrás, vieron al médico que se despedía feliz y que se fue apagando como cuando se disipa el humo.

El edificio en forma mágica o tétrica, volvía a su estado de abandono y tristeza.

El viento de aquella noche movía las agrietadas puertas de madera, también movidos por una fuerza centrífuga invisible, algunos papeles que aun había en ese lugar, giraban arremolinadamente en círculos concéntricos.

Mientras los niños corrían felices por la calle Videla, Mery tenía en su mano milagrosamente la herida ya curada, también en su cabeza, ya no rengueaban, parecían que volaban y estaban vestidos de blanco, en sus manos ambos niños mantenían muy apretadas sus dos monedas.

Al llegar a su hogar, justamente en las puertas estaba su madre, ellos le abrazaron felices.

_¿Qué pasó? _consultó la mujer muy asustada.

Ellos contaron con lujo de detalles lo acontecido.....

_¿Cual hospital hija?

_El hospital que está en Videla con Matta, donde están las dos palmeras, el de la escalera de cemento.

_¿Cual, el de Videla?, dijo nuevamente, la madre sorprendida.

_Si mama, donde están las monjitas.

_Pero....., la madre se tapó la cara con ambas manos giró y chocó con su marido.

_¿Qué pasa? _, pregunto angustiado el hombre.

_Es que los niños dicen que estuvieron en el hospital de Videla y los atendió un doctor.

El hombre abrazó a su esposa y derramó varias lágrimas, luego con mucho cariño le dijo:

_Hija, los niños ya no están, el accidente fue fatal, yo la entiendo, el recuerdo vuelve a cada cierto tiempo, pero debemos superarlo unidos, es duro, pero confiemos en Dios.

El recuerdo seguía recorriendo las calles del puerto, y de tiempo en tiempo, llegaba al final de la avenida Matta, en la entrada del establecimiento, el que ya estaba abandonado.

En algunas noches de invierno, algunos transeúntes veían en la puerta del viejo hospital, al médico que había recibido a los niños después del accidente, en algunas noches salía y observaba como esperándolos, pues el tampoco estaba en esta tierra.

El sollozo de su madre se mezcló con el silencio de su casa, su marido tampoco estaba con ella, se había ido al descanso por el dolor de las pérdidas, ella estaba sola.

Quizás estaba, ya no se sabía nada.

Fin

Malagata.

UN GUERRERO CONSCIENTE

Corriendo por el bosque, Koori avanza detrás de un formidable jabalí, que huye desesperadamente. Tras varios minutos de persecución, donde el animal salvaje hizo varios giros para perder a su cazador, finalmente se dirige rumbo al lago. De pronto, Murri aparece tras un árbol y lo atraviesa con una lanza. Koori ya se había cansado de ahuyentar al jabalí hacia la trampa, pero al final todo salió bien. Ambos jóvenes amigos de la tribu Palawah habían capturado la presa y se dirigen victoriosos de vuelta a su aldea.

Koori era el hijo de Yaori, jefe de la tribu de los Palawah y que prontamente tendría la edad para ser parte oficial de la tribu como adulto, lo que conllevaría a que tendría responsabilidades y voz dentro de la tribu, y en un futuro sería el nuevo jefe de la tribu. Para dejar de ser considerado un niño y pasar a ser un adulto, cada joven tiene que pasar por una prueba de iniciación, que es una prueba física y mental, donde el candidato debía probar su valor, destreza física y madurez mental.

Yaori, como jefe de la tribu, era un guerrero letal, un cazador eficiente y un líder innato y justo. Sin embargo, con su único hijo solía ser duro, exigente, y muy crítico de sus decisiones y a lo que él consideraba falta de disciplina. La relación entre ellos era compleja, más que un padre, Yaori buscaba no dar ventajas ni facilidades a su hijo, y lo trataba como a uno más del clan, de forma de no generar una percepción de que Koori tuviera privilegios dentro de la tribu.

Por su parte, Koori era un muchacho con mucha energía, alegre, y en sus cortos años había desarrollado principios y una moralidad que siempre lo metían en problemas. Por otra parte, él anhelaba tener una relación más cercana con su padre, pero sabía que eso no ocurriría, y además, él guardaba un secreto del cual nadie sabía ni se esperaba: Koori no podía matar animales, ni siquiera comerlos. Su nivel de conexión con la naturaleza y con toda forma de vida, junto con sus valores morales, lo llevaron a convertirse en un vegetariano, situación que mantenía oculta de todos, especialmente de su padre. Koori sabía que no se le permitiría liderar una tribu si se supiera que no es capaz de matar a otro ser vivo, perdería el respeto de todos que incluso amenazarían su vida y la de su familia.

Si bien la tribu de los Palawah vivían de forma pacífica, existía una constante tensión con la tribu vecina, los Noongar, con quienes se mantuvieron en guerra hacía muchos años y que desde entonces se generó un acuerdo de paz que establecía la frontera entre ambos territorios. Esta frontera era el caudaloso río que separaba ambas regiones, y que estaba prohibido a cada bando cruzarlo, y solo se les permitía usar sus aguas para abastecer a sus pueblos y para la pesca. Esta paz se había mantenido estable por muchos años, sin embargo, en los últimos meses, se

había rumoreado que guerreros de la tribu vecina habían intentado cruzar el río, hechos que negaron los Noongar, tensionando las relaciones.

El jefe Yaori había puesto a todos sus guerreros en alerta, ya que esta situación podría generar una escalada y no estaba dispuesto a mostrarse débil. Por esta razón, quiso adelantar las pruebas de iniciación, de forma de contar con más guerreros en su tribu, aunque estos nuevos guerreros no tuviesen la madurez para ello. Así, en una de las reuniones de la tribu, Yaori anunció que se adelantaban las pruebas de iniciación en dos estaciones, es decir, para la siguiente luna llena en 3 días. Sería la primera vez que estas pruebas se harían en invierno, lo que podría generar una mayor dificultad si lloviera.

El día de la prueba, se presentaron una veintena de candidatos, entre 13 y 16 años. Koori y su amigo Murri, ambos con 15 años, estaban confiados de lograrlo, pues habían estado entrenando para ello, y a pesar que la prueba se adelantó llegaban sonrientes a este desafío. Ante toda la tribu, estos candidatos se presentaban con sus rostros pintados para la ocasión, y formaron un semicírculo delante de todos. El Jefe Yaori, se subió a una roca para dirigirse a ellos: *“Jóvenes kalawah, ustedes serán llevarán el honor de sus familias en este desafío, pero debo decirles que la prueba ha cambiado. Usualmente la prueba consistía en ir a la montaña, desprovistos de armas y utensilios de cualquier tipo, subir y encontrar un huevo del águila dorada, y traerlo sin romper. Esta siempre fue una prueba de supervivencia, destreza y madurez para soportar los 3 días que lleva la prueba, sin embargo, dado que la prueba se adelantó, en esta época no hay huevos de águila, por lo que he decidido modificar también la prueba”*.

Esta noticia dejó perplejo a los jóvenes, ya que nunca se había cambiado la prueba, y muchos entrenaban para lo que siempre habían realizado.

Así, continuó Yaori: *“Esta nueva prueba consistirá en ir al pantano más allá de la montaña nublada, donde habita la serpiente azul. Esta serpiente es muy venenosa, así que tengan cuidado. Su misión que cada uno debe traer uno de estos ejemplares vivos. Así aprovecharemos las pruebas de iniciación para obtener el veneno de estas serpientes, de forma que nuestras flechas sean mortales en caso que estalle la guerra con los Noongar”*.

Ante este nuevo escenario, los jóvenes postulantes que anteriormente se mostraban entusiasmados, quedaron preocupados, ya que la prueba sería más compleja que la que se realizaba habitualmente. Koori sabía que debía mostrar su valía como hijo del Jefe del Clan, y trato de mantenerse estoico a pesar que una incertidumbre recorría su cuerpo, así como el de sus compañeros.

En el inicio de la prueba la veintena de jóvenes corrió hacia la montaña en lo que sería al menos un día de recorrido atravesando distintos parajes. Koori y Murri partieron juntos. Si bien, el desafío es individual ambos se podrían apoyar en el recorrido de este, en caso que hubiera algún peligro. En el camino se separaron del resto, buscando las mejores rutas, hasta que cayó la noche y no pudieron seguir. Rápidamente buscaron un refugio y comieron algunas frutas que habían recolectado en el camino, ya que no se les permitía llevar nada, solo sus habilidades, su valentía y su ingenio. Durante la noche comenzó a llover y la temperatura bajó considerablemente. Prácticamente no pudieron dormir, y Koori se desveló pensando en que si estallaba la guerra, él no sería capaz de matar a otra persona. Para Koori, la paz era la esencia de la naturaleza, y las palabras de su padre buscando formas más letales para la guerra rompían su corazón.

Al amanecer, los jóvenes continuaron su viaje. Antes de llegar al pantano, ambos construyeron pequeñas jaulas donde podrían llevar a las serpientes. Sin embargo, todavía tenían que decidir cómo atraparlas. Al llegar al pantano, el barro imposibilitaba ver a las serpientes, ya que se desplazaban bajo el agua, pero con las lluvias la visibilidad era nula. Koori y Murri estaban desolados. No sabían qué hacer. Hasta que Koori, en un intento tomó una rama gruesa y fue arrastrándola por el barro, pero sin éxito. Además, se dio cuenta lo peligrosa de esta maniobra porque sintió un movimiento cerca de sus pies, lo que podría haber sido una serpiente azul. En ese instante, los demás jóvenes comenzaron a llegar al pantano, pero estaban todos en la misma situación.

En ese momento, Koori tuvo una idea. Buscó en la vegetación cercana una planta que al tocarla genera una especie de urticaria por sus pequeñas espinas, y que todos los animales la evitan. Así, amarró hojas de esta planta en un extremo de la rama, y con ella la arrastró por el barro. También cubrió sus pies con estas hojas, para que no se le acercaran las serpientes. De repente, una serpiente azul huye rápidamente de la hoja tóxica y sube a la superficie, en ese momento y con un rápido movimiento, Murri atrapa la serpiente y la mete en su jaula.

Los demás jóvenes vieron esto y quisieron imitarlo. Koori les dijo que se acercaran, y que seguiría arrastrando la rama, y que cuando emergieran las serpientes cada uno atraparía la suya. Así Koori los organizó como a un equipo, algunos fueron a buscar más hojas, otros ayudaron a armar más jaulas, y los más expertos ayudaban a atrapar a la serpiente antes que los mordiera. Finalmente, tras un par de horas de trabajo ya todos tenían a su serpiente en sus jaulas y comenzaron el viaje de regreso.

Al atardecer del segundo día comenzaron a llegar los participantes solo con algunos minutos de diferencia, y todos con sus jaulas con serpientes. La tribu se reunió y el

Jefe, observó sospechosamente la situación. Era la primera vez que todos los participantes cumplían la misión, casi al mismo tiempo, y todos con jaulas similares. El Jefe Yaori se enfureció y exigió a los candidatos a que hablaran, y solo su hijo Koori dio un paso al frente y dijo: *“Jefe, yo rompí el pacto, y ayudé a los demás para que todos cumplieran la prueba y que ninguno saliera herido. Asumo toda la responsabilidad”*. El Jefe furibundo decidió aprobar a todos los participantes, más por necesidad que por convicción de que se lo merecieran. A Koori lo castigaron con una serie de trabajos adicionales, entre ellos ir de pesca al día siguiente con varios de los nuevos guerreros de la tribu.

Al día siguiente, temprano por la mañana, Koori se despide fríamente de su padre y se dirige al río con 3 de los jóvenes guerreros, entre ellos su amigo Murri. Una fuerte lluvia los acompañaba, pero de igual forma subieron al bote. Unos minutos después se disponían a pescar pero la lluvia y el fuerte viento imposibilitaban cualquier intento. Unos momentos después, el viento se intensificó, arrastrando el bote hacia el territorio de la aldea vecina. Desesperados los jóvenes intentaron volver, pero el clima no lo permitía. En ese momento, un joven patrullero de los Noongar ve al grupo de jóvenes y huye a su aldea a dar aviso de esta invasión y violación al tratado de paz. Kaori sabía lo que su presencia podría provocar: la guerra, y con ello la muerte de muchos guerreros, tanto Palawah como Noongar. Sabía que su padre se disgustaría aún más con él por esto. Así que tomó una decisión. No volvería a la aldea ahora que fueron vistos, ya que eso sería la guerra inminente. Le dijo a su grupo que se entregaría a los Noongar y que buscaría hablar con el Jefe de ese clan. Sus compañeros trataron de impedirselo, pero él ya estaba decidido. Koori le dijo a Murri que llevara a los demás a salvo, y así lo hizo.

Koori se adentró en la jungla con los brazos en alto buscando a la tribu Noongar. Unos pocos minutos después una decena de guerreros Noongar lo toman prisionero.

Murri cumplió con su palabra, y una vez que el viento disminuyó, volvió con su grupo a su aldea, tras mucho esfuerzo. Llegaron todos muy exhaustos, y Murri corrió a hablar con el Jefe Yaori. Le contó lo sucedido, y el Jefe dio la alerta para que todos sus guerreros estuvieran en alerta. Él jamás contaba con que su propio hijo fuera el primer prisionero de guerra por romper el tratado e invadir el territorio enemigo. La situación era muy compleja para ellos.

Por la tarde, la lluvia se detuvo, y el Sol comenzó a verse. De pronto, varios patrulleros Palawah fueron corriendo con el Jefe Yaori, para avisarle que una embarcación Noongar se estaba acercando con una bandera de paz tribal. Yaori dio la orden de no atacar, pero estar en alerta. En la embarcación venía el propio Jefe Noogar, junto con Koori y otros guerreros Noongar. El Jefe Yaori recibió al Jefe

Noongar en su propia aldea, y junto a Koori y a los ancianos de la tribu escucharon lo que este rival tenía que decir.

El Jefe Noongar saludó firmemente a Yaori y le dijo. *“Tienes un hijo verdaderamente valiente. No había visto tanto coraje en un joven. Tu hijo vino a verme, me contó lo que había pasado y el motivo del porqué estaba en nuestro territorio. Y no solo eso, él fue muy categórico en ofrecer su propia vida a cambio de que hubiera paz entre nosotros. Me dijo que una guerra traería muerte para ambos lados y mucha hambruna. Tu hijo es muy sabio e hizo darme cuenta que la guerra no es el camino. Quiero ofrecerte aquí no solo una propuesta de paz, sino que una propuesta de cooperación mutua en temas comerciales, para que nuestras aldeas puedan crecer, por separado pero a la vez unidas”*.

El Jefe Yaori no se esperaba tal discurso y estaba atónito escuchando a su rival. El Jefe Noongar terminó diciendo: *“No necesitamos pelear, juntos podemos encontrar un camino mejor”*. Los ancianos estaban algo incrédulos en un inicio, pero la propia presencia del Jefe Noongar en su aldea y que haya traído a Koori era una prueba irrefutable de sus buenas intenciones.

Koori, como ya era un guerrero con derecho a voz, pidió hablar y dijo: *“Padre, sé que ante tus ojos he cometido errores, pero siempre he actuado para ayudar a los demás, y lo hago de corazón. Tomé la decisión de hablar con el jefe Noongar antes que una guerra pudiera estallar. Creo firmemente en la paz, en el respeto entre nosotros, y en la armonía de la naturaleza. Espero que por favor aceptes el tratado que el Jefe Noongar ha traído, pues serían tiempo de prosperidad y abundancia para todos”*.

Un silencio se apoderó del lugar ante las palabras de ambos. El jefe Yaori se dio cuenta de la sabiduría de su hijo y se sintió muy orgulloso. Aceptó con mucho gusto este nuevo tratado de paz y de comercialización. Y ante los ancianos de la aldea se comprometió a colaborar con los Noongar. Unos minutos después, el jefe Noongar volvió a su aldea con sus guerreros, y dejó la invitación para que el jefe Yaori y Koori los fueran a visitar para detallar este nuevo tratado.

Esa noche, el Jefe Yaori reunió a toda la aldea para celebrar estos nuevos sucesos y especialmente para homenajear a su hijo Koori, por hacer posible todo esto. Además, nombró a Koori como el encargado de coordinar los detalles del tratado de paz y comercialización, de forma que fuera justo para ambas tribus. Ese día, Yaori quien estaba cegado solo en defender a su pueblo sin medir consecuencias, comenzó a tomar conciencia de lo que puede implicar solo velar por los suyos. Con Koori, aprendió que la valentía no solo radica en la agresividad, sino en desafiar lo establecido para buscar nuevos caminos que sean beneficiosos para todas las partes, incluso con el riesgo de ser un incomprendido en un inicio. Con los años,

Koori se transformó en el sabio Jefe de los Palawah y la paz que trabajó arduamente con la aldea vecina, duró por décadas...

LEONARDO LOREIRO

LA PLAGA

Isabel vivía en una aldea entramada en el bosque, era huérfana por lo que la crió su abuela. De ella aprendió el oficio de curandera, recolectar hierbas, especias, flores y otros elementos del bosque para curar heridas, enfermedades y condiciones adversas de salud. Ella tenía un don innato para esto, y después que su abuela falleció, comenzó a diversificar sus productos, creando cremas, ungüentos y pociones para combatir los diversos males que aquejaban a las personas de su aldea e incluso de aldeas y pueblos vecinos.

Durante esos años ella era catalogada como una curandera, muy respetada por todos, a pesar de vivir sola y no tener un marido, que era algo inusual para alguien de su edad. Isabel tenía cerca de 30 años y no estaba interesada en formar una familia. Disfrutaba de su trabajo y de vivir en el bosque, y sobre todo de ayudar a las personas.

Un día, mientras Isabel había ido al mercado de un pueblo cercano a comprar algunos alimentos, escuchó rumores de una enfermedad muy contagiosa y muy mortal, le decían la peste o muerte negra. Isabel sintió curiosidad y comenzó a preguntar a quiénes habían escuchado o visto esta enfermedad, y pudo recopilar que sus principales síntomas se encontraban con sangre, fiebre, escalofríos, fatiga muscular, vómitos, delirio y dificultad para respirar.

Rápidamente la noticia de esta nueva plaga se corrió por toda la región, y muchos estaban temerosos de presentar cualquier síntoma. Isabel sabía que en cualquier momento la plaga se extendería por su región afectando a ciudades, pueblos y aldeas. Para poder prepararse, comenzó a reunir y preparar sus medicinas, pero sin saber si alguna de ellas funcionaría, ya que esta era una enfermedad desconocida para todos.

Solo pasaron algunos meses cuando se comenzó a rumorear que había personas contagiadas en aldeas vecinas. Las personas temerosas de contagiarse evitaban salir de sus casas para actividades innecesarias. Incluso el clérigo canceló las misas semanales para evitar algún tipo de contagio entre los fieles, además se rumoreaba

que los pecadores eran más propensos a contagiarse, ya que esta era una enfermedad maligna proveniente de las tinieblas.

Cuando apareció la primera sospecha de un enfermo con la peste inmediatamente llamaron a Isabel, quien rápidamente acudió con sus distintas pociones y ungüentos. Isabel comenzó a probar sus medicamentos con todos los aldeanos enfermos que comenzaron a reportarse. Probó medicamentos en base a ámbar, menta, mirra, rosa, clavo de olor, lavanda, buscando curar o al menos aliviar los distintos síntomas que padecían los enfermos, pero sin éxito, y cuando el caso ya era muy grave y el enfermo padecía de mucho dolor, lo trataba con jugo de amapola.

La Iglesia por su parte, trataba de salvar a estos enfermos mediante oraciones, ya que muchos consideraban que esta enfermedad se trataba en realidad de una posesión demoníaca. Isabel no estaba muy de acuerdo con esta práctica, pero sabía que no podía oponerse ya que la Iglesia no trataba bien a sus detractores, por lo que prefirió callar.

Pasaron meses con Isabel trabajando con los enfermos, pero sin poder curarlos, solo lograba aplacar un poco su dolor y que su muerte fuera un poco más digna. Isabel se sentía algo frustrada de no poder lograr avances claros.

Uno de esos días, al salir de la casa de un aldeano enfermo, la esperaba una niña de 8 años y le pidió que ayudara a su hermano que estaba con la peste en casa. Era común enviar a los niños y adolescentes a enviar mensajes entre las personas, así que Isabel fue sin dudar, a pesar ya de estar algo cansada.

Al llegar a la casa de la niña, al otro extremo de la aldea, supo que la casa era de una familia muy religiosa, quienes no la habían querido llamar, ya que pensaba que podrían lograr la sanación mediante la oración. Isabel entra con la niña a la casa y va donde el niño enfermo, que estaba rodeado por su familia que rezaba con vehemencia. Isabel, pide permiso y comienza a examinar al niño que estaba inconsciente, y se da cuenta que no presentaba síntomas de la peste, pero sí unas llagas en el brazo, que en realidad era una herida que se había infectado, y producto de la fiebre el niño deliraba. Isabel les comentó esto a los padres del niño, pero no

le creyeron. De todas formas, Isabel limpió y curó las heridas del niño, le dio otros medicamentos que eran para sanar heridas infectadas y para tratar la fiebre, y luego se fue a su casa, considerando que ya era tarde.

Isabel siguió visitando al niño en los días siguientes, limpiando sus heridas y dándole más medicamentos, y en menos de una semana el niño ya estaba consciente. Sin embargo, sus padres, que ya habían dado por muerto a su hijo, se sorprendieron mucho ya que nadie había podido curar la peste, y menos aún si se consideraba que era una posesión demoníaca.

Al día siguiente, los padres del niño fueron a dar aviso a la Iglesia de esta situación, alarmando al clérigo y otros fieles que Isabel había hecho alguna brujería para salvar a su hijo que tenía una posesión demoníaca. Sin dudarlo, el clérigo envió a un joven a buscar al Inquisidor de la región al pueblo vecino, para que investigue la situación y determine lo que correspondía hacer.

Esa misma tarde, se presenta en la aldea un señor de edad, de una pronunciada barba gris y un traje oscuro y ostentoso, y en su mano una copia del libro *Malleus Maleficarum*, conocido como el martillo de las brujas. Era el Inquisidor, miembro del clero del pueblo cercano, quien con un ceño fruncido y la cabeza erguida, generaba temor entre quienes lo veían, y más aun considerando que su figura representaba una autoridad otorgada por la Iglesia.

El Inquisidor no quiso esperar y de inmediato comenzó con interrogar a los padres del niño, al mismo niño el cual no recordaba mucho, al clérigo y a otros vecinos que conocían a Isabel. Solo le bastó una tarde al Inquisidor para solicitar el arresto de Isabel para interrogarla.

Algunos vecinos bondadosos le habían advertido a Isabel sobre la presencia del Inquisidor en la investigación de la sanación del niño. Ella sabía que la Iglesia no le creería, porque no tenía familia y por su condición de mujer, sabía que no habría un juicio justo, y que prácticamente ya estaba condenada. Así que decidió huir mientras podía hacerlo.

Fue a su casa en el bosque, reunió un poco de comida, algunos de sus principales medicamentos, el poco de dinero que había reunido, y subió a su caballo. En el norte ella tenía una tía lejana que la podría esconder durante un tiempo. Tomó el camino al norte para cruzar el río, momento en que los guardias le cerraron el paso. El Inquisidor, antes de comenzar los interrogatorios, ordenó a los guardias a cerrar cualquier camino para evitar que Isabel escapara, en su mente él ya la había condenado antes incluso de llegar al pueblo.

Esa tarde, llevaron a Isabel amarrada ante el Inquisidor quien en una habitación de la Iglesia comenzó a interrogarla. Rápidamente el Inquisidor se dio cuenta que Isabel era una mujer de carácter, que tenía argumentos para debatir a sus acusaciones, y que ese pensamiento crítico era un peligro para la Iglesia. No dudó en catalogarla como bruja por haber sanado una posesión demoníaca en un niño y de tener un pacto con el diablo.

Finalmente, ya al atardecer de ese día, mientras el pueblo se reunía afuera de la iglesia para saber qué pasaría con Isabel, el Inquisidor se sube a un estrado y anuncia los cargos contra Isabel, estos eran:

- a. Rebeldía, por haber huido cuando se ordenó su interrogatorio.
- b. Herejía, por ir en contra del mandato de la Iglesia.
- c. Atreverse a Pensar, en el interrogatorio e ir contra los argumentos del Inquisidor.
- d. Brujería, por sanar una posesión demoníaca mediante otro medio que no sea a través de la Iglesia.

Una vez leído en el pergamino los cargos de la acusada, leyó la sentencia final: muerte en la hoguera.

En ese momento, la multitud se asombró, pero el miedo al Inquisidor, como representante de la Iglesia, era mayor. El Inquisidor dictó que de inmediato se ejecutara esta sentencia, por lo que ordenó a los guardias a apilar las maderas necesarias para llevarla a cabo. En no más de 15 minutos, Isabel fue amarrada a un poste de madera sobre una pequeña tarima y bajo sus pies los guardias

acomodaron leños, ramas secas, paja y madera. Esparcieron un poco de aceite sobre estos elementos y le entregaron al Inquisidor una antorcha, con la cual cumpliría el castigo.

Isabel no quiso hacer mayores comentarios ni reclamos, tampoco pedir misericordia, ella sabía que nada podía lograr con el Inquisidor y no quería darle el gusto de rogar por su vida. Había guardado silencio y estaba aceptando que ese sería su final, y que sus buenas intenciones jamás serían apreciadas por personas tan engeguedas.

El Inquisidor dijo: *“por el poder de Dios y de la Iglesia, hago cumplir la sagrada Ley y que Dios se apiade de tu alma”*, lanzó una mirada de desprecio a Isabel y arrojó la antorcha a sus pies, la que comenzó a esparcir el fuego lentamente. El Inquisidor junto con el clero se situó frente a Isabel, mientras que los aldeanos estaban por un costado y a sus espaldas, custodiados por algunos guardias frente a ellos.

Isabel comenzó a tener un sentimiento de ira, cerró los ojos y dijo a viva voz: *“Vos omnes ministri oday et destructions et seratore discorde”*, palabras en latín que uno de los frailes tradujo como *“Vosotros todos, ministros de odio y destrucción, y creadores de discordia”*. En ese momento, el cielo se oscureció y un viento helado provino de la cima de los árboles apagando el fuego bajo Isabel y lanzando las chispas encendidas sobre el clero, cuyas vestimentas ostentosas de lino encendieron rápidamente. Uno de los frailes, en un intento por apagar las vestimentas del Inquisidor y del clérigo tropieza con un jarro con aceite, generando una combustión aun mayor, donde el Inquisidor, el clérigo, el jefe de la guardia y otros miembros del clero se quemaron frente a todos los aldeanos.

Los aldeanos estaban horrorizados ante este dramático escenario, y de inmediato miraron a Isabel, la cual estaba totalmente ilesa. Isabel abrió los ojos y dijo: *“Nunca había sido bruja ni había hecho actos de brujería...nunca, hasta hoy”*. Isabel mencionó una palabra extraña y sus amarras se soltaron, bajó de la hoguera, y caminó entre la muchedumbre, la que se abría paso a medida que ella avanzaba, así se perdió en el bosque y nunca más la volvieron a ver. **Leonardo Loreiro**

BAJÁNDOME DEL ARBOL

El niño corrió desesperado, el perro bulldog estaba a pocos metros, miró atrás como un autómatas, de un salto subió al árbol como una ardilla.

Desde arriba observó al animal que lo esperaba que bajara, sus babas colgaban de su hocico, aparentemente solo quería morderlo, el asustado, desesperado, solo atinó a llorar en silencio, se reprendía en su mente, su mamá lo había advertido.

Reflexionó:

¿Si me quedo a vivir aquí?, se preguntó asustado, se respondió el mismo -y de que voy a vivir.

Miró:

El perro seguía esperándolo, mientras avanzaba la tarde y los primeros destellos de oscuridad aparecían en el lugar, miró al perro, se dio cuenta que la fiera del animal comenzó a bajar, luego movió su gordo cuerpo, bajó su cabeza y se volvió lentamente, alejándose del lugar, sus ladridos que repercutían por toda la calle, luego se comenzaron apagar lentamente, ya no se escuchaban retumbantes.

Pensó:

¿si me bajo ahora?, no, puede volver en cualquier momento, me quedaré a vivir aquí.

Se acomodó en una rama y se tapó con hojas, de pronto sintió que lo movían,

Gritó:

_¡El perro!, ¡el perro subió al árbol!

_Cálmate Martín, despierta, que estás atrasado, vístete luego, que pasará el furgón en cualquier momento.

El niño salió a la calle, con su mochila a la espalda, la figura de un bulldog destacaba, miró hacia la esquina, el perro venía traído por su dueño con una correa, corrió y se subió desesperado al furgón, y dijo.

¡parece que viviré en este furgón!

CAMPESINA

BREVE BIOGRAFIA DE AUTORES GANADORES.

TRABAJOS GANADORES: POESIAS

1er. LUGAR “LO QUE ME DEJO TU MIRADA” DEL AUTOR, GASTON BARRAZA CORTES (OSCAR G. O. RYAN))

Mi afición literaria es desde joven, desde colegio, siempre como algo personal, íntimo. Como una forma de reflejar mis sentimientos y emociones.

Participé en algunos concursos en mi ciudad natal (Illapel) y en mi anterior trabajo años atrás, ambas ocasiones en categoría cuento, obteniendo en ellas premios (1er y 2do lugar).

En contadas ocasiones he enviado alguna obra a otro concurso, pero sin ser favorecido con alguna premiación.

Actualmente sigo escribiendo y, además, estoy explorando el ponerles música a mis poemas, pero no con afán comercial, sólo privado.

Tengo una página de Facebook, llamada “De razón y locura, de amor y ternura”, en donde posteo de cuando en cuando poemas. En ella hay cerca de 2.600 seguidores. Por todo lo anterior, es que mi currículo literario se ve bastante reducido.

2do. LUGAR, “EL PERSONAL QUE LIMPIA” DE LA AUTORA, JUANA CAROLINA ALVAREZ CORTES. (JHOAN CHERRIE LAFERTE),

Me presento ante ustedes mi nombre es Juana Carolina Álvarez Cortez, funcionaria del Hospital San Pablo de Coquimbo desde el 01/ 11/ 2010 en el servicio UCIM de Psiquiatría hasta noviembre 2023 y desde noviembre del 2023 a la fecha en el servicio de Traumatología.

Hoy presento ante ustedes mis poemas dando énfasis a la cotidianidad en labor las cuales me permiten rescatar destacar y plasmar diversas situaciones reflejando las emociones y sentimientos que se viven a diario en el Hospital San Pablo de Coquimbo tanto como funcionaria y usuaria.

Esperando una excelente acogida y captación de mensajes agradeciendo la oportunidad de desarrollar este arte me despido cordialmente de ustedes.

3er. LUGAR, “VEN A BUSCARMÉ” DE LA AUTORA FRANCISCA CALDERON CATTAN, (MANGATA).

Francisca, es una aficionada a la lectura, de vez en cuando, cuando siente la necesidad, escribe algunas sensaciones personales o simplemente de la vida diaria, es primera vez que participa en un concurso literario.

PRIMERA MENCIÓN HONROSA: “AÑORANZA” DE LA AUTORA GLORIA JOPIA MAYA, “CHANGA SOÑADORA”

GLORIA JOPIA MILLA, nació un 29 de Enero en Coquimbo. Cursó sus estudios básicos en el actual colegio Santa Marta (ex escuela Parroquial San Luis) donde fue una aventajada alumna habiendo obtenido siempre los primeros lugares. Posteriormente ingresó al Instituto Superior de Comercio (INSUCO) de donde egresó titulada como secretaria Administrativa.

Inició su vida laboral en la Dirección de Servicio de Salud Cuarta región Coquimbo, desempeñándose en las áreas de Enfermería, Jurídica y Radiocomunicaciones. Luego por razones familiares se trasladó al Hospital San Pablo de Coquimbo donde cumplió funciones por casi 40 años tanto en Radiocomunicaciones como en la Secretaría de Traumatología (23 años). Desde hace 9 año se acogió a retiro laboral dedicándose a la familia y a la Literatura que ama, especialmente la Poesía que le permite crear en base a los estados del alma, siendo su referente a nivel mundial la “Divina Gabriela” de quien admira especialmente su rica sensibilidad.

Según sus palabras textuales: “Soy una agradecida de Dios y de la vida que me ha sido dada, pese a los momentos de tristeza que como humana he vivido”

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA” EL ESPEJO DE LAS ANDANZAS” DE LA AUTORA, JULIETA DEL VILLAR GARROTE (PRINCESA LEIA)

Julieta forma parte del hospital San pablo de Coquimbo desde el año 2017, siempre ha valorado profundamente el ámbito cultural, lo en esta ocasión le impulsó a incursionar en la escritura, aun sin contar con experiencia previa. De esa oportunidad nacieron pensamientos lúdicos e infantiles, que le han permitido expresar la belleza y autenticidad del alma infantil.

TRABAJOS GANADORES: CUENTOS

1er. LUGAR. “LA PSICOLOGA”; DEL AUTOR CARLOS IBARRA POBLETE (LEONARDO LOREIRO)

Funcionario del Hospital San Pablo de Coquimbo, del departamento Gestion de la demanda, ganador de otras versiones de este mismo concurso, Aficionado a la poesía y a la literatura en general, ávido lector. Busca transmitir la belleza y tragedia del mundo en unas pocas palabras.

2do. LUGAR, “LA ABUELA CHELA; DEL AUTOR SIMON LEPIAN CORTES. (VALENTIN CORTES)

Médico del Cesfam Caren, Lector desde los 5 años. Fanático de los cuentos. Ocasionalmente escribo uno que otro que lo terminan leyendo mis amigos. Primera vez que me presento en un concurso literario

3er. LUGAR, “EL PESO DE LOS DIAS” DEL AUTORA FRANCISCA CATALINA LADRON DE GUEVARA JERIA (TATO SERIA)

Francisca Catalina Ladrón de Guevara Jeria es una autora interesada en la narrativa como una forma de rescatar experiencias humanas, emociones cotidianas y aquellos pequeños momentos que muchas veces pasan desapercibidos.

Su escritura se inspira principalmente en las historias de vida, los vínculos humanos y la capacidad de las personas para encontrar sentido y esperanza en medio de las dificultades. Presenta en el XV Concurso Regional de Cuentos y Poesías del Hospital San Pablo de Coquimbo con la obra “El peso de los días”; un relato que aborda la labor en salud desde una mirada íntima y reflexiva, destacando la importancia del acompañamiento, la empatía y los encuentros que transforman tanto a quienes cuidan como a quienes son cuidados. Su interés literario se centra en la creación de relatos que exploran la sensibilidad humana, la memoria y las emociones presentes en la vida cotidiana..

PRIMERA MENSIÓN HONROSA “ EL MAR”, DE LA AUTORA: CAROLINA MOLINA TORRES, (Amílcar carolina.)

No cuento con una trayectoria literaria ni publicaciones previas. Mi experiencia nace del lugar más honesto: el amor por la escritura, que me acompaña desde la infancia. Desde pequeña he encontrado en las palabras un refugio, una forma de comprender el mundo y de dar vida a aquello que la imaginación es capaz de crear. Muchas veces sueño con palabras que se entrelazan para formar universos mágicos, personajes, emociones e historias que esperan ser contadas.

Escribir, para mí, no es solo un pasatiempo, es una manera de sentir, de imaginar y de transformar lo cotidiano en algo extraordinario. Cada texto representa un paso en este camino que recién comienza, pero que ha vivido en mí desde siempre. No poseo formación académica en el área literaria, mi profesión es del área de la salud. Esta es mi primera vez Que escribo y participo en un concurso.

SEGUNDA MENSIÓN HONROSA “MISTERIO DE UN DIA LABORAL! DE LA AUTORA VERONICA DEL VILLAR GARROTE (LADELCATS)

Funcionaria del Cesfam “Raul silva Henriquez”, primera vez que participa en el concurso del hospital San pablo de Coquimbo, no tiene curricular literario, vale decir sin experiencias.

INDICE

INTRODUCCIÓN	Pág. 1
PROLOGO	Pág.- 2
ACTA OFICIAL DE PREMIACIÓN	Pág.- 3
POESÍAS PARTICIPANTES	Pág.- 5
1.- LO QUE ME DEJO TU MIRADA	Pág.- 6
2.- EL PERSONAL QUE LIMPIA	Pág.- 10
3.- VEN A BUSCARMÉ	Pág.- 12
4.- AÑORANZAS	Pág.- 15
5.- EL ESPEJO DE LAS ANDANZAS	Pág.- 16
6.- LOS SOLDADOS CONFUNDIDOS DE MAMA	Pág.- 20
7.- EL ESCRIBA DE LA MUERTE	PAG.- 25
8.- DESESPERANZA EN EL OLVIDO	PAG.- 27
9.- DONDE EL ALMA INSISTE	PAG.- 29
10.- BAJO CONTROL	PAG.- 32
11.- IN-FINITO	PAG.- 33
12.- MAX	PAG.- 35
13.- FIN A UN DUELO	PAG.- 36
14.- FLORENCIA DE LOS ANGELES	PAG.- 38
15.- GRAVE	PAG.- 39
16.- DIA DEL FIN DEL MES	PAG.- 40
17.- ANHELOS DE UN ALMA HERIDA	PAG.- 41
18.- ANTES DE QUE EL TIEMPO OCURRA	PAG.- 42
19.- CONCURSO LITERARIO	PAG.- 45
20.- EL PASO DEL TIEMPO	PAG.- 47
21.- CRISTINA	PAG.- 48
22.- EL PRIMER UMBRAL	PAG.- 50
23.- EN AQUELLAS SALAS	PAG.- 55
24.- MANO	PAG. 56
25.- REFLEJOS DE UNA DURA REALIDAD	PAG- 57
26.- NUESTRA LABOR	PAG. 58
27.- OJOS AZULES	PAG. 60
28.- EL GUARDIAN DE TUS PASOS	PAG. 61
29.- REIVINDICAR	PAG. 63
30.- ERES PARTE DE MI HISTORIA	PAG. 65
31.- SEPARADOR	PAG. 66
32.- FAROS EN LA OSCURIDAD	PAG. 67
33.- VIVIR PARA TRABAJAR PARA LUEGO TRABAJAR PARA VIVIR	PAG. 68
 CUENTOS PARTICIPANTES	 PAG.- 70
1.- LA PSICOLOGA	PAG.- 71
2.- LA ABUELA CHELA	PAG.- 75

3.-	EL PESO DE LOS DIAS	PAG.- 77
4.-	EL MAR	PAG.- 82
5.-	MISTERIO DE UN DIA LABORAL	PAG.- 83
6.-	TREINTA Y UN AÑOS	PAG.- 87
7.-	ASCENSION Y AMANDA	PAG.- 88
8.-	CONTAMINACION	PAG.- 92
9.-	ALGO PARECIDO A LA FELICIDAD	PAG.- 93
10.-	DERECHOS DE LOS SERES VIVOS	PAG.- 94
11.-	EL OTRO HIJO	PAG.- 95
12.-	SOLO UN MOMENTO	PAG.- 98
13.-	EL ANGEL DE LOS DESNUTRIDOS	PAG.- 100
14.-	EL ARCO IRIS	PAG.- 103
15.-	LA RECETA HUMEDA	PAG.- 115
16.-	LOS ELEGIDOS	PAG.- 110
17.-	MANDARINAS EN ALMIBAR	PAG.- 133
18.-	SUSURROS EN LA TORMENTA	PAG.- 138
19.-	TE RECUERDO	PAG.- 141
20.-	UNA NOCHE DE RECUERDOS	PAG.- 143
21.-	UN GUERRERO CONCIENTE	PAG.- 147
22.-	LA PLAGA	PAG.- 153
23.-	BAJANDOME DEL ARBOL	PAG.- 158
BREVE BIOGRAFIA DE LOS GANADORES		PAG.-159
INDICE		PAG.- 162
AUSPICIADORES		PAG.- 164

ORGANIZA: HOSPITAL SAN PABLO COQUIMBO Y UNIDAD DE PATRIMONIO CULTURAL



AUSPICIAN :

